~~292~~ Enº 2/67 594

DE LA

IMITACION DE CRISTO.

447-9529

ME AMÓ, Y SE ENTREGÓ A LA MUERTE POR MÍ.

(GAL. II, 20.)

J. NICOLAU G.

DE LA

IMITACION DE CRISTO

Y MENOSPRECIO

DEL MUNDO,

POR EL V. TOMÁS DE KEMPIS

CANÓNIGO REGULAR DE SAN AGUSTIN.

TRADUCCION DEL P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

de la Compañía de Jesús.

CORREGIDA FIELMENTE CON EL TEXTO LATINO

POR EL P. JOSÉ MACH,

Misionero de la misma Compañía.

BARCELONA.

DE LA

IMITACION DE CRISTO

Y MENOSPRECIO

DEL MUNDO,

POR EL V. TOMÁS DE KEMPIS

CANÓNIGO REGULAR DE SAN AGUSTIN.

TRADUCCION DEL P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

de la Compañía de Jesús,

COTEJADA FIELMENTE CON EL TEXTO LATINO

POR EL P. JOSÉ MACH,

Misionero de la misma Compañía.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.

Imprenta de Francisco Rosal, heredero de J. Gorgas,
plaza de la Lana.—**1867.**

El Editor se reserva la propiedad de las correcciones hechas en esta obra por el R. P. José Mach.

AL BENÉVOLO LECTOR.

No puede negarse que entre los libros piadosos mas leidos y estudiados por los Doctores ascéticos, y con mayor razon apreciados y recomendados por los Maestros de la vida espiritual, ocupa el primer lugar el libro de oro por excelencia, el Contemptus mundi, *ó la* Imitacion de Cristo. *En efecto, este reducido volúmen es un compendio admirable de las verdades eternas, que forma así las delicias del hombre de mundo, como el solaz de las almas religiosas;*

encerrando el maná mas exquisito y recondito de la perfeccion cristiana, y siendo, como dice Fontenelle, el libro mas excelente que salió jamás de la mano de un hombre, pues la sagrada Escritura, su original divino, es toda inspiracion del Espíritu Santo.

Por espacio de mas de dos siglos Tomás de Kempis habia sido universalmente mirado como el único autor de este precioso libro. Mas posteriormente suscitóse entre varios Escritores y principalmente entre los PP. Benedictinos de san Mauro y los Canónigos Reglares de san Agustin una reñida controversia sobre cual era el autor verdadero de la Imitacion de Cristo. *Nosotros, simples legos, no somos jueces competentes para dirimir esta cuestion. Pero dirémos con el Autor del* Tesoro del Sacerdote, *que á pesar de haber escrito el Venerable Tomás de Kempis otras obras, como el*

Soliloquium animæ, Vallis liliorum, De tribus tabernaculis, Gemitus et suspiria animæ pœnitentis, *y* Cohortatio ad spiritualem profectum; *á pesar de las eruditas disertaciones de Eusebio Amort, del P. Desbillons y de otros que quisieran quitar á nuestro Autor la gloria de haber compuesto esta obra inmortal; con todo tanto honor le hace, y tan persuadidos están casi todos de ser produccion suya, que nadie hay tan poco versado en la ascética, que al oir:* léase un capítulo del Kempis cada dia, *no entienda que se habla de la* Imitacion de Cristo.

Mas sea lo que fuere de esta cuestion, este libro, llamado antiguamente el libro de la consolacion interior *y* el libro de los perfectos, *ha sido siempre el compañero inseparable de varones no menos eminentes en santidad que en profundo saber. En él hallaba todo su*

consuelo el célebre Obispo de Pavía, Alejandro Saulin; de él sacó san Felipe Neri el espíritu religioso que le animaba; en esta escuela aprendieron la mas sublime perfeccion el Cardenal Belarmino, san Pio V, los Cárlos Borromeos y los Franciscos de Sales; y san Ignacio de Loyola recomendó tan encarecidamente á la célebre Compañía que fundó, el uso de este libro, que apenas se hallará uno solo de sus hijos que no le tenga y lea frecuentemente. Hasta los mismos Mahometanos llegaron á hacer tanto aprecio de esta obra, que uno de sus reyes la hizo traducir en árabe y ordenó fuese tenida por todos en grande veneracion.

Nadie por tanto debe extrañar que la Imitacion de Cristo *se haya traducido en todos los idiomas, y que la católica España cuente muchas versiones debidas á la pluma de sapientísimos*

Escritores que con grande esmero y acierto la vertieron al castellano, teniendo á grande gloria ocuparse en una obra de tan reconocida utilidad para la santificacion de las almas.

Una de las traducciones mas recomendables por su uncion, elegancia y exactitud con el original latino, es sin duda alguna la del R. P. Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús, version de la cual se sirvió el célebre Canónigo de la Catedral de Ratisbona, D. Juan Bautista Weigl en la famosa edicion que hizo del Kempis en siete lenguas; latina, griega, española, italiana, francesa, inglesa y alemana.

Mas como á fuerza de reimprimirse haya sufrido tantas alteraciones, y algunas de ellas bastante notables, proponiéndonos dar á luz una edicion la mas correcta y esmerada que pudiésemos, era preciso procurar que un ojo

inteligente y perspicaz revisase y cotejase nuestro trabajo con los textos mas autorizados del latin y castellano. Afortunadamente el R. P. José Mach, Misionero de la Compañía de Jesús, no menos conocido por sus tareas apostólicas, que por el Áncora de salvacion, *el* Tesoro del Sacerdote *y otros preciosos opúsculos, ha tenido la bondad y complacencia de encargarse de este delicado y molesto trabajo.*

Nos átrevemos, pues, á ofrecerte, ó benévolo Lector, con entera satisfaccion esta nueva edicion del Kempis; abrigando la dulce esperanza de que será acogida del público con la misma aceptacion, con que se ha dignado acojer tantas otras obras religiosas salidas de nuestra imprenta.

Y como las ediciones mas antiguas de este libro traducido por el P. Nieremberg tienen al principio un breve

compendio de la vida de este venerable siervo de Dios, tomada y casi traducida de la que escribió en latin el P. Heriberto Rosweid de la Compañía de Jesús, que tanto se esmeró en revendicar la gloria de nuestro Autor é imprimirle segun el autógrafo latino; nosotros siguiendo sus huellas la reproduciremos tambien aquí con alguna ligera modificacion.

EL EDITOR,

Francisco Rosal.

COMPENDIO

DE LA VIDA

DEL V. TOMÁS DE KEMPIS,

Canónigo Reglar de san Agustin.

El Venerable Tomás de Kempis llamado así por ser natural de Kempen, pequeña villa de la Diócesis de Colonia, tuvo padres pobres, pero muy cristianos y piadosos, y nació por los años de Cristo de 1380, siendo Sumo Pontífice Urbano VI y emperador Cárlos IV. Despues de haber pasado sus primeros años en casa de sus padres, teniendo ya trece de edad, la inclinacion á las letras y virtud, le llevó á Devenster,

donde entonces florecian los estudios de aquella provincia. Habia allí un Sacerdote llamado Florencio, sucesor de Gerardo el Magno, varon de grande virtud y celo, que era padre y maestro espiritual de una hermandad, donde muchos Sacerdotes, y jóvenes que se educaban para serlo, vivian en santa Comunidad. En ella pues se incorporó la religiosa piedad de Tomás, aplicándose cada dia mas á la práctica de la virtud, y adquisicion de las letras; y como hacia excelente letra, ayudaba al gasto comun de sus compañeros, con trasladar libros; porque entonces aun no habia el uso de la imprenta.

Fué sobre manera devoto de la Madre de Dios, á la cual rezaba cada dia algunas devociones con tiernísimo afecto; pero como con el tiempo, ó por descuido ó por tibieza, las dejase algunos dias, le reprehendió por ello la santísima Vírgen con un prodigio admirable. Vió en sueños la sala, donde el venerable

maestro Florencio instruia en las cosas divinas á sus discípulos, que estaban muy fervorosos, y atentos oyendo las palabras de Dios que aquel les decia. Vino entonces la santísima Vírgen del cielo, y con rostro muy agradable y amoroso fué abrazando á todos uno por uno, agradeciéndoles los deseos y fervor con que querian agradarla. Esperaba Tomás que habia de gozar de semejante regalo; mas llegando á donde él estaba, se puso la santísima Vírgen muy severa y con rostro enojado, le dijo: «No mereces tú que te haga este «favor, pues te has entibiado en mi «servicio, y dejado las devociones con «que tanto me agradabas.» Con esta reprehension volviendo Tomás en sí, deshízose en copioso llanto y se arrepentió de lo pasado en términos, que no hubo de allí adelante dia de su vida, en que no cumpliese con sus devociones.

Despues de haber estado algunos años

en la santa compañía y escuela de Florencio, se acogió con su ayuda y consejo á la Religion, siendo admitido entre los Canónigos Reglares de san Agustin, por su mismo hermano, llamado Juan, que era entonces superior del monasterio de santa Inés, que está muy cerca de la ciudad de Suvol, con tanto regocijo de entrambos, que cantaron devotísimamente aquello del Salmo: *Quam bonum, et quam jucundum, habitare fratres in unum.* Allí estuvo cinco años con su vestido ordinario, ejercitándose en obras de piedad y humildad, hasta que en el sexto recibió el hábito de Canónigo, y en el séptimo hizo la profesion con extraordinario júbilo de su alma.

Espantaba á todos la vida de Tomás, y su singular devocion: en el coro, cuando cantaba los salmos, se le veia todo elevado en Dios, y tan arrobado, que solo con las puntas de los dedos de los piés tocaba el suelo. Estaba siempre

con el cuerpo derecho y elevado, y sin arrimarse á ninguna parte: era el primero en el coro, saliendo siempre el postrero, porque tenia todas sus delicias en tratar con Dios. Decian, que el bocado mas sabroso para el venerable Tomás, eran las palabras de algun salmo; y él mismo confesaba ser así, porque este era su mayor regalo, como que le daba siempre gusto, y nunca le hacia daño como otras comidas, que causan fastidio y vómito.

Sus delicias eran el trato con Dios, la oracion y la lectura de libros santos; y así, cuando se hablaba de Dios en las conversaciones, estaba muy sazonado, devoto y elocuente; pero en tratándose de cosas de la tierra, luego enmudecia. Hacia sermones y pláticas muy devotas, concurriendo á oirle mucha gente de léjos, y siendo su aposento muy frecuentado de personas que deseaban irse al cielo para que él las enderezase, y entretuviese de Dios.

Sus tribulaciones y trabajos los aliviaba delante de una cruz, que tenia en la pared de su aposento: y al demonio, que algunas veces le queria aterrar visiblemente, le ahuyentaba con el Nombre de JESÚS, de que fué devotísimo, principalmente desde que le sucedió este caso que refiere el padre Juan Mayor en el espejo de los ejemplos. Como pretendiese el demonio espantar al venerable Tomás de Kempis, se le apareció una noche en una espantosa y horrible figura; y viendo Kempis que se iba acercando á su cama, empezó á temer, no sabiendo que remedio tomar para ahuyentarle de sí; hasta que inspirado de Dios, comenzó á repetir la salutacion angélica, aunque temblándole la voz, por el gran temor que le habia causado tan formidable figura. Pero á pesar de eso se le iba llegando el maligno espíritu, hasta que prosiguiendo con la misma salutacion, llegó á pronunciar el dulcísimo Nombre de JESÚS, á cuya pode-

rosa virtud, no pudiendo resistir el enemigo, luego al punto desapareció, y huyó vencido, dejando libre al venerable Religioso. Conociendo Kempis por experiencia el poder inmenso de tan divino Nombre, cobró grande aliento; y repitiendo aquel sagrado Nombre muchas veces, advirtió, que cuanto mas lo repetia, tanto mas, y con mas priesa huia el enemigo. Quedó con esto el santo Varon muy animado para no temer de allí en adelante, ni hacer caso de los espantos del demonio, pues tan fácilmente podia librarse de ellos, repitiendo, é invocando tan poderoso Nombre. Por esta devocion, cuando tomaba la disciplina, que era en él muy ordinario, rezaba el himno: *Jesus stetit.*

Fué ilustrado de nuestro Señor en muchas ocasiones, descubriéndole varias cosas, de un modo sobrenatural. Cuando murió el religioso varon Juan de Heusden, Prior del Monasterio Vindense, le reveló Dios su muerte de esta

manera. Vió un dia al amanecer concurrir muchos escuadrones de Espíritus celestiales, y dirigirse con gran priesa á aquel monasterio, como si se apresuráran para hacer las exequias de algun grande Varon, y llevar al cielo su dichosa alma, sucediendo luego la muerte de aquel Siervo de Dios, y cumpliéndose la profecía del venerable Tomás. Muchas cosas maravillosas obró Dios por este su Siervo, y las que él refiere haber acontecido por las oraciones de alguna persona, sin nombrarla, se cree haber sido por las suyas.

Por su gran santidad y apacible condicion, fué dos veces elegido por Prior de su monasterio, y tambien por Procurador, lo cual procuró excusar lo mas presto que pudo; porque no hallaba descanso sino con Dios en su celda; y así solia decir: *In omnibus requiem quæsivi; sed non inveni, nisi in angulis cum libellis.* En todas las cosas busqué descanso; mas no le hallé, sino en mi rin-

con con mis libritos. Estando algunas veces hablando con los hombres, le sobrevenia tambien tal ímpetu de devocion, que le era necesario retirarse luego á su celda, donde derramaba muchas lágrimas, con grande dulzura y ternura de su alma.

En esta santa vida se ejercitó en virtudes setenta años en aquel monte de santa Inés, hasta que le llamó el Señor para el Monte eterno, que habia visto de léjos, y deseado tantas veces su alma benditísima, que dejando la morada del cuerpo terreno, pasó al celestial tabernáculo de la eternidad. Murió de noventa y dos años de edad, y del nacimiento de Cristo mil cuatrocientos setenta y uno, á 25 de Julio. La estatura de su cuerpo fué menos que mediana, pero de buena disposicion: era de color vivo, aunque moreno el rostro, la vista de los ojos agudísima, como leemos, que la tenia Moisés; de modo, que siendo de tan larga edad,

nunca usó de anteojos, porque siempre tuvo la vista clara. Y bien merecia del Cielo este favor, el que no solo durante su vida mortal y en el siglo presente, sino aun en los tiempos venideros mas remotos tenia que iluminar á tantos con sus devotísimos escritos.

DE LA

IMITACION DE CRISTO.

LIBRO PRIMERO.

AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la imitacion de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo.

1. *Quien me sigue no anda en tinieblas*, dice el Señor. Estas palabras son de Cristo, con las cuales nos amonesta que imitemos su vida y costumbres, si queremos verdaderamente ser

alumbrados, y libres de toda la ceguedad del corazon. Sea, pues, todo nuestro estudio meditar la vida de Jesús.

2. La doctrina de Cristo excede á la de todos los Santos; y el que tenga espíritu hallará en ella maná escondido. Pero acaece que muchos, aunque á menudo oigan el evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el espíritu de Cristo. Conviéneles, pues, si quieren claramente saber y entender las palabras de Cristo, que procuren conformar con El toda su vida.

3. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen santo ni justo; pero la virtuosa vida hace al hombre amable á Dios. Mas deseo sentir la contricion, que saber definirla. Si supieses

toda la Biblia á la letra, y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharia todo sin caridad y gracia de Dios. *Vanidad de vanidades y todo vanidad*, sino amar á Dios y servirle á Él solo. Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir á los reinos celestiales.

4. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas, y esperar en ellas. Tambien es vanidad desear honras, y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la carne, y desear aquello por donde despues te sea necesario ser castigado gravemente. Vanidad es desear larga vida, y no cuidar que sea buena. Vanidad es mirar solamente á esta presente vida, y no prever á lo venidero. Vanidad es amar lo que tan presto se pasa, y no buscar con solicitud el gozo perdurable.

5. Acuérdate frecuentemente de aquel dicho de la Escritura: *No se harta la vista de ver ni el oido de oir*. Procura, pues, desviar tu corazon de lo visible, y traspasarlo á lo invisible; porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

CAPÍTULO II.

Del bajo aprecio de sí mismo.

1. Todos los hombres naturalmente desean saber. ¿Pero qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios? Por cierto, mejor es el rústico humilde que le sirve, que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo. El que bien se conoce, tiénese por vil, y no se deleita en alabanzas humanas. Si yo supiese cuánto

hay en el mundo, y no estuviese en caridad, ¿qué me aprovecharia delante de Dios, que me juzgará segun mis obras?

2. No tengas demasiado deseo de saber, porque en ello se halla grande disipacion y engaño. Los letrados gustan de ser considerados y tenidos por sabios. Muchas cosas hay, que el saberlas, poco ó nada aprovecha al alma. Y muy loco es el que en otras cosas entiende sino en las que tocan á la salvacion. Las muchas palabras no hartan el alma; mas la buena vida le dá refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.

3. Cuanto mas y mejor entiendes, tanto mas gravemente serás juzgado si no vivieres santamente. Por esto no te ensalces por alguna de las artes ó ciencias, sino teme del conocimiento que de ellas se te ha dado. Si te parece

que sabes mucho y entiendes muy bien; ten por cierto que es mucho mas lo que ignoras. No quieras saber cosas sublimes, sino confiesa tu grande ignorancia. ¿Por qué te quieres tener en mas que otro, hallándose muchos mas doctos y sabios en la ley que tú? Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen.

4. Es altísima y utilísima leccion el verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo. Gran sabiduría y perfeccion es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada. Si vieres algunos pecar públicamente ó cometer culpas graves, no te debes juzgar por mejor; porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien. Todos somos flacos; pero tú á nadie tengas por mas flaco que á tí.

CAPÍTULO III.

De la doctrina de la verdad.

1. Bienaventurado aquel á quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que se pasan, sino así como es. Nuestro amor propio y nuestro entendimiento á menudo nos engañan y conocen poco. ¿Qué aprovecha la curiosidad de saber cosas oscuras y ocultas; pues que del no saberlas no serémos en el dia del juicio reprendidos? Gran locura es, que dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañosas. Verdaderamente teniendo ojos no vemos.

2. ¿Qué se nos da de los géneros y especies de los lógicos? Aquel á quien habla el Verbo eterno, de muchas opi-

niones se desembaraza. De este Verbo salen todas las cosas, y todas predican este uno, y este es el principio que nos habla. Ninguno entiende ó juzga sin él rectamente. Aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y trajere á uno, y las viere en uno, podrá ser estable y firme de corazon, y permanecer pacífico en Dios. ¡O Verdad de Dios! Hazme permanecer uno contigo en caridad perpétua. Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas: en Tí está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores; no me hablen las criaturas en tu presencia: Tú solo me habla.

3. Cuanto alguno fuere mas unido consigo, y mas sencillo en su corazon, tanto mas y mayores cosas entenderá sin trabajo; porque de arriba recibe la luz de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae, aunque entienda en muchas co-

sas; porque todo lo hace á honra de Dios, y esfuérzase á estar desocupado en sí de toda sensualidad. ¿Quién mas te impide y molesta que la aficion de tu corazon no mortificada? El hombre bueno y devoto primero ordena dentro de sí las obras que debe hacer de fuera. Y ellas no le llevan á deseos de inclinacion viciosa; mas él las trae al albedrio de la recta razon. ¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza á vencer á sí mismo? Y este deberia ser nuestro negocio: querer vencerse á sí mismo, y cada dia hacerse mas fuerte, y aprovechar en mejorarse.

4. Toda la perfeccion de esta vida tiene consigo cierta imperfeccion; y toda nuestra especulacion no carece de alguna oscuridad. El humilde conocimiento de tí mismo es mas cierto camino para Dios, que escudriñar la profundidad de la ciencia. No es de

culpar la ciencia, ni cualquier otro sencillo conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y encaminado á Dios; pero siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa. Porque muchos estudian mas para saber que para bien vivir; por eso yerran muchas veces, y poco ó ningun fruto sacan.

5. Si tanta diligencia pusiesen en desarraigar los vicios y sembrar las virtudes como en mover cuestiones, no se harian tantos males y escándalos en el pueblo, ni habria tanta disolucion en los monasterios. Ciertamente en el dia del juicio no nos preguntarán qué leimos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán honestamente hubiéremos vivido. Díme, ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivian y florecian en los estudios? Ya poseen

otros sus rentas, y por ventura no hay quien de ellos se acuerde. En su vida parecian algo; ya no hay de ellos memoria.

6. ¡Oh, cuán presto se pasa la gloria del mundo! Pluguiera á Dios que su vida concordára con su ciencia, y entonces hubieran estudiado y leido bien. ¿Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que cuidaron poco del servicio de Dios? Y porque eligen ser mas grandes que humildes, se hacen vanos en sus pensamientos. Verdaderamente es grande el que tiene grande caridad. Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño, y tiene en nada la cumbre de la honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo. Y verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya.

CAPÍTULO IV.

De la prudencia en las acciones.

1. No se debe dar crédito á cualquier palabra ni á cualquier pensamiento; mas con prudencia y despacio se deben, segun Dios, examinar las cosas. Mucho es de doler que mas veces se cree y se dice el mal del prójimo que el bien. ¡Tan flacos somos! Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquier cosa que les cuentan; porque saben ser la flaqueza humana presta al mal, y muy deleznable en las palabras.

2. Gran sabiduría es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su propio sentir. A esta sabiduría tambien pertenece no creer á cualesquier pala-

bras de hombres ni decir luego á los otros lo que se oye ó cree. Toma consejo del hombre sabio y de buena conciencia; y apetece mas ser enseñado de otro mejor, que seguir tu parecer. La buena vida hace al hombre sabio segun Dios, y experimentado en muchas cosas. Cuanto alguno fuere mas humilde en sí, y mas sujeto á Dios, tanto será mas sabio y sosegado en todo.

CAPÍTULO V.

De la leccion de las santas Escrituras.

1. En las santas Escrituras se debe buscar la verdad, y no la elocuencia. Toda la Escritura santa se debe leer con el espíritu que se hizo. Mas debemos buscar el provecho en la Escritura, que no la sutileza de palabras. De tan buena gana debemos leer los libros

sencillos y devotos como los graves y profundos. No te mueva la autoridad del que escribe si es de pequeña ó grande ciencia; sino convídete á leer el amor de la pura verdad. No mires quien lo ha dicho; sino atiende que tal es lo que se dijo.

2. Los hombres pasan: pero la verdad del Señor permanece para siempre. De diversas maneras nos habla Dios, sin acepcion de personas. Nuestra curiosidad nos impide muchas veces el provecho que se saca en leer las Escrituras, cuando queremos entender y escudriñar lo que llanamente se debia creer. Si quieres aprovechar, lee con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado. Pregunta de buena voluntad, y oye callando las palabras de los Santos; y no te desagraden las sentencias de los viejos, porque no las dicen sin causa.

CAPÍTULO VI.

De los deseos desordenados.

1. Cuantas veces desea el hombre desordenadamente alguna cosa, luego pierde el sosiego. Los soberbios y avarientos nunca están quietos. El pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz. El hombre que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas pequeñas y viles. El flaco de espíritu, y que todavía está inclinado á lo animal y sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos. Y cuando se abstiene, recibe muchas veces tristeza; y se enoja presto si alguno le contradice.

2. Pero si alcanza lo que deseaba, siente luego pesadumbre por el remor-

dimiento de la conciencia: porque siguió á su apetito, el cual nada aprovecha para alcanzar la paz que buscaba. En resistir, pues, á las pasiones, se halla la verdadera paz del corazon, y no en seguirlas. Pues no hay paz en el corazon del hombre carnal, ni del que se ocupa en lo exterior, sino en el que es fervoroso y espiritual.

CAPÍTULO VII.

Como se ha de huir la vana esperanza y la soberbia.

1. Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en las criaturas. No te corras de servir á otro por amor de Jesucristo, y de parecer pobre en este siglo. No confies de tí mismo, sino pon tu esperanza en Dios. Haz lo que esté de tu parte, y Dios favorecerá tu buena

voluntad. No confies en tu ciencia, ni en la astucia de ningun viviente, sino en la gracia de Dios, que ayuda á los humildes y abate á los presumidos.

2. Si tienes riquezas, no te gloríes en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos, sino en Dios que todo lo da, y sobre todo se desea dar á sí mismo. No te ensalces por la gallardía y hermosa disposicion del cuerpo, que con pequeña enfermedad se destruye y afea. No te engries de tu habilidad ó ingenio, porque no desagrades á Dios, de quien es todo bien natural que tuvieres.

3. No te estimes por mejor que otros, porque no seas quizá tenido por peor delante de Dios, que sabe lo que hay en el hombre. No te ensoberbezcas de tus buenas obras. Porque de otra manera son los juicios de Dios que los de los hombres, y á él muchas ve-

ces desagrada lo que á estos les contenta. Si tuvieres algo bueno, piensa que son mejores los otros, porque así conserves la humildad. No te daña si te pusieres debajo de todos; pero es muy dañoso si te antepones á solo uno. Contínua paz tiene el humilde; mas en el corazon del soberbio hay emulacion y saña frecuente.

CAPÍTULO VIII.

Como se ha de evitar la mucha familiaridad.

1. No descubras tu corazon á cualquiera; sino comunica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios. Con los jóvenes y extraños conversa poco. Con los ricos no seas lisonjero; ni estés de buena gana delante de los grandes. Acompáñate con los humildes y sencillos, y con los devotos y bien acos-

tumbrados, y trata con ellos cosas de edificacion. No tengas familiaridad con ninguna mujer; pero en general encomienda á Dios todas las buenas. Desea ser familiar á solo Dios y á sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres.

2. Justo es tener caridad con todos; pero no conviene la familiaridad. Algunas veces sucede que la persona no conocida resplandece por la buena fama; pero su presencia suele parecer mucho menos. Pensamos algunas veces agradar á los otros con nuestra conversacion; y mas los ofendemos, porque ven en nosotros costumbres menos ordenadas.

CAPÍTULO IX.

De la obediencia y sujecion.

1. Gran cosa es estar en obediencia, y vivir debajo de prelado, y no tener voluntad propia. Mucho mas seguro es estar en sujecion que en mando. Muchos están en obediencia mas por necesidad que por caridad, los cuales tienen trabajo y ligeramente murmuran: y nunca tendrán libertad de ánimo si no se sujetan por Dios de todo corazon. Anda de una parte á otra; no hallarás descanso sino en la humilde sujecion al prelado. La imaginacion y mudanza de lugar á muchos han engañado.

2. Verdad es que cada uno se rige de buena gana por su propio parecer, y se inclina mas á los que siguen su

opinion. Pero si Dios está entre nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz. ¿Quién es tan sabio que lo sepa todo enteramente? Pues no quieras confiar demasiadamente en tu opinion; sino gusta tambien oir de buena gana el parecer de otro. Aunque tu parecer sea bueno, si lo dejas por Dios, y sigues el ajeno, mas aprovecharás de esta manera.

3. Porque muchas veces he oido ser mas seguro oir y tomar consejo, que darlo. Bien puede tambien acaecer que sea bueno el parecer de uno; pero no querer opinar con los otros cuando la razon ó la causa lo demandan, señal es de soberbia y pertinacia.

CAPÍTULO X.

Como se ha de cercenar la demasía de las palabras.

1. Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres; pues mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con buena intencion; porque presto somos amancillados y cautivos de la vanidad. Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres. Pero ¿cuál es la causa porque tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La razon es, que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos. Y de muy buena gana

nos detenemos en hablar ó pensar de las cosas que amamos y deseamos ó sentimos sernos adversas.

2. Mas ¡ay dolor! que muchas veces vanamente y sin fruto; porque esta exterior consolacion es de gran detrimento á la interior y divina. Por eso velemos y oremos, no se pase el tiempo en balde. Si puedes, y conviene hablar, sean cosas que edifiquen. La mala costumbre, y el descuido en aprovechar, ayudan mucho á la poca guarda de nuestra lengua. Pero no poco servirá para nuestro espiritual aprovechamiento la devota plática de cosas espirituales, especialmente cuando muchos animados de un mismo espíritu se juntan en Dios.

CAPÍTULO XI.

Como se debe adquirir la paz, y del celo de aprovechar.

1. Mucha paz tendríamos si no quisiésemos meternos en los dichos y hechos ajenos que no nos pertenecen. ¿Cómo quiere estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y dentro de sí poco ó tarde se recoje? Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz.

2. ¿Cuál fué la causa porque muchos de los Santos fueron tan perfectos y contemplativos? Porque estudiaron en mortificarse totalmente á todo deseo terreno; y por eso pudieron con lo íntimo del corazon allegarse á Dios, y ocuparse libremente en sí mismo. Nos-

otros nos ocupamos mucho con nuestras pasiones, y tenemos demasiado cuidado de lo que es transitorio. Y tambien pocas veces vencemos un vicio perfectamente, ni nos alentamos para aprovechar cada dia; y por esto nos quedamos tibios y aun frios.

3. Si fuésemos perfectamente muertos á nosotros mismos, y en lo interior desocupados, entonces podríamos gustar las cosas divinas, y experimentar algo de la contemplacion celestial. El total y el mayor impedimento es, que no somos libres de nuestras inclinaciones y deseos, ni trabajamos por entrar en el camino perfecto de los Santos. Y tambien cuando se nos ofrece alguna adversidad, muy presto nos desalentamos, y nos volvemos á las consolaciones humanas.

4. Si nos esforzásemos mas en la batalla á pelear como fuertes varones,

veríamos sin duda la ayuda del Señor, que viene desde el cielo sobre nosotros. Porque preparado está á socorrer á los que pelean y esperan en su gracia, el cual nos procura ocasiones de pelear para que alcancemos victoria. Si solamente en las observancias de fuera ponemos el aprovechamiento de la vida religiosa, presto se nos acabará la devocion que teníamos. Mas pongamos la segur á la raíz, porque libres de las pasiones poseamos pacíficas nuestras almas.

5. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos. Mas ahora al contrario, muchas veces experimentamos que fuimos mejores y mas puros al principio de nuestra conversion, que despues de muchos años de profesos. Nuestro fervor y aprovechamiento debe crecer cada dia; pero ahora por mucho se estima perseverar

en alguna parte del primer fervor. Si al principio hiciésemos algun esfuerzo, podríamos despues hacerlo todo con facilidad y gozo.

6. Grave cosa es dejar la costumbre; pero mas grave es ir contra la propia voluntad. Mas si no vences las cosas pequeñas y lijeras, ¿cómo vencerás las dificultosas? Resiste en los principios á tu inclinacion, y deja la mala costumbre, porque no te lleve poco á poco á mayor dificultad. ¡Oh, si mirases cuánta paz á tí mismo, y cuánta alegría darias á los otros conduciéndote bien, yo creo que serias mas solícito en el aprovechamiento espiritual!

CAPÍTULO XII.

Del provecho de las adversidades.

1. Bueno es que algunas veces nos sucedan cosas adversas, y vengan contrariedades, porque suelen atraer al hombre al corazon: hacen que se conozca desterrado, y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo. Bueno es que padezcamos á veces contradicciones, y que sientan de nosotros mal é imperfectamente, aunque hagamos bien, y tengamos buena intencion. Estas cosas de ordinario nos ayudan á ser humildes, y nos apartan de la vanagloria. Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por defuera somos despreciados de los hombres, y no nos dan crédito.

2. Por eso debia uno afirmarse de

tal manera en Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas. Cuando el hombre de buena voluntad es atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entonces conoce tener de Dios mayor necesidad, experimentando que sin él no puede nada bueno. Entonces se entristece, gime y ora por las miserias que padece. Entonces le es molesta la vida larga, y desea hallar la muerte para ser desatado de este cuerpo, y estar con Cristo. Entonces tambien conoce que no puede haber en el mundo perfecta seguridad ni cumplida paz.

CAPÍTULO XIII.

Como se ha de resistir á las tentaciones.

1. Mientras en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y

tentaciones. Por lo cual está escrito en Job: *Tentacion es la vida del hombre sobre la tierra.* Por eso cada uno debe tener mucho cuidado acerca de la tentacion, y velar en oracion, porque no halle el demonio lugar de engañarle, que nunca duerme, *sino busca por todos lados á quien tragarse.* Ninguno hay tan santo y tan perfecto, que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vivir sin ellas.

2. Pero son las tentaciones muchas veces utilísimas, aunque sean graves y pesadas; porque en ellas es uno humillado, purgado y enseñado. Todos los Santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y aprovecharon. Y los que no las quisieron sufrir y llevar bien, fueron tenidos por malos, y desfallecieron. No hay religion tan santa ni lugar tan secreto donde no haya tentaciones y adversidades.

3. No hay hombre seguro del todo de tentaciones mientras vive; porque en nosotros mismos está la causa de donde vienen, pues que nacimos con la inclinacion al pecado. Pasada una tentacion ó tribulacion sobreviene otra, y siempre tendremos que sufrir, porque se perdió el bien de nuestra primera felicidad. Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas mas gravemente. No se pueden vencer solo con huirlas: con paciencia y verdadera humildad nos hacemos mas fuertes que todos los enemigos.

4. El que solamente quita lo que se ve, y no arranca la raiz, poco aprovechará: antes volverán á él mas presto las tentaciones, y se hallará peor. Poco á poco, con paciencia y buen ánimo vencerás (con el favor divino) mejor que no con tu propio conato y fatiga. Toma muchas veces consejo en la ten-

tacion, y no seas desabrido con el que está tentado; antes procura consolarle, como tú lo quisieras para tí.

5. El principio de toda tentacion es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios. Porque como la nave sin timon la llevan á una y otra parte las olas, así el hombre descuidado y que desiste de su propósito es tentado de diversas maneras. El fuego prueba al hierro, y la tentacion al hombre justo. Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentacion descubre lo que somos. Debemos pues velar principalmente al venir la tentacion; porque entonces mas fácilmente es vencido el enemigo cuando no le dejamos pasar de la puerta del alma, y se le resiste al umbral luego que toca. Por lo cual dijo uno: Resiste á los principios, llega tarde el remedio, si ya el mal se arraigó por largo tiem-

po, porque primeramente se ofrece al ánimo solo el pensamiento sencillo, despues la importuna imaginacion, luego la delectacion, y el torpe movimiento, y el consentimiento. Y así se entra poco á poco el maligno enemigo, y se apodera de todo por no resistirle al principio. Y cuanto mas tiempo fuere uno perezoso en resistir, tanto se hace cada dia mas flaco y el enemigo contra él mas fuerte.

6. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversion, otros al fin. Pero otros son molestados casi por toda su vida. Algunos son tentados blandamente, segun la sabiduría y juicio de la divina providencia, que mide el estado y los méritos de los hombres, y todo lo tiene ordenado para la salvacion de sus escogidos.

7. Por eso no debemos desconfiar cuando somos tentados; sino antes ro-

gar á Dios con mayor fervor que sea servido de ayudarnos en toda tribulacion y tentacion; el cual sin duda, segun el dicho de san Pablo, *nos dará el ausilio junto con la tentacion para que la podamos resistir*. Humillemos pues nuestras almas bajo de la mano de Dios en toda tribulacion y tentacion, porque él salvará y engrandecerá los humildes de espíritu.

8. En las tentaciones y adversidades se ve cuanto uno ha aprovechado; y en ellas consiste el mayor merecimiento, y se conoce mejor la virtud. No es mucho ser un hombre devoto y fervoroso cuando no siente pesadumbre; mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran provecho. Algunos no se rinden á grandes tentaciones, y son vencidos á menudo en las menores y comunes, para que humillados nunca

confien de sí en cosas grandes, siendo flacos en las pequeñas.

CAPÍTULO XIV.

Como se deben evitar los juicios temerarios.

1. Pon los ojos en tí mismo y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar á otros se ocupa uno en vano, yerra muchas veces y peca fácilmente; mas juzgando y examinándose á sí mismo se emplea siempre con fruto. Muchas veces sentimos de las cosas segun nuestro gusto, pues fácilmente perdemos el verdadero juicio de ellas por el amor propio. Si Dios fuese siempre el fin puramente de nuestro deseo, no nos turbaria tan presto la contradiccion de nuestra sensualidad.

2. Muchas veces tenemos algo adentro escondido, ó de fuera se ofrece,

cuya aficion nos lleva tras sí. Muchos buscan secretamente su propia comodidad en las obras que hacen, y son necios. Tambien les parece estar en cumplida paz cuando se hacen las cosas á su voluntad y gusto; pero sí de otra manera suceden, presto se alteran y entristecen. Por la diversidad de los pareceres y opiniones muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos.

3. La costumbre antigua con dificultad se quita, y ninguno deja de buena gana su propio parecer. Si en tu razon ó sutileza te apoyas mas que en la virtud de la sujecion de Jesucristo, tarde y pocas veces serás ilustrado, porque quiere Dios que nos sujetemos á él perfectamente, y que prescindamos de toda razon inflamados de su amor.

CAPÍTULO XV.

De las obras hechas por caridad.

1. No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien lo hubiere menester, alguna vez se puede interrumpir la buena obra, ó tambien emprender otra mas perfecta. De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor. La obra exterior sin caridad no aprovecha; pero lo que se hace con caridad, por poco y despreciable que sea, se hace todo fructuoso. Pues ciertamente mas mira Dios al corazon que á la obra que se hace.

2. Mucho hace el que mucho ama. Mucho hace el que todo lo hace bien. Bien hace el que sirve mas al bien co-

mun, que á su voluntad propia. Muchas veces parece caridad lo que mas es propio amor; porque la inclinacion de la naturaleza, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, el gusto de la comodidad rara vez nos abandonan.

3. El que tiene verdadera y perfecta caridad en ninguna cosa se busca á sí mismo, sino que en todas desea que sea Dios glorificado. De nadie tiene envidia, porque no ama algun gusto propio, ni se quiere gozar en sí; mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios. A nadie atribuye ningun bien, sino refiérelo todo á Dios, del cual, como de fuente, manan todas las cosas, en el que finalmente todos los Santos descansan con perfecto gozo. ¡Oh, quién tuviese una centella de verdadera caridad! Por cierto que sentiria estar todas las cosas llenas de vanidad.

CAPÍTULO XVI.

Del sufrimiento de los defectos ajenos.

1. Lo que no puede un hombre enmendar en sí ni en los otros, débelo sufrir con paciencia hasta que Dios lo ordene de otro modo. Piensa que por ventura te está así mejor para tu probacion y paciencia, sin la cual no son de mucha estimacion nuestros merecimientos. Mas debes rogar á Dios por estos estorbos, porque tenga por bien de socorrerte para que buenamente los toleres.

2. Si alguno amonestado una vez ó dos no se enmendare, no porfies con él; sino encomiéndalo todo á Dios para que se haga su voluntad, y él sea honrado en todos sus siervos, que sabe sacar de los males bienes. Estudia y

aprende á sufrir con paciencia cualesquiera defectos y flaquezas ajenas; pues que tú tambien tienes mucho en que te sufran los otros. Si no puedes hacerte á tí cual deseas, ¿cómo quieres tener á otro á la medida de tu deseo? De buena gana queremos á los otros perfectos, y no enmendamos los defectos propios.

3. Queremos que los otros sean castigados con rigor, y nosotros no queremos ser corregidos. Parécenos mal si á los otros se les da larga licencia, y nosotros no queremos que cosa alguna que pedimos se nos niegue. Queremos que los demás estén sujetos á las ordenanzas, pero nosotros no sufrimos que nos sea prohibida cosa alguna. Así parece claro cuán pocas veces amamos al prójimo como á nosotros mismos. Si todos fuesen perfectos; ¿qué tendríamos que sufrir por Dios de nuestros hermanos?

4. Pero así lo ordenó Dios para que aprendamos á llevar *recíprocamente nuestras cargas;* porque ninguno hay sin ellas, ninguno sin defecto, ninguno es suficiente ni cumplidamente sabio para sí: importa llevarnos, consolarnos, y juntamente ayudarnos unos á otros, instruirnos y amonestarnos. De cuánta virtud sea cada uno, mejor se descubre en la ocasion de la adversidad. Porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, pero declaran lo que es.

CAPÍTULO XVII.

De la vida monástica.

1. Conviene que aprendas á quebrantarte en muchas cosas si quieres tener paz y concordia con otros. No es poco morar en los monasterios y congregaciones, y allí conversar sin que-

jas, y perseverar fielmente hasta la muerte. Bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba dichosamente. Si quieres estar bien y aprovechar, mírate como desterrado y peregrino sobre la tierra. Conviene hacerte simple por Jesucristo si quieres seguir la vida religiosa.

2. El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres y la entera mortificacion de las pasiones hacen al verdadero religioso. El que busca algo fuera de Dios y la salvacion de su alma, no hallará sino tribulacion y dolor. No puede estar mucho tiempo en paz el que no procura ser el menor y el mas sujeto á todos.

3. Veniste á servir, no á mandar: persuádete que fuiste llamado para trabajar y padecer, no para holgar y parlar. Pues aquí se prueban los hombres como el oro en crisol. Aquí no

puede alguno estar, si no se quiere de todo corazon humillar por Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Del ejemplo de los santos Padres.

1. Considera bien los heróicos ejemplos de los santos Padres, en los cuales resplandece la verdadera perfeccion y religion, y verás cuán poco ó casi nada es lo que hacemos. ¡Ay! ¿qué es nuestra vida comparada con la suya? Los Santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frio y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigilias y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y muchos oprobios.

2. ¡Oh, cuán graves y muchas tribulaciones padecieron los Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes, y todos

los demás que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo! Pues en este mundo aborrecieron sus vidas para poseer sus almas en la gloria eterna. ¡Oh, cuán estrecha y retirada vida hicieron los santos Padres en el yermo! ¡Cuán largas y graves tentaciones padecieron! ¡Cuán de ordinario fueron atormentados del enemigo! ¡Cuán contínuas y fervientes oraciones ofrecieron á Dios! ¡Cuán rigurosas abstinencias cumplieron! ¡Cuán gran celo y fervor tuvieron en su aprovechamiento espiritual! ¡Cuán fuertes peleas pasaron para vencer los vicios! ¡Cuán pura y recta intencion tuvieron con Dios! De dia trabajaban, y las noches ocupaban en larga oracion, aunque trabajando no cesaban de la oracion mental.

3. Todo el tiempo gastaban bien, las horas les parecian cortas para darse á Dios, y por la gran dulzura de la

contemplacion se olvidaban de la necesidad del mantenimiento corporal. Renunciaban todas las riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos: ninguna cosa querian del mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y les era pesado servir á su cuerpo aun en las cosas necesarias. De modo que eran pobres de lo temporal; pero riquísimos en gracia y virtudes. En lo de fuera eran necesitados; pero en lo interior estaban con la gracia y divinas consolaciones recreados.

4. Ajenos eran al mundo; pero muy allegados á Dios, del cual eran familiares amigos. Teníanse por nada cuanto á sí mismos, y para con el mundo eran despreciados; mas en los ojos de Dios eran muy preciosos y estimados. Estaban en verdadera humildad; vivian en sencilla obediencia; andaban en caridad y paciencia; y por eso cada

dia crecian en espíritu, y alcanzaban mucha gracia delante de Dios. Fueron puestos por dechado á todos los religiosos, y mas nos deben mover para aprovechar en el bien, que no la muchedumbre de los tibios para aflojar y descaecer.

5. ¡Oh, cuán grande fué el fervor de todos los religiosos al principio de sus sagrados institutos! ¡Cuánta la devocion de la oracion! ¡Cuánto el celo de la virtud! ¡Cuánta disciplina floreció! ¡Cuánta reverencia y obediencia al superior hubo en todas las cosas! Aun hasta ahora dan testimonio de ello las señales que quedaron de que fueron verdaderamente varones santos y perfectos, que peleando tan esforzadamente vencieron al mundo. Ahora ya se estima en mucho aquel que no es transgresor, y si con paciencia puede sufrir lo que aceptó por su voluntad.

6. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro estado, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos es molesto el vivir por nuestra flojedad y tibieza! Pluguiese á Dios que no durmiese en tí el aprovechamiento de las virtudes, pues viste muchas veces tantos ejemplos de devotos.

CAPÍTULO XIX.

De los ejercicios del buen religioso.

1. La vida del buen religioso debe resplandecer en toda virtud, y que sea tal en lo interior, cual parece de fuera. Y con razon debe ser mas lo interior que lo que se mira exteriormente, porque nos mira nuestro Dios, á quien debemos suma reverencia donde quiera que estuviéremos, debiendo andar tan puros como los Angeles en su

presencia. Cada dia debemos renovar nuestro propósito, y excitarnos á mayor fervor, como si hoy fuese el primer dia de nuestra conversion, y decir: Señor, Dios mio, ayúdame en mi buen intento y en tu santo servicio, y dáme gracia para que comience hoy perfectamente, porque no es nada cuanto hice hasta aquí.

2. Segun es nuestro propósito así es nuestro aprovechar; y quien quiere aprovecharse bien, ha menester ser muy diligente. Si el que propone firmemente falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone? Acaece de diversos modos el dejar nuestros propósitos: y faltar de ligero en los ejercicios que se tienen de costumbre, no pasa sin algun daño. El propósito de los justos mas pende de la gracia de Dios que del saber propio: en él siempre confian en cualquier co-

sa que comienzan. Porque el hombre propone, pero Dios dispone; y no está en mano del hombre su camino.

3. Si por piedad ó por provecho del prójimo se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado, despues se puede reparar con facilidad: empero si por fastidio del corazon ó por negligencia fácilmente se deja, muy culpable es, y causa de grandes daños. Esforcémonos cuanto pudiéremos, que aun así en muchas faltas caeremos fácilmente. Pero alguna cosa determinada debemos siempre proponernos, y principalmente se han de remediar las que mas nos estorban. Debemos examinar y ordenar igualmente todo nuestro exterior é interior, porque ambas cosas conducen á nuestro aprovechamiento.

4. Si no puedes recogerte de contínuo, hazlo de cuando en cuando; y por lo menos una vez al dia por la ma-

ñana y por la noche. Por la mañana propon, á la noche examina tus obras: cuál has sido este dia en palabras, obras y pensamientos; porque puede ser que hayas ofendido en esto á Dios y al prójimo muchas veces. Armate como varon contra las malicias del demonio: refrena la gula, y fácilmente refrenarás toda inclinacion de la carne. Nunca estés del todo ocioso, sino lee, ó escribe, ó reza, ó medita, ó haz algo de provecho para la comunidad. Pero los ejercicios corporales se deben tomar con discrecion, porque no son igualmente convenientes para todos.

5. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente, porque con mas seguridad se ejercen en secreto. Guárdate empero no seas perezoso para lo comun, y pronto para lo particular; sino que cumplido muy bien lo que debes, y que te está encomenda-

do, si tienes lugar éntrate dentro de tí como desea tu devocion. No todos podemos ejercitar una misma cosa: unas convienen mas á unos, y otras á otros. Tambien, segun el tiempo, te son mas á propósito diversos ejercicios; porque unos son mas acomodados para las fiestas, otros para los dias de trabajo. Necesitamos de unos para el tiempo de la tentacion, y de otros para el de la paz y sosiego. En unas cosas es bien pensar cuando estamos tristes, y en otras cuando alegres en el Señor.

6. En las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios, é invocar con mayor fervor la intercesion de los Santos. De una fiesta para otra debemos proponer algo, como si entonces hubiésemos de salir de este mundo y llegar á la eterna festividad. Por eso debemos prevenirnos con cuidado en los tiempos devotos, y

conversar con mayor devocion, y guardar toda observancia mas estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos.

7. Y si se dilatare, creamos que no estamos bien preparados; y que aun somos indignos de tanta gloria, como se declarará en nosotros acabado el tiempo de la vida; y estudiemos en aparejarnos mejor para morir. *Bienaventurado el siervo* (dice el evangelista san Lucas) *á quien cuando viniere el Señor le hallare velando: en verdad os digo que le constituirá sobre todos sus bienes.*

CAPÍTULO XX.

Del amor de la soledad y silencio.

1. Busca tiempo á propósito para estar contigo, y piensa con frecuencia

en los beneficios de Dios. Deja las cosas curiosas. Lee tales materias que te den mas compuncion que ocupacion. Si te apartares de conversaciones supérfluas, y de andar ocioso, y de oir novedades y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y á propósito para entregarte á santas meditaciones. Los mayores Santos evitaban cuanto podian las compañías de los hombres, y elegian el vivir para Dios en su retiro.

2. Dijo uno: cuantas veces estuve entre los hombres me volví menos hombre. Lo cual experimentamos cada dia cuando hablamos mucho. Mas fácil cosa es callar siempre, que hablar sin errar. Mas fácil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera de ella. Por esto, al que quiere llegar á las cosas interiores y espirituales le conviene apartarse con Jesucristo de la gente. Ninguno se muestra seguro

en público, sino el que se esconde voluntariamente. Ninguno habla con acierto, sino el que calla de buena gana. Ninguno preside dignamente, sino el que se sujeta con gusto. Ninguno manda con razon, sino el que aprendió á obedecer sin replicar.

3. Nadie se alegra seguramente, sino quien tiene el testimonio de la buena conciencia. Pues la seguridad de los Santos siempre estuvo llena del temor divino. Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecian en grandes virtudes y gracias. Pero la seguridad de los malvados nace de la soberbia y presuncion, y al fin se convierte en su mismo engaño. Nunca te tengas por seguro en esta vida, aunque parezcas buen religioso y devoto ermitaño.

4. Los muy estimados de los hombres por buenos, muchas veces han

caido en graves peligros por su mucha confianza. Por lo cual es utilísimo á muchos que no les falten del todo tentaciones, y que sean muchas veces combatidos, porque no se aseguren demasiado de sí propios, porque no se levanten con soberbia, ni tampoco se entreguen demasiadamente á los consuelos exteriores. ¡Oh, quién nunca buscase alegría transitoria! ¡Oh, quién nunca se ocupase en el mundo, y cuán buena conciencia guardaria! ¡Oh, quién quitara de sí todo vano cuidado, y pensase solamente en las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuánta paz y sosiego poseeria!

5. Ninguno es digno de la consolacion celestial, si no se ejercitare con diligencia en la santa contricion. Si quieres arrepentirte de corazon, entra en tu retiro y destierra de tí todo bu-

llicio del mundo segun está escrito: *contristaos en vuestros aposentos*. En la celda hallarás lo que pierdes muchas veces fuera. El retiro usado se hace dulce, y el poco usado causa hastío. Si al principio de tu conversion le frecuentares y guardares bien, te será despues dulce amigo y agradable consuelo.

6. En el silencio y sosiego aprovecha el alma devota, y aprende los secretos de las Escrituras. Allí halla arroyos de lágrimas con que lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse mas familiar á su Hacedor cuanto mas se desviare del tumulto del siglo. Y así, el que se aparta de sus amigos y conocidos, consigue que se le acerque Dios y sus santos Angeles. Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros. Loable es al hombre religioso salir

fuera pocas veces, huir de que le vean, y no querer ver á los hombres.

7. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener? El mundo pasa y sus deleites. Los deseos sensuales nos llevan á pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino pesadumbre de conciencia y derramamiento de corazon? La salida alegre causa muchas veces triste vuelta, y la alegre tarde una afligida mañana. Así, todo gozo carnal entra blandamente, mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de éstos fueron hechas todas las cosas.

8. ¿Qué puedes ver en algun lugar que permanezca mucho tiempo debajo del sol? ¿Piensas acaso satisfacer tu apetito? pues no lo alcanzarás. Si vieses todas las cosas delante de tí, ¿qué

seria sino una vista vana? Levanta tus ojos á Dios en el cielo, y ruega por tus pecados y negligencias. Deja lo vano á los vanos, y tú ten cuidado de lo que te manda Dios. Cierra tu puerta sobre tí, y llama en tu favor á Jesús tu amado. Está con él en tu aposento, que no hallarás en otro lugar tanta paz. Si no salieras ni oyeras noticias, mejor perseveráras en santa paz. Pues te huelgas de oir algunas veces novedades, conviénete sufrir inquietudes de corazon.

CAPÍTULO XXI.

De la compuncion del corazon.

1. Si quieres aprovechar algo en la virtud consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser demasiado libre; mas con severidad refrena todos tus senti-

dos, y no te entregues á vanos contentos. Dáte á la compuncion del corazon, y te hallarás devoto. La compuncion causa muchos bienes, que la disipacion suele perder en breve. Maravilla es que el hombre pueda alegrarse alguna vez perfectamente en esta vida considerando su destierro, y pensando los muchos peligros de su alma.

2. Por la liviandad del corazon y por el descuido de nuestros defectos no sentimos los males de nuestra alma; pero muchas veces reimos vanamente, cuando con razon deberíamos llorar. No hay verdadera libertad ni plácida alegría sino en el temor de Dios con buena conciencia. Bienaventurado aquel que puede desviarse de todo estorbo de distraccion, y recojerse á lo interior de la santa compuncion. Bienaventurado el que renunciare todas las cosas que pueden mancillar ó agra-

var su conciencia. Pelea como varon; una costumbre vence á otra costumbre. Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán muy presto hacer tus buenas obras.

3. No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira siempre primero por tí, y amonéstate á tí mismo mas especialmente que á todos cuantos quieres bien. Si no eres favorecido de los hombres no te entristezcas por eso. Déte pena el que no tienes tanto cuidado de mirar por tí como conviene al siervo de Dios y á la conversacion del devoto religioso. Muy útil y seguro es que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente segun la carne. Pero de no tener ó gustar rara vez las cosas divinas, nosotros tenemos la culpa; porque no buscamos la compuncion del corazon, ni desecha-

mos del todo las vanas y exteriores.

4. Reconócete por indigno de la divina consolacion: antes bien créete digno de ser atribulado. Cuando el hombre tiene perfecta contricion, entonces le es grave y amargo todo el mundo. El que es bueno halla bastante materia para dolerse y llorar; porque ora se mire á sí, ora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive aquí sin tribulaciones. Y cuanto con mas rectitud se mire, tanto mas halla porque dolerse. Materia de justo dolor y entrañable contricion son nuestros pecados y vicios, en que estamos tan caidos, que pocas veces podemos contemplar las cosas celestiales.

5. Si contínuamente pensases mas en tu muerte que en vivir largo tiempo, no hay duda que te enmendarías con mayor fervor. Si pensases tambien de todo corazon en las penas futuras

del infierno ó del purgatorio, creo que de buena gana sufririas cualquier trabajo y dolor, y no temerias ninguna austeridad: pero como estas cosas no pasan al corazon, y amamos siempre el regalo, permanecemos demasiadamente frios y perezosos.

6. Muchas veces por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable. Ruega, pues, con humildad al Señor que te dé espíritu de contricion, y dí con el profeta: *Dáme Señor á comer el pan de lágrimas, y á beber en abundancia el agua de mis lloros.*

CAPÍTULO XXII.

Consideracion de la miseria humana.

1. Miserable serás donde quiera que fueres y donde quiera que te volvieres, si no te convirtieres á Dios.

¿Por qué te afliges de que no te suceda lo que quieres y deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á medida de su voluntad? Ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra. Ninguno hay en el mundo sin tribulacion ó angustia, aunque sea rey ó papa. Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente el que puede padecer algo por Dios.

2. Dicen muchos flacos y enfermos: ¡mirad cuán buena vida tiene aquel hombre! ¡Cuán rico, cuán grande, cuán poderoso es y ensalzado! Pero atiende á los bienes del cielo, y verás que todas estas cosas temporales nada son sino muy inciertas y gravosas; porque nunca se poseen sin cuidado y temor. No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal; bástale una medianía. Por cierto, miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre

quisiere ser mas espiritual, tanto mas amarga se le hará la vida; porque conoce mejor, y ve mas claro los defectos de la corrupcion humana. Porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar y estar sujeto á las demás necesidades naturales, de verdad es grande miseria y pesadumbre al hombre devoto, el cual desea ser desatado de este cuerpo, y libre de toda culpa.

3. Pues el hombre interior está muy agravado con las necesidades corporales en este mundo. Por eso el Profeta ruega devotamente que le libre de ellas, diciendo: *Líbrame, Señor, de mis necesidades*. Mas ¡ay de los que no conocen su miseria! Y mucho mas ¡ay de los que aman esta miserable y corruptible vida! Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad trabajando ó mendigando tengan lo necesario, si pudiesen

vivir aquí siempre, no cuidarian del reino de Dios.

4. ¡Oh locos y duros de corazon los que tan profundamente se envuelven en la tierra, que de nada gustan sino de las cosas carnales! Mas en el fin sentirán gravemente cuán vil y nada era lo que amaron. Los Santos de Dios, y todos los devotos amigos de Cristo no tenian cuenta de lo que agradaba á la carne, ni de lo que florecia en la vida temporal, sino que toda su esperanza é intencion suspiraba por los bienes eternos. Todo su deseo se levantaba á lo duradero é invisible; porque no fuesen abatidos á las cosas bajas con el amor de lo visible. No pierdas, hermano, la confianza de aprovechar en las cosas espirituales: aun tienes tiempo y ocasion.

5. ¿Por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate y comienza en este

momento, y dí: ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de pelear, ahora es tiempo conveniente para enmendarme. Cuando no estás bueno y tienes alguna tribulacion, entonces es tiempo de merecer. Conviene que pases *por fuego y por agua antes que llegues al descanso*. Si no te hicieres fuerza, no vencerás el vicio. Mientras estamos en este frágil cuerpo no podemos estar sin pecado, ni vivir sin fatiga y dolor. De buena gana tendríamos descanso de toda miseria; pero como por el pecado perdimos la inocencia, hemos perdido tambien la verdadera felicidad. Por eso nos importa tener paciencia, y esperar la misericordia de Dios hasta que se acabe la malicia, y la muerte destruya esta vida.

6. ¡Oh cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios! Hoy confiesas tus pecados, y

mañana vuelves á cometer lo confesado. Ahora propones de guardarte, y de aquí á una hora obras como si nada hubieras propuesto. Con mucha razon, pues, podemos humillarnos, y no sentir de nosotros cosa grande, pues somos tan flacos y tan mudables. Presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia.

7. ¿Qué será de nosotros al fin, pues ya tan temprano estamos tibios? ¡Ay de nosotros si así queremos ir al descanso, como si ya tuviésemos paz y seguridad; cuando aun no parece señal de verdadera santidad en nuestra conversacion! Bien seria necesario que aun fuésemos instruidos otra vez como dóciles novicios en las buenas costumbres, si por ventura hubiese esperanza de alguna futura enmienda, y de mayor aprovechamiento espiritual.

CAPÍTULO XXIII.

De la meditacion en la muerte.

1. Muy presto será todo concluido para tí: mira pues como vives: hoy es el hombre y mañana no parece. En quitándolo de la vista, se va presto tambien de la memoria. ¡Oh torpeza y dureza del corazon humano, que solamente piensa en lo presente, sin cuidado de lo venidero! Así habias de conducirte en toda obra y pensamiento, como si hoy hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia, no temerias mucho la muerte. Mejor fuera evitar los pecados, que huir la muerte. Si no estás dispuesto hoy, ¿cómo lo estarás mañana? Mañana es dia incierto; ¿y qué sabes si amanecerás mañana?

2. ¿Qué aprovecha vivir mucho, cuando tan poco nos enmendamos? Ah! la larga vida no siempre nos enmienda, antes muchas veces añade pecados. ¡Ojalá hubiéramos vivido siquiera un dia bien en este mundo! Muchos cuentan los años de su conversion, pero muchas veces es poco el fruto de la enmienda. Si es temeroso el morir, puede ser que sea mas peligroso el vivir mucho. Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de sus ojos, y se dispone cada dia á morir. Si has visto alguna vez morir un hombre, piensa que por aquel mismo camino has de pasar.

3. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás á la noche; y cuando fuere de noche, no te oses prometer la mañana. Por eso está siempre prevenido, y vive de tal manera, que nunca te halle la muerte desapercibido.

Muchos mueren de repente; porque *en la hora que no se piensa vendrá el Hijo del hombre*. Cuando viniere aquella hora postrera, de otra suerte comenzarás á sentir de toda tu vida pasada, y te dolerás mucho de haber sido tan negligente y perezoso.

4. ¡Qué bienaventurado y prudente es el que vive de tal modo cual desea le halle Dios en la hora de la muerte! El perfecto desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en las virtudes, el amor de la austeridad, el trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse á sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le darán de morir felizmente. Muchas cosas buenas podrias hacer mientras estás sano; pero cuando enfermo no sé qué podrás. Pocos se enmiendan con la enferme-

dad; y los que andan en muchas peregrinaciones tarde son santificados.

5. No confies en amigos ni en vecinos, ni dilates para despues tu salvacion; porque mas presto de lo que piensas estarás olvidado de los hombres. Mejor es ahora con tiempo prevenir algunas buenas obras que envies adelante, que esperar en el socorro de otros. Si tú no eres solícito para tí ahora, ¿quién tendrá cuidado de tí despues? Ahora es el tiempo muy precioso; *ahora son los dias de salud; ahora es el tiempo aceptable.* Pero ay dolor! que lo gastas sin aprovecharte, pudiendo en él ganar para vivir eternamente. Vendrá cuando desearás un dia ó una hora para enmendarte, y no sé si te será concedida.

6. ¡Oh hermano, de cuánto peligro te podrias librar, y de cuán grave espanto salir, si siempre estuvieses teme-

roso y sospechoso de la muerte! Trata ahora de vivir de modo que en la hora de la muerte puedas mas bien alegrarte que temer. Aprende ahora á morir al mundo, para que entonces comiences á vivir con Cristo. Aprende ahora á despreciarlo todo, para que entonces puedas libremente ir á Cristo. Castiga ahora tu cuerpo con penitencia, porque entonces puedas tener confianza cierta.

7. ¡Oh necio! ¿por qué piensas vivir mucho, no teniendo un dia seguro? ¿Cuántos que pensaban vivir mucho, se han engañado, y han sido separados del cuerpo cuando menos lo esperaban? ¿Cuántas veces oiste contar que uno murió á cuchillo, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, á otro jugando le vino su fin? Uno murió con fuego, otro con hierro, otro

de peste, otro pereció á manos de ladrones; y así la muerte es fenecimiento de todos, y la vida de los hombres se pasa como sombra rápidamente.

8. ¿Quién se acordará de tí, y quién rogará por tí despues de muerto? Haz ahora, hermano, lo que pudieres: que no sabes cuando morirás, ni lo que te acaecerá despues de la muerte. Ahora que tienes tiempo, atesora riquezas inmortales. Nada pienses fuera de tu salvacion, y cuida solamente de las cosas de Dios. Granjéate ahora amigos venerando á los Santos de Dios, é imitando sus obras, para que cuando salieres de esta vida te reciban en las moradas eternas.

9. Trátate como huesped y peregrino sobre la tierra, á quien no le va nada en los negocios del mundo. Guarda tu corazon libre y levantado á Dios, porque aquí no tienes domicilio per-

manente. A él endereza tus oraciones y gemidos cada dia con lágrimas, porque merezca tu espíritu despues de la muerte pasar dichosamente al Señor. Amen.

CAPITULO XXIV.

Del juicio y penas de los pecadores.

1. Mira el fin en todas las cosas, y de qué suerte estarás delante de aquel Juez justísimo, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dádivas, ni admite excusas, sino que juzgará justísimamente. Oh ignorante y miserable pecador! ¿qué responderás á Dios, que sabe todas tus maldades, tú que temes á veces el rostro de un hombre airado? ¿Por qué no te previenes para el dia del juicio, cuando no habrá quien defienda ni ruegue por otro,

sino que cada uno tendrá bastante que hacer por sí? Ahora tu trabajo es fructuoso, tu llanto aceptable, tus gemidos se oyen, tu dolor es satisfactorio y justificativo.

2. Aquí pasa un grave y saludable purgatorio el hombre sufrido, que recibiendo injurias, se duele mas de la malicia del injuriador que de su propia ofensa: que ruega gustoso á Dios por sus enemigos, y de corazon perdona los agravios: que no tiene dificultad en pedir perdon á cualquiera: que mas fácilmente se compadece que se indigna: que se hace fuerza muchas veces, y procura sujetar del todo su carne al espíritu. Mejor es purgar ahora los pecados y cortar los vicios, que dejar el purgarlos para lo venidero. Por cierto nos engañamos á nosotros mismos por el amor desordenado que tenemos á la carne.

3. ¿En qué otra cosa se cebará aquel fuego sino en tus pecados? Cuanto mas te perdonas ahora á tí mismo, y sigues á la carne, tanto mas gravemente serás despues atormentado, pues reunes mayor materia para arder en la otra vida. En lo mismo que mas peca el hombre será mas gravemente castigado. Allí los perezosos serán punzados con aguijones ardientes, y los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed. Allí los lujuriosos y amadores de deleites serán rociados con ardiente pez y hediondo azufre; y los envidiosos ahullarán de dolor como rabiosos perros.

4. No hay vicio que no tenga su propio tormento. Allí los soberbios estarán llenos de confusion, y los avarientos serán oprimidos con miserable necesidad. Allí será mas grave pasar una hora de pena, que aquí cien años

de penitencia amarga. Allí no hay sosiego ni consolacion para los condenados: mas aquí algunas veces cesan los trabajos, y se goza del consuelo de los amigos. Ten ahora cuidado y dolor de tus pecados, para que en el dia del juicio estés seguro con los Bienaventurados. Pues entonces *estarán los justos con gran constancia contra los que los angustiaron y persiguieron.* Entonces estará para juzgar el que aquí se sujetó humildemente al juicio de los hombres. Entonces tendrá mucha confianza el pobre y el humilde; mas el soberbio por todos lados se estremecerá.

5. Entonces será tenido por sabio el que aprendió aquí á ser loco y menospreciado por Cristo. Entonces agradará toda tribulacion sufrida con paciencia, y *toda maldad no despegará los labios.* Entonces se holgarán todos

los devotos, y se entristecerán todos los disolutos. Entonces se alegrará mas la carne afligida, que la que siempre vivió en deleites. Entonces resplandecerá el vestido despreciado, y parecerá vil el precioso. Entonces será mas alabada la pobre casilla, que el ostentoso palacio. Entonces ayudará mas la constante paciencia, que todo el poder del mundo. Entonces será mas ensalzada la simple obediencia que toda la sagacidad del siglo.

6. Entonces alegrará mas la pura y buena conciencia, que la docta filosofía. Entonces se estimará mas el desprecio de las riquezas, que todo el tesoro de los ricos de la tierra. Entonces te consolarás mas de haber orado con devocion, que de haber comido delicadamente. Entonces te alegrarás mas de haber guardado el silencio, que de haber conversado mucho. Entonces te

aprovecharán mas las obras santas, que las palabras floridas. Entonces agradará mas la vida estrecha y la rigurosa penitencia, que todas las delicias terrenas. Aprende ahora á padecer en lo poco, para que entonces seas libre de lo muy grave. Prueba aquí primero lo que podrás despues. Si ahora no puedes padecer levemente, ¿cómo podrás despues sufrir los tormentos eternos? Si ahora una pequeña penalidad te hace tan impaciente, ¿qué hará entonces el infierno? De verdad no puedes tener dos gozos; deleitarte en este mundo, y despues reinar en el cielo con Cristo.

7. Si hasta ahora hubieses vivido en honras y deleites, y te llegase la muerte, ¿qué te aprovecharia? Todo, pues, es vanidad, sino amar á Dios, y servirle á él solo. Porque los que aman á Dios de todo corazon, no temen la

muerte, ni el tormento, ni el juicio, ni el infierno; pues el amor perfecto tiene segura entrada para Dios. Mas quien se deleita en pecar, no es maravilla que tema la muerte y el juicio. Bueno es no obstante que si el amor no nos desvia de lo malo, por lo menos el temor del infierno nos refrene. Pero el que pospone el temor de Dios, no puede durar mucho tiempo en el bien sin caer muy presto en los lazos del demonio.

CAPITULO XXV.

De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.

1. Vela con mucha diligencia en el servicio de Dios, y piensa de ordinario á qué veniste, y por qué dejaste el mundo. ¿No es por ventura con el fin

de vivir para Dios, y ser hombre espiritual? Corre, pues, con fervor á la perfeccion, que presto recibirás el galardon de tus trabajos, y no habrá de ahí adelante temor ni dolor en tu fin. Ahora trabajarás un poco, y hallarás despues gran descanso, y aun perpétua alegría. Si permaneces fiel y fervoroso en obrar, sin duda será Dios fiel y rico en pagar. Ten firme esperanza que alcanzarás victoria; mas no conviene tener seguridad, porque no aflojes ni te ensoberbezcas.

2. Como uno estuviese congojado, y entre la esperanza y el temor dudase muchas veces, cargado de tristeza se arrojó delante de un altar en la iglesia para orar; y revolviendo en su corazon varias cosas, dijo: ¡Oh, si supiese que habia de perseverar! y luego oyó en lo interior la divina respuesta: ¿Qué harias si eso supieses?

Haz ahora lo que entonces quisieras hacer, y estarás seguro. Y en aquel punto consolado y confortado se ofreció á la divina voluntad, y cesó su congojosa turbacion. Y no quiso escudriñar curiosamente para saber lo que le habia de suceder, sino que anduvo con mucho cuidado de saber lo que fuese la voluntad de Dios, y mas agradable y perfecto á sus divinos ojos, para comenzar y perfeccionar toda buena obra.

3. El Profeta dice: *Espera en el Señor, y haz obras buenas, y habita en la tierra, y gozarás de sus riquezas.* Retrae á muchos del fervor de su aprovechamiento el espanto de la dificultad, ó el trabajo de la pelea. Ciertamente aquellos aprovechan mas en las virtudes, que mas varonilmente se esfuerzan en vencer las que les son mas graves y contrarias. Porque allí aprove-

cha el hombre mas, y alcanza mayor gracia donde mas se vence á sí mismo y se mortifica el espíritu.

4. Pero no todos tienen igual ánimo para vencerse y mortificarse. No obstante el diligente y celoso de su aprovechamiento, mas adelantará en la perfeccion, aunque tenga muchas pasiones; que el de buen natural si pone poco cuidado en el ejercicio de las virtudes. Dos cosas especialmente ayudan mucho á enmendarse, es á saber: desviarse con esfuerzo de aquello á que le inclina la naturaleza viciosamente, y trabajar con fervor por el bien que mas le falta. Trabaja tambien en vencer y evitar lo que de ordinario te desagrada en tus prójimos.

5. Mira que saques provecho de todo: y si vieres y oyeres buenos ejemplos, anímate á imitarlos. Mas si vieres alguna cosa digna de reprension,

guárdate de hacerla; y si alguna vez la hiciste, procura enmendarte luego. Así como tú miras á los otros, así los otros te miran á tí. ¡Oh cuán alegre y dulce cosa es ver los devotos y fervorosos hermanos con santas costumbres y en observante disciplina! ¡Cuán triste y penoso es verlos andar desordenados; y que no hacen aquello á que son llamados por su vocacion! ¡Oh, cuán dañoso es ser negligentes en el propósito de su llamamiento, y ocuparse en lo que no les mandan!

6. Acuérdate de la profesion que tomaste, y proponte por modelo al Crucificado. Bien puedes avergonzarte mirando la vida de Jesucristo; porque tan poco has sabido conformarte con Él, aunque ha tantos años que estás en el camino de Dios. El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasion del Señor, ha-

lla allí cumplidamente todo lo útil y necesario para sí; y no hay necesidad que busque cosa mejor fuera de Jesús. ¡Oh, si viniese á nuestro corazon Jesús crucificado, cuán presto y cumplidamente seríamos enseñados!

7. El fervoroso religioso acepta todo lo que le mandan, y lo lleva muy bien. El negligente y tibio tiene tribulacion sobre tribulacion, y de todas partes padece angustia, porque carece de la consolacion interior, y no le dejan buscar la exterior. El religioso que vive fuera de la observancia, cerca está de caer gravemente. El que busca vivir mas ancho y descuidado, siempre estará en angustias; porque lo uno ó lo otro le descontentará.

8. ¿Cómo hacen tantos religiosos que están encerrados en la observancia del monasterio? Salen pocas veces, viven abstraidos, comen pobremente,

visten ropa basta, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan muy temprano, tienen contínuas horas de oracion, leen á menudo, y guárdanse en toda disciplina. Mira como los Cartujos, los Cistercienses, y los monjes y monjas de diversas órdenes se levantan cada noche á alabar al Señor. Y por eso seria cosa torpe que tú emperezases en obra tan santa, donde tanta multitud de religiosos comienza á alabar á Dios.

9. ¡Oh, si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar al Señor nuestro Dios con todo el corazon y con la boca! ¡Oh, si nunca tuvieses necesidad de comer, beber y dormir; sino que siempre pudieses alabar á Dios, y solamente ocuparte en cosas espirituales! Entonces serias mucho mas dichoso que ahora cuando sirves á la necesidad de la carne. ¡Pluguiese á Dios

que no tuviésemos estas necesidades; sino solamente las refecciones espirituales, las cuales ¡ay! gustamos bien raras veces!

10. Cuando el hombre llega al punto de no buscar su consuelo en ninguna criatura, entonces comienza á gustar de Dios perfectamente; y está contento de todo lo que le sucede. Entonces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual le es todo en todas las cosas, para quien ninguna perece ni muere, sino que todas viven y le sirven sin tardanza.

11. Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamás vuelve. Nunca alcanzarás las virtudes sin cuidado y diligencia. Si comienzas á ser tibio, comenzará á irte mal. Mas si te excitares al fervor, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy ligero por la

gracia de Dios, y por el amor de la virtud. El hombre fervoroso y diligente á todo está dispuesto. Mayor trabajo es resistir á los vicios y pasiones, que sudar en los trabajos corporales. El que no evita los defectos pequeños, poco á poco cae en los grandes. Te alegrarás siempre á la noche, si gastares bien el dia. Vela sobre tí; despiértate á tí; amonéstate á tí; y sea de los otros lo que fuere, no te descuides de tí. Tanto aprovecharás, cuanto mas fuerza te hicieres. Amen.

LIBRO SEGUNDO.

AVISOS PARA EL TRATO INTERIOR.

CAPITULO PRIMERO.

De la conversacion interior.

1. Dice el Señor: *El reino de Dios dentro de vosotros está*. Conviértete á Dios de todo corazon, y deja ese miserable mundo, y hallará tu alma reposo. Aprende á menospreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás que se viene á tí el reino de Dios. Pues *el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo*, que no se da á los malos. Si preparas digna morada interiormente á Jesucristo, vendrá á tí, y te mostrará su consolacion. Toda su

gloria y hermosura es en lo interior, y allí se está complaciendo. Su contínua visitacion es con el hombre interior, y con él habla dulcemente, y tiene agradable conversacion, mucha paz, y familiaridad sobremanera agradable.

2. Ea pues, alma fiel, prepara tu corazon á este Esposo, para que quiera venirse á tí, y habitar contigo. Porque él dice así: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos á él, y haremos en él nuestra morada.* Dá, pues, lugar á Cristo, y á todo lo demás cierra la puerta. Si á Cristo tuvieres, estarás rico, y te bastará. El será tu fiel procurador, y te proveerá de todo, de manera que no tendrás necesidad de esperar en los hombres. Porque los hombres se mudan fácilmente, y desfallecen en breve; pero Jesucristo permanece para siempre, y está firme hasta el fin.

3. No hay que poner mucha confianza en el hombre frágil y mortal aunque sea útil y bien querido: ni has de tomar mucha pena si alguna vez fuere contrario y te contradijere. Los que hoy son contigo, mañana pueden ser contra tí, y al contrario; porque muchas veces se vuelven como el viento. Pon en Dios toda tu esperanza, y sea él tu temor y tu amor. El responderá por tí; y lo hará bien, como mejor convenga. No tienes aquí domicilio permanente: donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino, y no tendrás nunca reposo, si no estuvieres íntimamente unido con Cristo.

4. ¿Qué miras aquí, no siendo este lugar de tu descanso? En los cielos debe de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre. Todas las cosas pasan, y tú tambien con ellas. Guárdate de pegarte á ellas,

porque no seas preso y perezcas. En el Altísimo pon tu pensamiento; y tu oracion sin cesar sea dirigida á Cristo. Si no sabes contemplar las cosas altas y celestiales, descansa en la pasion de Cristo, y habita gustosamente en sus sagradas llagas. Porque si te acojes devotamente á las llagas y preciosas heridas de Jesús, gran consuelo sentirás en la tribulacion, y no harás mucho caso de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes.

5. Cristo fué tambien en el mundo despreciado de los hombres, y se vió entre grandes afrentas y en suma necesidad, desamparado de amigos y conocidos. Cristo quiso padecer y ser despreciado, ¿y tú osas quejarte de alguna cosa? Cristo tuvo adversarios y murmuradores, ¿y tú quieres tener á todos por amigos y bienhechores? ¿Con qué

se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece? Si no quieres sufrir nada, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.

6. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesús, y gustases un poco de su encendido amor, entonces no tendrias cuidado de tu propio provecho ó daño; antes te holgarias mas de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Jesús hace al hombre despreciarse á sí mismo. El amante de Jesús y de la verdad, y el hombre verdaderamente interior y libre de aficiones desordenadas, se puede volver fácilmente á Dios, y levantarse sobre sí mismo en el espíritu, y descansar gozosamente.

7. Aquel á quien gustan todas las cosas como son, no como se dicen ó estiman, es verdaderamente sabio, y

enseñado mas de Dios que de los hombres. El que sabe andar dentro de sí, y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares ni espera tiempos para darse á ejercicios devotos. El hombre interior presto se recoje; porque nunca se entrega todo á las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupacion necesaria á tiempos; sino que así como suceden las cosas, se acomoda á ellas. El que está interiormente bien dispuesto y ordenado, no cuida de los hechos famosos y perversos de los hombres. Tanto se estorba el hombre y se distrae, cuanto atrae á sí las cosas de afuera.

8. Si fueses recto y puro, todo te sucederia bien y con provecho. Por eso te descontentan y conturban muchas cosas frecuentemente, porque aun no estás muerto á tí del todo, ni apartado de todas las cosas terrenas. Nada

mancilla ni embaraza tanto el corazon del hombre, cuanto el amor desordenado de las criaturas. Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales, y gozarte muchas veces dentro de tí.

CAPITULO II.

De la humilde sumision.

1. No te importe mucho quien es por tí ó contra tí; sino busca y procura que sea Dios contigo en todo lo que haces. Ten buena conciencia, y Dios te defenderá. Al que Dios quiere ayudar, no le podrá dañar la malicia de alguno. Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios. El sabe el tiempo y el modo de librarte; y por eso te debes ofrecer á él. A Dios pertenece ayudar y librar de toda confu-

sion. Algunas veces conviene mucho para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos y los reprendan.

2. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca á los otros, y sin dificultad satisface á los que le odian. Dios defiende y libra al humilde: al humilde ama y consuela: al hombre humilde se inclina: al humilde concede gracia, y despues de su abatimiento le levanta á gran honra. Al humilde descubre sus secretos, y le trae dulcemente á sí, y le convida. El humilde, recibida la afrenta, está en paz; porque se apoya en Dios y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el mas bajo de todos.

CAPITULO III.

Del hombre bueno y pacífico.

1. Ponte primero á tí en paz, y despues podrás apaciguar á los otros. El hombre pacífico aprovecha mas que el muy letrado. El hombre apasionado, aun el bien convierte en mal, y de ligero cree lo malo. El hombre bueno y pacífico todas las cosas hecha á la buena parte. El que está en buena paz, de ninguno sospecha. El descontento y alterado, con diversas sospechas se atormenta; ni él sosiega, ni deja descansar á los otros. Dice muchas veces lo que no debiera, y deja de hacer lo que mas le convendria. Piensa lo que otros deben hacer, y descuida él sus propias obligaciones. Ten, pues, primero celo contigo, y despues po-

drás tener buen celo con el prójimo.

2. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas, y no quieres oir las disculpas ajenas. Mas justo seria que te acusases á tí, y excusases á tu hermano. Sufre á los otros si quieres que te sufran. Mira cuán lejos estás aun de la verdadera caridad y humildad, la cual no sabe desdeñar y airarse sino contra sí. No es mucho conversar con los buenos y mansos, pues esto á todos da gusto naturalmente; y cada uno de buena gana tiene paz, y ama á los que concuerdan con él. Pero poder vivir en paz con los duros y perversos y mal acondicionados, y con quien nos contradice, grande gracia es, y accion varonil y loable.

3. Hay algunos que tienen paz consigo, y tambien con los otros. Otros hay, que ni la tienen consigo, ni la dejan tener á los demás: molestos para

los otros, lo son mas para sí mismos. Y hay otros que tienen paz consigo, y trabajan en reducir á paz á los otros. Pues toda nuestra paz en esta miserable vida, está puesta mas en el sufrimiento humilde, que en dejar de sentir contrariedades. El que sabe mejor padecer tendrá mayor paz. Este es vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

CAPITULO IV.

Del puro corazon y sencilla intencion.

1. Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son sencillez y pureza. La sencillez ha de estar en la intencion, y la pureza en la aficion. La sencillez pone la intencion en Dios; la pureza le abraza y gusta. Ninguna buena obra te impedirá, si

interiormente estuvieres libre de todo desordenado deseo. Si no piensas ni buscas sino el beneplácito divino y el provecho del prójimo, gozarás de interior libertad. Si fuese tu corazon recto, entonces te seria toda criatura espejo de vida, y libro de santa doctrina. No hay criatura tan baja ni pequeña que no represente la bondad de Dios.

2. Si tú fueses bueno y puro en lo interior, luego verias y entenderias bien todas las cosas sin impedimento. El corazon puro penetra al cielo y al infierno. Cual es cada uno en lo interior, tal juzga lo de fuera. Si hay gozo en el mundo, el hombre de puro corazon lo posee. Y si en algun lugar hay tribulacion y congojas, es donde habita la mala conciencia. Así como el hierro metido en el fuego pierde el orin y se pone todo resplandeciente; así el hombre que enteramente se convierte

á Dios, se desentorpece y muda en nuevo hombre.

3. Cuando el hombre comienza á entibiarse, entonces teme el trabajo, aunque pequeño, y toma con gusto la consolacion exterior. Mas cuando se comienza perfectamente á vencer y andar alentadamente en la carrera de Dios, tiene por ligeras las cosas que primero tenia por pesadas.

CAPITULO V.

De la consideracion de sí mismo.

1. No debemos confiar de nosotros grandes cosas, porque muchas veces nos falta la gracia y la discrecion. Poca luz hay en nosotros, y presto la perdemos por nuestra negligencia. Y muchas veces no sentimos cuan ciegos estamos en el alma. Muchas veces

tambien obramos mal, y lo excusamos peor. A veces nos mueve la pasion, y pensamos que es celo. Reprendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves si son nuestras. Muy presto sentimos y agravamos lo que de otro sufrimos; mas no miramos cuánto enojamos á los otros. El que bien y rectamente examinare sus obras, no tendrá que juzgar gravemente las ajenas.

2. El hombre recogido antepone el cuidado de sí mismo á todos los cuidados; y el que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otros. Nunca estarás recogido y devoto, si no callares las cosas ajenas, y especialmente mirares á tí mismo. Si del todo te ocupares en Dios y en tí, poco te moverá lo que sientes de fuera. ¿Dónde estás cuando no estás contigo? Y despues de haber discurrido por todas las cosas,

¿qué has ganado si de tí te olvidaste? Si has de tener paz y union verdadera, conviene que todo lo pospongas, y tengas á ti solo delante de tus ojos.

3. Mucho aprovecharás si te guardas libre de todo cuidado temporal. Muy menguado serás, si alguna cosa temporal estimares. No te parezca cosa alguna alta, ni grande, ni acepta, ni agradable, sino Dios puramente, ó lo que sea de Dios. Ten por vana cualquier consolacion que te viniere de alguna criatura. El alma que ama á Dios, desprecia todas las cosas sin él. Solo Dios eterno é inmenso que todo lo llena, es gozo del alma, y alegría verdadera del corazon.

CAPITULO VI.

De la alegría de la buena conciencia.

1. La gloria del hombre bueno es el testimonio de la buena conciencia. Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría. La buena conciencia muchas cosas puede sufrir, y muy alegre está en las adversidades. La mala conciencia siempre está con inquietud y temor. Suavemente descansarás, si tu corazon no te reprende. No te alegres sino cuando obrares bien. Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni sienten paz interior; porque dice el Señor: *No tienen paz los malos.* Y si dijeren: en paz estamos, no vendrá mal sobre nosotros: ¿quién se atreverá á ofendernos? No los creas; porque de repente se levantará la ira de Dios,

y pararán en nada sus obras y perecerán sus pensamientos.

2. No es dificultoso al que ama gloriarse en la tribulacion; porque gloriarse de esta suerte, es gloriarse en la cruz del Señor. Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres. La gloria del mundo siempre va acompañada de la tristeza. La gloria de los buenos está en sus conciencias, y no en la boca de los hombres. La alegría de los justos es de Dios y en Dios; y su gozo es la verdad. El que desea la verdadera y eterna gloria, no hace caso de la temporal. Y el que busca la gloria temporal, ó no la desprecia de corazon, señal es que ama menos la celestial. Gran quietud de corazon tiene el que no se le da nada de las alabanzas ni de las afrentas.

3. Fácilmente estará contento y sosegado el que tiene la conciencia lim-

pia. No eres mas santo porque te alaben, ni mas vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres: ni puedes tener nombre mayor de lo que Dios sabe que eres. Si miras lo que eres dentro de tí, no tendrás cuidado de lo que de tí hablan los hombres. *El hombre ve lo de afuera, mas Dios el corazon.* El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones. Hacer siempre bien, y tenerse en poco, señal es de una alma humilde. No querer consolacion de criatura alguna, señal es de gran pureza y de cordial confianza.

4. El que no busca la aprobacion de los hombres, claramente muestra que se entregó del todo á Dios. Porque dice san Pablo: *No el que se alaba á sí mismo es aprobado, sino el que Dios alaba.* Andar en lo interior con Dios, y no embarazarse de fuera con alguna aficion, estado es de varon espiritual.

CAPITULO VII.

Del amor de Jesús sobre todas las cosas.

1. Bienaventurado el que conoce que es amar á Jesús, y despreciarse á sí mismo por Jesús. Conviene dejar un amado por otro amado; porque Jesús quiere ser amado solo sobre todas las cosas. El amor de la criatura es engañoso y mudable. El amor de Jesús es fiel y permanente. El que se llega á la criatura, caerá con lo perecedero. El que abraza á Jesús, afirmaráse en Él á jamás. A aquel ama y ten por amigo, que aunque todos te desamparen, no te desamparará, ni te dejará perecer en el fin. De todos has de ser desamparado alguna vez, quieras ó no quieras.

2. Tente fuertemente con Jesús viviendo y muriendo, y entrégate á su

fidelidad, que aunque todos te falten, él solo te puede ayudar. Tu Amado es de tal condicion, que no quiere consigo admitir á otro: mas él solo quiere tener tu corazon, y como Rey sentarse en su propio trono. Si supieses bien desocuparte de toda criatura, Jesús habitaria de buena gana contigo. Cuanto pusieres en los hombres, fuera de Jesús, lo tendrás perdido. No confies ni te apoyes sobre la caña hueca, porque *toda carne es heno, y toda su gloria caerá como la flor del heno.*

3. Presto serás engañado, si mirares solamente la apariencia exterior de los hombres. Porque si buscas tu descanso y ganancia en otros, muchas veces sentirás daño: si en todo buscas á Jesús, hallarás de verdad á Jesús. Mas si te buscas á tí mismo, te hallarás tambien, pero para tu daño. Pues mas se daña el hombre á sí mismo no

buscando á Jesús, que todo el mundo y todos sus enemigos le pueden dañar.

CAPITULO VIII.

De la familiar amistad con Jesús.

1. Cuando Jesús está presente todo es bueno, y nada parece difícil; mas cuando Jesús está ausente todo es duro. Cuando Jesús no nos habla interiormente, vil es nuestro consuelo; mas si Jesús habla una sola palabra, gran consolacion se siente. ¿Por ventura no se levantó luego María Magdalena del lugar donde lloró, cuando le dijo Marta: *El Maestro está aquí, y te llama?* ¡Oh, bienaventurada hora cuando Jesús llama de las lágrimas al gozo del espíritu! ¡Cuán seco y duro eres sin Jesús! ¡Cuán necio y vano si codicias algo fuera de Jesús! Por ven-

tura, ¿no es este mayor daño que si perdieses todo el mundo?

2. ¿Qué puede dar el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es grave infierno: estar con Jesús dulce paraíso. Si Jesús estuviere contigo, ningun enemigo te podrá dañar. El que halla á Jesús, halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde á Jesús, pierde muy mucho, y mas que todo el mundo. Pobrísimo es el que vive sin Jesús, y riquísimo el que está bien con Jesús.

3. Arte grande es saber conversar con Jesús, y gran prudencia saber tener á Jesús. Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesús. Sé devoto y sosegado, y permanecerá contigo Jesús. Presto puedes echar de tí á Jesús y perder su gracia, si te abates á las cosas exteriores. Si destierras de tí á Jesús, y le pierdes, ¿á quién irás? ¿A

quién buscarás por amigo? Sin amigo no puedes vivir bien: y si Jesús no fuere para tí sobre todos los amigos, estarás muy triste y desconsolado. Pues locamente lo haces si en otro alguno confias y te alegras. Mas se debe escojer tener todo el mundo contrario, que tener ofendido á Jesús. Sea, pues, solo Jesús tu especial amado entre todos tus amigos.

4. Ama á todos por amor de Jesús; y á Jesús por sí mismo. Solo Jesucristo se debe amar singularmente, porque él solo es bueno y fiel mas que todos los amigos. Por Él y en Él debes amar los amigos y enemigos, y rogarle por todos, para que le conozcan y le amen. Nunca desees ser alabado ni amado singularmente; porque eso á solo Dios pertenece, que no tiene igual. Ni quieras que alguno se ocupe contigo en su corazon, ni tú te ocupes con el amor

de alguno; mas sea Jesús en tí, y en todo hombre bueno.

5. Sé puro y libre interiormente, sin ocupacion de criatura alguna. Te conviene estar desnudo de todo afecto, y tener para con Dios un corazon puro, si quieres descansar y ver cuan suave es el Señor. Y verdaderamente no llegarás á esto, si no fueres prevenido y traido de su gracia, para que dejadas y echadas de tí todas las cosas, seas unido solo con Él solo. Pues cuando viene la gracia de Dios al hombre, entonces se hace poderoso para todo; pero cuando se aparta queda pobre y enfermo, y como destinado para las calamidades solamente. En esto no debes desmayar ni desesperar, sino estar constante en la voluntad de Dios, y sufrir con igual ánimo todo lo que viniere para la gloria de Jesucristo; porque al invierno sigue el es-

tío; despues de la noche vuelve el dia, y despues de la tempestad gran bonanza.

CAPITULO IX.

De la privacion de todo consuelo.

1. No es grave cosa despreciar el consuelo humano, cuando tenemos el divino. Grande y muy grande cosa es poder carecer tanto de divino como de humano consuelo, y querer sufrir de buena gana sequedad de corazon por la honra de Dios, y en ninguna cosa buscarse á sí mismo, ni atender á su propio mérito. ¿Qué gran cosa es, si estás alegre y devoto cuando viene sobre tí la gracia de Dios? Esta hora todos la desean. Muy suavemente camina aquel á quien lleva la gracia de Dios. ¿Y qué maravilla si no siente

carga el que es llevado del Omnipotente, y guiado por el Supremo conductor?

2. De buena gana tomamos algun pasatiempo; y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo. El mártir san Lorenzo con su Sacerdote venció al mundo; porque despreció todo lo que en el mundo parecia deleitable, y sufrió con paciencia por amor de Cristo que le fuese quitado Sixto el sumo Sacerdote de Dios, á quien amaba sobremanera. Pues así con el amor de Dios venció el amor del hombre, y trocó el contento humano por el beneplácito divino. Así aprendé tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo. Y no lleves á mal que algun amigo te abandone, sabiendo que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

3. Mucho y de contínuo conviene

que pelee el hombre consigo mismo antes que sepa vencerse del todo, y poner en Dios cumplidamente todo su deseo. Cuando el hombre estriba en sí mismo, fácilmente se desliza á las consolaciones humanas. Mas el verdadero amante de Cristo, y cuidadoso imitador de sus virtudes, no se entrega á las consolaciones, ni busca estas dulzuras sensibles, antes procura ejercicios fuertes, y sufre por Cristo duros trabajos.

4. Así, pues, cuando Dios te diere la consolacion espiritual, recíbela con hacimiento de gracias; pero entiende que es don de Dios y no merecimiento tuyo. No te levantes á mayores, ni te alegres demasiado, ni presumas vanamente, sino humíllate mas por el don recibido, y sé mas avisado y temeroso en todas tus obras; porque se pasará aquella hora y vendrá la tentacion.

Cuando te fuere quitado el consuelo, no desesperes luego; mas espera con humildad y paciencia la visitacion celestial, porque Dios es poderoso para volverte á dar mucha mayor consolacion. Esto no es cosa nueva ni estraña para los que han esperimentado el camino de Dios, porque en los grandes Santos y antiguos Profetas acaeció muchas veces esta manera de mudanza.

5. Por eso decia uno cuando tenia presente la gracia: *Yo dije en mi abundancia: No seré movido ya para siempre.* Y ausente la gracia, añade lo que esperimentó en sí diciendo: *Apartaste de mí tu rostro, y fuí conturbado.* Mas entre estas cosas, de ningun modo desespera, sino con mayor instancia ruega á Dios, y dice: *A tí, Señor, clamaré, y á mi Dios rogaré.* Al fin alcanzó el fruto de su oracion, y asegura que fué oido, diciendo: *Oyóme el Señor, y*

tuvo misericordia de mí: el Señor se hizo mi ayudador. ¿Mas en qué? *Volviste* (dice) *mi llanto en gozo, y me rodeaste de alegría.* Si así se hizo con los grandes Santos, no debemos nosotros, enfermos y pobres, desesperar si algunas veces estamos fervorosos, y á veces frios; porque el espíritu se viene y se va, segun la divina voluntad. Por eso dice el bienaventurado Job: *Lo visitas en la mañana y súbitamente lo pruebas.*

6. ¿Pues sobre qué puedo esperar, ó en quién debo confiar sino solamente en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celeslial? Porque aunque esté cercado de hombres buenos, ó de hermanos devotos, ó de amigos fieles, ó de libros santos, ó de tratados excelentes, y cantos y dulces himnos, todo aprovecha poco y tiene poco sabor, cuando estoy desam-

parado de la gracia, y dejado en mi propia pobreza. Entonces no hay mejor remedio que la paciencia y la resignacion conformándome con la voluntad de Dios.

7. Nunca hallé á ninguno tan religioso y devoto, que alguna vez no tuviese intermision del consuelo divino, y sintiese diminucion del fervor. Ningun Santo fué tan altamente arrebatado y alumbrado, que antes ó despues no haya sido probado con tentaciones. No es, pues, digno de la sublime contemplacion de Dios, el que no fué ejercitado por su causa en alguna tribulacion. Porque suele ser la tentacion precedente señal que vendrá el consuelo. Que á los probados en la tentacion, es prometido el gozo celestial. *Al que venciere* (dice) *daré á comer del árbol de la vida.*

8. Dase tambien la consolacion di-

vina para que el hombre sea mas fuerte para sufrir las adversidades. Y tambien le sigue la tentacion, porque no se ensoberbezca del bien. El demonio no duerme, ni la carne está muerta todavía: por esto no ceses de prevenirte para la batalla; porque á la diestra y á la siniestra están los enemigos que nunca descansan.

CAPÍTULO X.

De como se debe corresponder á la gracia de Dios.

1. ¿Para qué buscas descanso, habiendo nacido para el trabajo? Dispónte á la paciencia mas que á la consolacion, y á llevar cruz, mas que á la alegría. ¿Qué hombre mundano no tomaria de buena gana el consuelo y alegría espiritual, si siempre la pudie-

se tener? Pues las consolaciones espirituales esceden á todos los placeres del mundo, y á los deleites de la carne. Porque todos los deleites del mundo, ó son vanos ó torpes, mas los deleites espirituales solos son alegres y honestos, engendrados de las virtudes, é infundidos de Dios en los corazones limpios. Mas no puede ninguno usar siempre de estas consolaciones divinas como quiere, porque el tiempo de la tentacion pocas veces cesa.

2. Muy contraria es á la soberana visitacion la falsa libertad del alma y la demasiada confianza de sí mismo. Bien hace Dios dando la gracia de la consolacion; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, dándole gracias. Y por esto no son mayores en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al Hacedor, y no lo atribuimos todo á la fuente de don-

de manan. Porque siempre se da la gracia al que dignamente es agradecido, y se quita al soberbio lo que se suele dar al humilde.

3. No quiero consuelo que me quite la compuncion, ni contemplacion que me ocasione soberbia. Pues no es santo todo lo alto, ni todo lo dulce bueno, ni puro todo deseo, ni todo lo que amamos agradable á Dios. Acepto de buen grado la gracia que me haga siempre mas humilde, temeroso y dispuesto á renunciarme á mí mismo. El enseñado con el don de la gracia, y avisado con el escarmiento de haberla perdido, no osará atribuirse á sí bien alguno; antes se confesará pobre y desnudo. Dá á Dios lo que es de Dios, y atribúyete á tí lo que es tuyo: esto es, dá gracias á Dios por la gracia; mas á tí no te atribuyas sino la culpa, y reconoce que mereces por ella un digno castigo.

4. Ponte siempre en lo mas bajo, y se te dará lo mas alto; porque lo alto no existe sin lo ínfimo. Los Santos que son grandes para con Dios, para consigo son muy pequeños; y cuanto mas gloriosos, tanto en sí mas humildes. Llenos de verdad y de gloria celestial, no son codiciosos de gloria vana. Fundados y confirmados en Dios, en ninguna manera pueden ser soberbios. Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien recibieron, no buscan la gloria mundana, sino la que viene de Dios solamente, y desean que Dios sea sobre todo glorificado en sí mismos y en todos los Santos, y siempre tienen esto por objeto.

5. Sé, pues, agradecido en lo poco, y serás digno de recibir cosas mayores. Ten en mucho lo poco, y lo mas despreciado por don especial. Si miras á la dignidad del Dador, ningun don te

parecerá pequeño ó vil; pues no es poco lo que da el soberano Dios. Y aunque diere penas y azotes, se lo debemos agradecer; porque siempre es para nuestra salvacion todo lo que permite que nos venga. El que desea conservar la gracia de Dios, sea agradecido cuando se le da, y resignado cuando se le quita. Pida para que le sea vuelta, y sea cauto y humilde para no perderla.

CAPÍTULO XI.

Cuan pocos son los que aman la cruz de Cristo.

1. Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, pero pocos que lleven su cruz. Tiene muchos deseosos de consuelo; pero pocos de tribulacion. Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la

abstinencia. Todos quieren gozar con él; pero pocos quieren sufrir algo por su amor. Muchos siguen á Jesús hasta el partir del pan; mas pocos hasta beber el cáliz de la pasion. Muchos veneran sus milagros; pero pocos siguen el oprobio de la cruz. Muchos aman á Jesús, mientras no suceden adversidades. Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de él algunas consolaciones. Mas si Jesús se esconde, ó los deja un poco, luego se quejan ó abaten escesivamente.

2. Pero los que aman á Jesús por Él mismo, y no por algun propio consuelo, le bendicen en toda pena y angustia del corazon, tan bien como en el mayor contento. Y aunque nunca mas les quisiese dar consuelo, siempre le alabarian y darian gracias.

3. ¡Oh, cuánto puede el amor puro de Jesús, sin mezcla de ningun amor

ó comodidad propia! ¿Por ventura no son verdaderos mercenarios los que siempre buscan consuelos? ¿No se muestran mas amadores de sí que de Cristo los que contínuamente piensan en sus gustos y provechos? ¿Dónde se hallará alguno que quiera servir á Dios sin interés?

4. Pocas veces se halla alguno tan espiritual, que esté desnudo de todas las cosas. ¿Pues quien hallará el verdadero pobre de espíritu, y desnudo de toda criatura? De muy lejos, y muy preciado es su valor. Si el hombre diere su hacienda toda, aun no es nada. Si hiciere gran penitencia, aun es poco. Aunque tenga toda la ciencia, aun está lejos. Y si tuviere gran virtud y muy ferviente devocion, aun le falta mucho: y esta es una cosa sumamente necesaria. ¿Y cuál es esta? que dejadas todas las cosas, se deje á sí mismo,

y salga de sí enteramente sin retener nada del amor propio. Y cuando hubiere hecho todo lo que debe hacer, piense que no ha hecho nada.

5. No tenga en mucho, que le puedan tener por grande, sino llámese sinceramente siervo inútil, como dice la Verdad: *Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado,* decid: *Siervos somos sin provecho.* Entonces podrá ser verdaderamente pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta: *Solo y pobre soy.* Y con todo eso ninguno hay mas rico, ninguno mas poderoso, ninguno mas libre que aquel que sabe dejarse á sí y á todas las cosas, y ponerse en el mas bajo lugar.

CAPÍTULO XII.

Del camino real de la santa cruz.

1. A muchos parecen duras estas palabras: *Niégate á tí mismo, toma tu cruz y sigue á Jesús.* Pero mucho mas duro será oir aquella postrera sententencia: *Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno.* Pues los que ahora oyen y siguen con gusto la palabra de la cruz, no temerán entonces oir la palabra de la eterna condenacion. Esta señal de la cruz estará en el cielo cuando el Señor venga á juzgar. Entonces todos los esclavos de la cruz, que se conformaron en vida con el Crucificado, se llegarán á Cristo juez con gran confianza.

2. ¿Porqué, pues, temes tomar la cruz, por la cual se va al reino? En la

cruz está la salud: en la cruz la vida: en la cruz la proteccion contra los enemigos: en la cruz la infusion de la suavidad soberana: en la cruz está la fortaleza del corazon: en la cruz el gozo del espíritu: en la cruz la suma virtud: en la cruz está la perfeccion de la santidad. No está la salud del alma, ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz. Toma, pues, tu cruz; sigue á Jesús, é irás á la vida eterna. Él vino primero y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú tambien la lleves, y desees morir en la cruz. Porque si murieres con Él, tambien vivirás con Él, y si fueres compañero en la pena, seráslo tambien en la gloria.

3. Mira que todo consiste en la cruz, y todo está en morir; y no hay otro camino para la vida y para la verdadera paz interior, sino el de la santa cruz y contínua mortificacion. Vé don-

de quisieres, busca lo que quisieres; y no hallarás mas alto camino arriba, ni mas seguro abajo, que la senda de la santa cruz. Dispon y ordena todas las cosas segun tu querer y parecer; y no hallarás sino que siempre has de padecer algo, ó de grado ó por fuerza, y así siempre hallarás cruz. Pues, ó sentirás dolor en el cuerpo, ó padecerás tribulacion en el espíritu.

4. Unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo; y lo peor es, que muchas veces te descontentarás de tí mismo. Y no podrás librarte ni aliviarte con ningun remedio ni consuelo; sino será preciso que sufras hasta cuando Dios quisiere. Pues quiere Dios que aprendas á sufrir la tribulacion sin consuelo, y que te sujetes del todo á Él, y te hagas mas humilde con la afliccion. Ninguno siente tan de corazon la pasion de Cristo como aquel

á quien acaece sufrir cosas semejantes. De modo, que la cruz siempre está preparada, y te espera en cualquier lugar. No puedes huir de ella adonde quiera que fueres; porque á cualquier parte que huyas, te llevas á tí mismo, y te hallarás siempre á tí mismo. Vuélvete arriba, vuélvete abajo: vuélvete fuera, vuélvete dentro: y en todas partes hallarás cruz. Y es necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merecer perpétua corona.

5. Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, adonde será el fin de padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, la haces mas pesada, y te molestas mas, y por tanto conviene que la sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y quizás mas pesada.

6. ¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo eximirse? ¿Quién de los Santos estuvo en el mundo sin cruz y tribulacion? Pues ni Jesucristo nuestro Señor mientras vivió estuvo una sola hora sin dolor ni pasion. *Convenia* (dice) *que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos, y así entrase en su gloria.* ¿Pues cómo buscas tú otra senda, sino este camino real, que es el de la santa cruz?

7. Toda la vida de Cristo fué cruz y martirio; ¿y tú buscas para tí descanso y gozo? Yerras, yerras, si buscas mas que sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está llena de miserias, y señalada de cruces. Y cuanto mas altamente alguno aprovechare en espíritu, tanto mas graves cruces hallará muchas veces, porque la pena de su destierro crece mas con el amor.

8. Mas aunque se vea afligido de tantas maneras, no está sin el alivio de la consolacion; porque siente acrecentársele gran fruto con llevar su cruz. Pues cuando se sujeta á ella de su voluntad, toda la carga de la tribulacion se convierte en la confianza del divino consuelo. Y cuanto mas se quebranta la carne por la afliccion, tanto mas se robustece el espíritu con la gracia interior. Y algunas veces tanto es confortado del afecto á la tribulacion y adversidad por amor de la conformidad con la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulacion, porque se tiene por mas acepto á Dios, cuanto mayores y mas graves cosas pudiere sufrir por él. Esto no es virtud humana, sino gracia de Cristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu.

9. No es segun la inclinacion humana llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo y reducirle á servidumbre; huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse á sí mismo, y desear ser despreciado, tolerar todo lo adverso con daño, y no desear prosperidad alguna en este mundo. Si te consideras á tí mismo, no podrás por tí cosa alguna de estas; pero si confias en el Señor, él te enviará fortaleza del cielo, y hará que te estén sujetos el mundo y la carne. Y no temerás al diablo tu enemigo, si estuvieres armado de fe, y señalado con la cruz de Cristo.

10. Disponte, pues, como buen y fiel siervo de Cristo para llevar varonilmente la cruz de tu Señor crucificado por tu amor. Prepárate á sufrir muchas adversidades y diversas incomodidades en esta miserable vida;

porque así te sucederá donde quiera que estuvieres; y de verdad que lo hallarás así en cualquier parte que te escondas. Así conviene que sea, y no hay otro remedio para evadirse del dolor y de la tribulacion de los males, sino sufrir. Bebe afectuosamente el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo, y tener parte con Él. Remite á Dios las consolaciones, para que haga con ellas lo que mas le agradare. Pero tú disponte á sufrir las tribulaciones, estímalas por grandes consuelos; porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera, aunque tú solo pudieses sufrirlas todas.

11. Cuando llegares á tanto, que la afliccion te sea dulce y gustosa por amor de Cristo, piensa entonces que te va bien: porque hallaste el paraíso en la tierra. Cuando te parece grave el

padecer, y procuras huirlo, cree que te va mal, y donde quiera que fueres te seguirá la tribulacion.

12. Si te dispones para hacer lo que debes, es á saber, sufrir y morir, luego te irá mejor, y hallarás paz. Y aunque fueres arrebatado hasta el tercer cielo con san Pablo, no estarás por eso seguro de no sufrir alguna contrariedad. *Yo* (dice Jesús) *le mostraré cuantas cosas le convendrán padecer por mi nombre*. Debes, pues, padecer si quieres amar á Jesús, y servirle siempre.

13. ¡Ojalá que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Cuán grande gloria te resultaria! ¡Cuánta alegría á todos los Santos de Dios! ¡Cuánta edificacion seria para el prójimo! Todos alaban la paciencia, pero pocos quieren padecer. Con razon debieras sufrir algo de buena gana por

Cristo; pues hay muchos que sufren graves cosas por el mundo.

14. Ten por cierto que te conviene morir viviendo; y cuanto mas muere cada uno á sí mismo, tanto mas comienza á vivir para Dios. Ninguno es suficiente para comprender cosas celestiales, si no se humilla á sufrir adversidades por Cristo. No hay cosa á Dios mas acepta, ni para tí en este mundo mas saludable, que padecer de buena voluntad por Cristo. Y si te diesen á escojer, mas debieras desear padecer cosas adversas por Cristo, que ser recreado con muchas consolaciones; porque así le serias mas semejante, y mas conforme á todos los Santos. No está, pues, nuestro merecimiento ni la perfeccion de nuestro estado en las muchas suavidades y consuelos, sino mas bien en sufrir grandes penalidades y tribulaciones.

15. Porque si alguna cosa fuera mejor y mas útil para la salvacion de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo. Pues manifiestamente exhorta á sus discípulos, y á todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* Así que, leidas y bien consideradas todas las cosas, sea esta la postrera conclusion: *Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.*

LIBRO TERCERO.

DE LA CONSOLACION INTERIOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del habla interior de Cristo al alma fiel.

EL ALMA.

1. *Oiré lo que hable el Señor Dios en mí.* Bienaventurada el alma que oye al Señor, que le habla, y de su boca recibe palabras de consolacion. Bienaventurados los oidos que perciben los raudales de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas. Bienaventurados los oidos que no escuchan la voz que oyen de fuera, sino la verdad que enseña

dentro. Bienaventurados los ojos que están cerrados á las cosas exteriores, y muy atentos á las interiores. Bienaventurados los que penetran las cosas interiores, y procuran con ejercicios contínuos prepararse cada dia mas y mas á recibir los secretos celestiales. Bienaventurados los que se alegran de entregarse á Dios, y se desembarazan de todo impedimento del mundo. ¡Oh alma mia! considera bien esto, y cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oir lo que te habla el Señor tu Dios.

2. Esto dice tu amado:

JESUCRISTO.

Yo soy tu salud, tu paz y tu vida. Consérvate cerca de mí, y hallarás paz. Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? ¿Y qué te valdrán

todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador? Por esto, dejadas todas las cosas, hazte fiel y grata á tu Criador, para que puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

CAPÍTULO II.

Como la verdad habla dentro del alma sin sonido de palabras.

EL ALMA.

1. Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Yo soy tu siervo, dame entendimiento para que sepa tus verdades. Inclina mi corazon á las palabras de tu boca: descienda tu habla así como rocío. Decian en otro tiempo los hijos de Israel á Moisés: *Háblanos tú, y oirémos: no nos hable el Señor, porque quizá morirémos.* No así Señor, no así te ruego; sino mas bien con el

Profeta Samuel, con humildad y deseo te suplico: *Habla, Señor, pues tu siervo oye.* No me hable Moisés, ni alguno de los Profetas; sino mas bien háblame tú Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los Profetas; pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; pero ellos sin tí ninguna cosa aprovecharán.

2. Es verdad que pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu. Elegantemente hablan, mas callando tú no encienden el corazon. Dicen la letra, mas tú abres el sentido: predican misterios, mas tú declaras la inteligencia de los secretos. Pronuncian mandamientos; pero tú ayudas á cumplirlos. Muestran el camino; pero tú das esfuerzo para andarlo. Ellos obran por de fuera solamente; pero tú instruyes y alumbras los corazones. Ellos riegan la superficie; mas tú das la

fertilidad. Ellos dan voces; pero tú das inteligencia al oido.

3. No me hable pues Moisés, sino tú, Señor Dios mio, eterna verdad; para que por desgracia no muera y quede sin fruto, si solamente fuere enseñado de fuera, y no encendido por adentro. No me sea para condenacion la palabra oida y no obrada, conocida y no amada, creida y no guardada. Habla, pues tú, Señor; pues tu siervo oye, ya que tienes palabras de vida eterna. Háblame para dar algun consuelo á mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya.

CAPÍTULO III.

Que las palabras de Dios se deben oir con humildad, y como muchos no las consideran.

JESUCRISTO.

1. Oye hijo mis palabras, palabras suavísimas, que esceden toda la ciencia de los filósofos y sabios de este mundo. Mis palabras son espíritu y vida, y no se pueden ponderar por la razon humana. No se deben traer para vana complacencia, sino oirse en silencio, y recibirse con toda humildad y grande afecto.

EL ALMA.

2. Yo dije: Bienaventurado aquel á quien tu Señor instruyeres, y á quien mostrares tu ley; porque le guardes de los dias malos, y no sea desamparado en la tierra.

JESUCRISTO.

3. Yo, dice Dios, enseñé á los Profetas desde el principio, y no ceso de hablar á todos hasta ahora; pero muchos son duros y sordos á mi voz. Oyen con mas gusto al mundo que á Dios; y mas fácilmente siguen el apetito de su carne, que el beneplácito divino. El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y con todo eso le sirven con grande ansia: Yo prometo cosas grandes y eternas, y entorpécense los corazones de los mortales. ¿Quién me sirve á mí, y obedece en todo con tanto cuidado como al mundo y á sus señores se sirve? Avergüénzate Sidon, dice el mar: y si preguntas la causa, oye el porqué. Por un pequeño beneficio van los hombres largo camino; y por la vida eterna muchos con dificultad levantan una vez el pié del suelo. Buscan los hombres

viles ganancias; por una moneda pleitean á las veces torpemente: por cosas vanas, y por una corta promesa no temen fatigarse de noche y de dia.

4. ¡Mas ay dolor! que emperezan de fatigarse un poco por el bien que no se muda, por el galardon que es inestimable, y por la suma gloria sin fin. Avergüénzate, pues, siervo perezoso y descontentadizo, de que aquellos se hallen mas dispuestos para la perdicion, que tú para la vida. Alégranse ellos mas por la vanidad, que tú por la verdad. Porque algunas veces les miente su esperanza; pero mi promesa á nadie engaña, ni deja frustrado al que confia en mí. Daré lo que he prometitido: cumpliré lo que he dicho, si alguno perseverare fiel en mi amor hasta el fin. Yo soy remunerador de todos los buenos, y fuerte examinador de todos los devotos.

5. Escribe tú mis palabras en tu corazon, y considéralas con mucha diligencia: pues en el tiempo de la tentacion te serán muy necesarias. Lo que no entiendes cuando lo lees, conocerálo en el dia de la visitacion. De dos maneras acostumbro visitar á mis escogidos; esto es, con tentacion y consuelo. Y dos lecciones les leo cada dia, una reprendiendo sus vicios, otra amonestándolos al adelantamiento de las virtudes. El que tiene mis palabras y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero dia.

ORACION

para pedir la gracia de la devocion.

6. Señor, Dios mio, tú eres todos mis bienes. ¿Quién soy yo para que me atreva á hablarte? Yo soy un pobrísimo siervecillo tuyo, y gusanillo desechado, mucho mas pobre y despreci-

ble de lo que yo sé y puedo decir. Pero acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo y nada valgo. Tú solo eres bueno, justo y santo: tú lo puedes todo, lo das todo, lo llenas todo, dejando vacío solamente al pecador. Acuérdate de tus misericordias, y llena mi corazon de tu gracia; pues no quieres que sean vacías tus obras.

7. ¿Cómo podré sufrirme en esta miserable vida, si no me confortáre tu gracia y misericordia? No me vuelvas el rostro: no dilates tu visitacion: no desvies tu consuelo, porque no sea mi alma para tí como la tierra sin agua. Señor, enséñame á hacer tu voluntad; enséñame á conversar delante de tí digna y humildemente; pues tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y conociste antes que el mundo se hiciese, y yo naciese en el mundo.

CAPÍTULO IV.

Debemos conversar delante de Dios con verdad y humildad.

JESUCRISTO.

1. Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillez de corazon. El que anda en mi presencia en verdad, será defendido de los malos encuentros, y la verdad le librará de los engañadores, y de las murmuraciones de los malvados. Si la verdad te libráre, serás verdaderamente libre, y no cuidarás de las palabras vanas de los hombres.

EL ALMA.

2. Verdad es, Señor, y así te suplico que lo hagas conmigo. Enséñeme tu verdad, y ella me guarde y me con-

serve hasta alcanzar mi salvacion. Ella me libre de toda mala aficion y amor desordenado, y andaré contigo en gran libertad de corazon.

JESUCRISTO.

3. Yo te enseñaré, dice, la Verdad, lo que es recto y agradable delante de mí. Piensa tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te juzgues ser algo por tus buenas obras. En verdad eres pecador, sujeto y enredado en muchas pasiones. Por tí siempre vas á la nada; pronto caes, pronto eres vencido, presto te turbas, y presto desfalleces. Nada tienes de que puedas alabarte; pero mucho de que envilecerte; porque eres mas flaco de lo que puedes pensar.

4. Por eso, no te parezca gran cosa alguna de cuantas haces. Nada tengas por grande, nada por precioso y admi-

rable; nada estimes por digno de reputacion, nada por alto, nada por verdaderamente digno de ser alabado y codiciado sino lo eterno. Agrádete sobre todas las cosas la verdad eterna, y desagrádete siempre sobre todo tu grandísima vileza. No temas, ni desprecies, ni huyas cosa alguna tanto como tus vicios y pecados, los cuales te deben desagradar mas que los daños de todas las cosas. Algunos no andan sencillamente en mi presencia; sino que guiados de cierta curiosidad y arrogancia, quieren saber mis secretos, y entender las cosas altas de Dios, no cuidando de sí mismos, ni de su salvacion. Estos muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad, porque yo les soy contrario.

5. Teme los juicios de Dios; atemorízate de la ira del Omnipotente; no quieras escudriñar las obras del Altí-

simo; sino examina tus maldades; en cuántas cosas pecaste, y cuántas buenas obras dejaste de hacer por negligencia. Algunos tienen su devocion solamente en los libros, otros en las imágenes, y otros en señales y figuras exteriores. Algunos me traen en la boca; pero poco en el corazon. Hay otros, que alumbrados en el entendimiento, y purgados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas, oyen con pena las terrenas; y con dolor sirven á las necesidades de la naturaleza, y estos sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad. Porque los enseña á despreciar lo terrestre y amar lo celestial; aborrecer el mundo, y desear el cielo de dia y de noche.

CAPÍTULO V.

Del maravilloso efecto del divino amor.

EL ALMA.

1. Bendígote, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de este pobre. Oh padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, gracias te doy porque á mí indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con tu consolacion. Bendígote y te glorifico siempre con tu Unigénito Hijo, con el Espíritu Santo consolador, por los siglos de los siglos. Oh Señor Dios, amador santo mio, cuando tú vinieres á mi corazon, se alegrarán todas mis entrañas. Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazon. Tú eres mi esperanza y refugio en el dia de mi tribulacion.

2. Mas porque soy aun flaco en el amor, é imperfecto en la virtud, por eso tengo necesidad de ser fortalecido y consolado por tí. Por eso visítame Señor mas veces, é instrúyeme con santas doctrinas. Líbrame de mis malas pasiones, y sana mi corazon de todas mis aficiones desordenadas; porque sano y bien purgado en lo interior, sea apto para amarte, fuerte para sufrir, y firme para perseverar.

3. Gran cosa es el amor, bien sobremanera grande: él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual. Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo. El amor noble de Jesús nos anima á hacer grandes cosas, y mueve á desear siempre lo mas perfecto. El amor quiere estar en lo mas alto, y no ser detenido de ninguna cosa baja. El amor quiere ser libre, y ajeno de

toda aficion mundana; porque no se impida su interior vista, ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, ó caiga por algun daño. No hay cosa mas dulce que el amor, nada mas fuerte, nada mas alto, nada mas ancho, nada mas alegre, nada mas cumplido, ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.

4. El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y nada le detiene. Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo; porque descansa en un Bien sumo sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien. No mira á los dones, sino que se vuelve al dador que es sobre todos los bienes. El amor muchas veces no sabe modo; mas hierve sobre todo modo. El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos;

desea mas de lo que puede: no se queja que le manden lo imposible; porque cree que todo lo puede y le conviene. Pues para todo es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

5. El amor siempre vela, y durmiendo no duerme. Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino como viva llama y ardiente luz sube á lo alto, y se remonta con seguridad. Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz: Grande clamor es en los oidos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: Dios mio, amor mio, tú todo mio, y yo todo tuyo.

6. Dilátame en el amor, para que aprenda á gustar con la boca interior del corazon cuan suave es amar, y derretirse, y nadar en el amor. Sea yo

cautivo del amor, saliendo de mí por el grande fervor y admiracion. Cante yo cánticos de amor: sígate Amado mio, á lo alto, y desfallezca mi alma en tu alabanza, alegrándome por el amor. Amete yo mas que á mí, y no me ame á mí sino por tí, y ame en tí á todos los que de verdad te aman como manda la ley del amor, que emana de tí.

7. El amor es diligente, sincero, piadoso, alegre y deleitable, fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca á sí mismo; porque cuando alguno se busca á sí mismo, luego cae del amor. El amor es muy mirado, humilde y recto; no es muelle, liviano, ni entiende en cosas vanas; es sobrio, casto, firme, quieto y recatado en todos los sentidos. El amor es sumiso y obediente á los Prelados, vil y despreciable para

sí; para Dios devoto y agradecido, confiando y esperando siempre en él, aun cuando no le regale, porque no vive ninguno en amor sin dolor.

8. El que no está dispuesto á sufrirlo todo, y á hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante. Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de él por cosa contraria que le acaezca.

CAPÍTULO VI.

De la prueba del verdadero amador.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no eres aun fuerte y prudente amador.

EL ALMA.

2. ¿Por qué, Señor?

JESUCRISTO.

3. Porque por una contradiccion pequeña faltas en lo comenzado, y buscas la consolacion ansiosamente. El constante amador está fuerte en las tentaciones, no cree á las persuasiones engañosas del enemigo. Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades.

4. El discreto amador no considera tanto el don del amante, cuanto el amor del que lo da. Antes mira á la voluntad, que á la merced; y todas las dádivas estima menos que el amado. El amador noble no descansa en el don, sino en mí sobre todo don. Por eso, si algunas veces no gustas de mí ó de mis Santos tan bien como deseas, no está todo perdido. Aquel tierno y dulce afecto que sientes algunas veces, obra es de la presencia de la gracia, y

gusto anticipado de la patria celestial, sobre lo cual no se debe estribar mucho, porque va y viene. Pero pelear contra las perturbaciones incidentes del ánimo, y menospreciar la sugestion del diablo, señal es de virtud y de gran merecimiento.

5. No te turben, pues, las imaginaciones estrañas de diversas materias que te ocurrieren. Guarda tu firme propósito y la intencion recta para con Dios. Ni tengas á engaño que de repente te arrebaten alguna vez á lo alto, y luego te tornes á las pequeñeces acostumbradas del corazon. Porque mas las sufres contra tu voluntad, que las causas; y mientras te dan pena y las contradices, mérito es y no perdicion.

6. Persuádete que el enemigo antiguo de todos modos se esfuerza para impedir tu deseo en el bien, y apar-

tarte de todo ejercicio devoto, como es honrar á los Santos, la piadosa memoria de mi pasion, la útil contricion de los pecados, la guarda del propio corazon, el firme propósito de aprovechar en la virtud. Te trae muchos pensamientos malos para disgustarte y atemorizarte, para desviarte de la oracion y de la leccion sagrada. Desagrádale mucho la humilde confesion; y si pudiese, haria que dejases de comulgar. No le creas ni hagas caso de él, aunque muchas veces te arme lazos para seducirte. Cuando te trajere pensamientos malos y torpes, atribúyelo á él, y díle: Vete de aquí, espíritu inmundo: avergüénzate, desventurado: muy sucio eres, pues me traes tales cosas á la imaginacion. Apártate de mí, malvado engañador: no tendrás parte alguna en mí; mas Jesús estará conmigo como invencible capitan, y tú

estarás confuso. Mas quiero morir y sufrir cualquier pena, que condescender contigo. Calla y enmudece: no te oiré ya aunque mas me importunes. *El Señor es mi luz y mi salud: ¿á quién temeré? Aunque se ponga contra mí un ejército, no temerá mi corazon.* El Señor es mi ayuda y mi Redentor.

7. Pelea como buen soldado; y si alguna vez cayeres por flaqueza de corazon, procura cobrar mayores fuerzas que las primeras, confiando de mayor favor mio, y guárdate mucho del vano contentamiento y de la soberbia. Por esto muchos son engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable. Sírvate de aviso y de perpétua humildad la caida de los soberbios que locamente presumen de sí.

CAPÍTULO VII.

Como se ha de encubrir la gracia bajo el velo de la humildad.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mas útil y mas seguro te es encubrir la gracia de la devocion, y no ensalzarte, ni hablar mucho de ella, ni estimarla mucho; sino despreciarte á tí mismo, y temer, porque se te ha dado sin merecerla. No es bien estar demasiadamente pegado á esta afeccion; porque se puede mudar presto en otra contraria. Piensa cuando estás en gracia cuan miserable y pobre sueles ser sin ella. Y no está solo el aprovechamiento de la vida espiritual en tener gracia de consolacion, sino en que con humildad, abnegacion y paciencia lleves á bien que se te quite;

de suerte, que entonces no aflojes en el cuidado de la oracion, ni dejes las demás buenas obras que sueles hacer ordinariamente. Mas como mejor pudieres y entendieres, haz de buena gana cuanto está en tí, sin que por la sequedad ó angustia del espíritu que sientes, te descuides en nada.

2. Porque hay muchos que cuando las cosas no les suceden bien, se hacen impacientes ó desidiosos. Porque no está siempre en la mano del hombre su camino, sino que á Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere, y cuanto quiere, y á quien quiere, segun le agradáre, y no mas. Algunos indiscretos se destruyeron á sí mismos por la gracia de la devocion; porque quisieron hacer mas de lo que pudieron, no mirando la medida de su pequeñez, y siguiendo mas el deseo de su corazon que el juicio de la razon. Y porque se

atrevieron á mayores cosas que Dios queria, por esto perdieron pronto la gracia. Se hallaron pobres, y quedaron viles los que pusieron en el cielo su nido, para que humillados y empobrecidos aprendan á no volar con sus alas, sino á esperar debajo de las mias. Los que aun son nuevos é inespertos en el camino del Señor, si no se gobiernan por el consejo de discretos, fácilmente pueden ser engañados y perderse.

3. Si quieren mas seguir su parecer que creer á los ejercitados, les será peligroso el fin, si se niegan á ceder de su propio juicio. Los que se tienen por sábios, rara vez sufren con humildad que otro los dirija. Mejor es saber poco con humildad, y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contentamiento. Mas te vale tener poco, que mucho, con que te puedas ensoberbecer. No obra discretamente el

que se entrega todo á la alegría, olvidando su primitiva miseria, y mi casto temor, que recela perder la gracia concedida. Ni tampoco entiende mucho de virtud el que en tiempo de adversidad y de cualquiera molestia se desanima demasiado, y no piensa ni siente de mí con la debida confianza.

4. El que quisiere estar muy seguro en tiempo de paz, se encontrará abatido y temeroso en tiempo de guerra. Si supieses permanecer siempre humilde y pequeño para contigo, y moderar y regir bien tu espíritu, no caerías tan presto en peligro ni en pecado. Buen consejo es que pienses cuando estás con fervor de espíritu lo que puede ocurrir con la ausencia de la luz. Cuando esto acaeciere, piensa que otra vez puede volver la luz, que para tu seguridad y gloria mia te quité por algun tiempo.

5. Mas aprovecha muchas veces esta prueba, que si tuvieses de contínuo á tu voluntad las cosas que deseas. Porque los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones ó consolaciones, ó porque sea uno entendido en la Escritura, ó porque esté levantado en dignidad mas alta; sino que consisten en estar fundado en verdadera humildad y lleno de caridad divina, en buscar siempre pura y enteramente la honra de Dios, en reputarse á sí mismo por nada, y verdaderamente despreciarse, y en desear mas ser abatido y despreciado, que honrado de otros.

CAPÍTULO VIII.

De la vil estimacion de sí mismo ante los ojos de Dios.

EL ALMA.

1. *Hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza.* Si por mas me reputáre, tú estás contra mí, y mis maldades dan verdadero testimonio que no puedo contradecir. Mas si me envileciere y anonadáre, y dejáre toda propia estimacion, y me volviere polvo (como lo soy) será favorable para mí tu gracia, y tu luz se acercará á mi corazon, y toda estimacion, por poca que sea, se hundirá en el valle de mi miseria, y perecerá para siempre. Allí me haces conocer á mí mismo, lo que soy, lo que fuí y en lo que he parado; porque soy nada y no lo conocí. Abandonado á mis

fuerzas, soy nada y todo flaqueza; pero al punto que tú me miras, luego me hago fuerte, y me lleno de gozo nuevo. Y es cosa maravillosa, por cierto, cómo tan de repente soy levantado sobre mí, y abrazado de tí con tanta benignidad; siendo así que yo, segun mi propio peso, siempre voy á lo bajo.

2. Tu amor esto hace gratúitamente, anticipándose y socorriéndome en tanta multitud de necesidades, guardándome tambien de graves peligros; y librándome de males verdaderamente innumerables. Porque yo me perdí amándome desordenadamente: pero buscándote á tí solo, y amándote puramente, me hallé á mí no menos que á tí; y por el amor me anonadé mas profundamente. Porque tú, ¡oh dulcísimo Señor; haces conmigo mucho mas de lo que me atrevo á esperar y pedir.

3. Bendito seas, Dios mio, que aun-

que soy indigno de todo bien, todavía tu liberalidad é infinita bondad nunca cesa de hacer bien, aun á los desagradecidos y apartados lejos de tí. Vuélvenos á tí para que seamos agradecidos, humildes y devotos; pues tú eres nuesta salud, virtud y fortaleza.

CAPÍTULO IX.

Todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin, si deseas de verdad ser bienaventurado. Con este propósito se purificará tu deseo, que vilmente se abate muchas veces á sí mismo y á las criaturas. Porque si en algo te buscas á tí mismo, luego desfalleces, y te quedas árido. Atribúyelo, pues, todo princi-

palmente á mí, que soy el que todo lo he dado. Así, considera cada cosa como venida del Soberano Bien, y por eso todas las cosas se deben reducir á mí como á su orígen.

2. De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico; y los que me sirven de buena voluntad, y libremente, recibirán gracia por gracia. Pero el que se quisiere ensalzar fuera de mí, ó deleitarse en algun bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, ni dilatado en su corazon, sino que estará impedido y angustiado de muchas maneras. Por eso no te apropies á tí alguna cosa buena, ni atribuyas á algun hombre la virtud, sino refiérelo todo á Dios, sin el cual nada tiene el hombre. Yo lo dí todo; yo quiero que se me vuelva todo; y con gran razon exijo que se me den gracias.

3. Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria. Y si la gracia celestial y la caridad verdadera entráre en el alma, no habrá envidia alguna ni quebranto de corazon, ni te ocupará el amor propio. La caridad divina lo vence todo, y dilata todas las fuerzas del alma. Si bien lo entiendes, en mí solo te has de alegrar: y en mí solo has de esperar; porque ninguno es bueno sino solo Dios, el cual es de alabar sobre todas las cosas, y debe ser bendito en todas ellas.

CAPÍTULO X.

En despreciando el mundo, es dulce cosa servir á Dios.

EL ALMA.

1. Otra vez hablaré, Señor, ahora, y no callaré. Diré en los oidos de mi

Dios, mi Señor y mi Rey, que está en el cielo. Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! ¿Pero qué eres para los que te aman? ¿y qué para los que te sirven de todo corazon? Verdaderamente es infalible la dulzura de tu contemplacion, la cual das á los que te aman. En esto me has mostrado singularmente tu dulce caridad, en que cuando yo no existia me criaste; y cuando erraba lejos de tí, me convertiste para que te sirviese, y me mandaste que te amase.

2. ¡Oh fuente de amor perenne! ¿qué diré de tí? ¿Cómo podré olvidarme de tí, que te dignaste de acordarte de mí, aun despues que yo me perdí y perecí? Usaste de misericordia con tu siervo sobre toda esperanza, y sobre todo merecimiento me diste tu gracia y amistad. ¿Qué te volveré yo por esta

gracia? Porque no se concede á todos, que, dejadas todas las cosas, renuncien al mundo y escojan vida retirada. ¿Por ventura, es gran cosa que yo te sirva, cuando toda criatura está obligada á servirte? No me debe parecer mucho servirte, sino mas bien me parece grande y maravilloso, que tú te dignaste de recibir por siervo á un tan pobre é indigno, y unirle con tus amados siervos.

3. Tuyas son, pues, todas las cosas que tengo y con que te sirvo. Pero por el contrario, tú me sirves mas á mí que yo á tí. El cielo y la tierra que criaste para el servicio del hombre, están prontos, y hacen cada dia todo lo que les has mandado, y esto es poco; pues aun has destinado los ángeles para servicio del hombre. Mas á todas estas cosas escede el que tú mismo te dignaste de servir al hombre, y le prometiste que te darias á tí mismo.

4. ¿Qué te daré yo por tantos millares de beneficios? ¡Oh si pudiese yo servirte todos los dias de mi vida! ¡Oh si pudiese solamente, siquiera un solo dia, hacerte algun digno servicio! Verdaderamente tú solo eres digno de todo servicio, de toda honra y de alabanza eterna. Verdaderamente tú solo eres mi Señor, y yo pobre siervo tuyo, que estoy obligado á servirte con todas mis fuerzas, y nunca debo cansarme de alabarte. Así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, ruégote que tú lo suplas.

5. Grande honra y gran gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por tí. Por cierto grande gracia tendrán los que de toda voluntad se sujetáren á tu santísima servidumbre. Hallarán la suavísima consolacion del Espíritu Santo los que por amor tuyo despreciaren todo deleite carnal. Alcanzarán gran libertad de corazon los que

entran por senda estrecha por amor tuyo, y por él desechan todo cuidado del mundo.

6. ¡Oh agradable y alegre servidumbre de Dios, con la cual se hace el hombre verdaderamente libre y santo! ¡Oh sagrado estado de la esclavitud religiosa, que hace al hombre igual á los ángeles, apacible á Dios, terrible á los demonios, y recomendable á todos los fieles! ¡Oh esclavitud digna de ser abrazada y siempre deseada, por la cual se merece el Sumo Bien, y se adquiere el gozo que durará sin fin!

CAPÍTULO XI.

Los deseos del corazon se deben examinar y moderar.

JESUCRISTO.

1. Hijo, aun te conviene aprender muchas cosas que no has entendido bien.

EL ALMA.

2. ¿Qué cosas son estas, Señor?

JESUCRISTO.

3. Que pongas tu deseo totalmente en sola mi voluntad, y no seas amador de tí mismo, sino afectuoso celador de lo que á mí me agrada. Los deseos te encienden muchas veces, y te impelen con vehemencia; pero considera si te mueves por mi honra, ó por tu provecho. Si yo soy la causa, bien te con-

tentarás de cualquier modo que yo lo ordenare; pero si algo tienes escondido de amor propio, con que siempre te buscas, mira que eso es lo que mucho te impide y agrava.

4. Guárdate pues, no confies demasiado en el deseo que tuviste sin consultarlo conmigo; porque puede ser que despues te arrepientas, y te descontente lo que primero te agradaba, y que por parecerte mejor lo deseaste. Porque no se puede seguir luego cualquier deseo que parece bueno, ni tampoco huir á la primera vista toda aficion que parece contraria. Conviene algunas veces usar de freno, aun en los buenos ejercicios y deseos, porque no caigas por inoportunidad en distraccion del alma, y porque no causes escándalo á otros con tu indiscrecion, ó por la contradiccion de otros te turbes luego y deslices.

5. Tambien algunas veces conviene usar de fuerza, y contradecir varonilmente al apetito sensitivo, y no cuidar de lo que la carne quiere ó no quiere; sino andar mas solícito, para que esté sujeta al espíritu, aunque le pese. Y debe ser castigada y obligada á sufrir la servidumbre hasta que esté pronta para todo, aprenda á contentarse con lo poco y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra lo que le es amargo.

CAPÍTULO XII.

Declárase que cosa sea penitencia, y la lucha contra el apetito.

EL ALMA.

1. Señor Dios, á lo que yo echo de ver, la paciencia me es muy necesaria; porque en esta vida acaecen muchas

adversidades. Pues de cualquier suerte que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin batalla y dolor.

JESUCRISTO.

2. Así es, hijo; pero no quiero que busques tal paz, que carezca de tentaciones, y no sienta contrariedades. Antes cuando fueres ejercitado en diversas tribulaciones, y probado en muchas contrariedades, entonces piensa que has hallado la paz. Si dijeres que no puedes padecer mucho, ¿cómo sufrirás el fuego del Purgatorio? De dos males siempre se ha de escojer el menor. Por eso para que puedas escapar de los tormentos eternos, estudia sufrir con paciencia por Dios los males presentes. ¿Piensas tú que sufren poco ó nada los hombres del mundo? No lo creas, aunque sean los mas regalados.

3. Pero dirás que tienen muchos

deleites y siguen sus apetitos, y por esto se les da poco de algunas cosas contrarias.

4. Mas aunque fuese así, que tengan cuanto quisieren, dime, ¿cuánto les durará? Mira que los muy sobrados y ricos en el siglo desfallecerán como humo, y no habrá memoria de los gozos pasados. Pues aun mientras viven no se huelgan en ellos sin amargura, congoja y miedo. Porque de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí las mas veces reciben la pena del dolor. Justamente se procede con ellos; porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los tengan con amargura y confusion. ¡Oh cuán breves, cuán falsos, cuán desordenados y torpes son todos! Mas por estar embriagados y ciegos no discurren; sino á la manera de estúpidos animales, por un poco de deleite de la vida corrupti-

ble caen en la muerte del alma. Por eso, hijo, no vayas tú tras tus desordenados apetitos, y apártate de tu voluntad. Deléitate en el Señor, y te dará lo que le pidiere tu corazon.

5. Porque si quieres tener verdadero gozo, y ser consolado por mí abundantísimamente, tu suerte, y bendicion estará en el desprecio de todas las cosas del mundo, y en cortar de tí todo deleite terreno, y así se te dará copiosa consolacion. Y cuanto mas te desviares de todo consuelo de las criaturas, tanto hallarás en mí mas suaves y poderosas consolaciones. Mas no las alcanzarás sin alguna pena, ni sin el trabajo de la pelea. La costumbre te será contraria; pero vencerásla con otra costumbre mejor. La carne resistirá; pero la refrenarás con el fervor del espíritu. La serpiente antigua te instigará y exasperará; pero se ahuyentará

con la oracion, y con el trabajo provechoso le cerrarás del todo la puerta.

CAPÍTULO XIII.

De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo.

JESUCRISTO.

1. Hijo, el que procura substraerse de la obediencia, él mismo se aparta de la gracia; y el que quiere tener cosas propias, pierde las comunes. El que no se sujeta de buena gana á su superior, señal es que su carne aun no le obedece perfectamente, sino que muchas veces se resiste y murmura. Aprende, pues, á sujetarte prontamente á tu superior si deseas tener tu carne sujeta. Porque tanto mas presto se vence el enemigo exterior, cuanto no estuviere debilitado el hombre in-

terior. No hay enemigo peor ni mas dañoso para el alma que tú mismo si no estás bien avenido con el espíritu. Necesario es que tengas verdadero desprecio de tí mismo, si quieres vencer la carne y la sangre. Porque aun te amas muy desordenadamente, por eso temes sujetarte del todo á la voluntad de otros.

2. ¿Pero qué mucho es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por Dios, cuando yo Omnipotente y Altísimo, que crié todas las cosas de la nada, me sujeté al hombre humildemente por tí? Me hice el mas humilde y abatido de todos, para que vencieses tu soberbia con mi humildad. ¡Oh polvo! Aprende á obedecer: aprende, tierra y lodo, á humillarte y postrarte á los piés de todos. Aprende á quebrantar tus inclinaciones, y rendirte á toda sujecion.

3. Enójate contra tí, y no sufras que viva en tí el orgullo; sino hazte tan sumiso y pequeño, que puedan todos andar sobre tí, y pisarte como el lodo de las calles. ¿Qué tienes, hombre vano, de que quejarte? ¿Qué puedes contradecir, sórdido pecador, á los que te maltratan, pues tantas veces ofendiste á tu Criador, y muchas mas mereciste el infierno? Pero te perdonaron mis ojos, porque tu alma fué preciosa delante de mí, para que conocieses mi amor, y fueses siempre agradecido á mis beneficios, y para que te dieses contínuamente á la verdadera humildad y sujecion, y sufrieses con paciencia tu propio menosprecio.

CAPÍTULO XIV.

Como se han de considerar los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos.

EL ALMA.

1. Tus juicios, Señor, me aterran como un espantoso trueno, estremeciéndose todos mis huesos penetrados de temor y temblor, y mi alma queda despavorida. Estoy atónito, y considero que los cielos no son limpios en tu presencia. Si en los ángeles hallaste maldad y no los perdonaste, ¿qué será de mí? Cayeron las estrellas del cielo; ¿y yo que soy polvo, qué presumo? Aquellos cuyas obras parecian muy dignas de alabanza, cayeron á lo bajo; y los que comian pan de ángeles, ví deleitarse con el manjar de animales inmundos.

2. No hay, pues, santidad, si tú Señor, apartas tu mano. No aprovechará discrecion, si tú dejas de gobernar. No hay fortaleza que ayude, si tú dejas de conservarla. No hay castidad segura, si tú no la defiendes. Ninguna propia guarda aprovecha, si nos falta tu santa vigilancia. Porque en dejándonos, luego nos vamos á fondo y perecemos; pero visitados por tí, nos levantamos y vivimos. Mudables somos; pero por tí estamos firmes; nos entibiamos, mas tú nos enciendes.

3. ¡Oh cuán vil y bajamente debo sentir de mí! ¡Cuánto debo reputar por nada lo poco que acaso parezca tener de bueno! ¡Oh Señor, cuán profundamente me debo anegar en el abismo de tus juicios, donde no me hallo ser otra cosa que nada y menos que nada! ¡Oh peso inmenso! ¡Oh piélago sin límites, donde nada hallo de mí sino

nada en todo! Pues ¿dónde se esconde el fundamento de la vanidad? ¿Dónde la confianza de mi propia virtud? Anégase toda vanagloria en la profundidad de tus juicios.

4. ¿Qué es toda carne en tu presencia? O por ventura, ¿podrá gloriarse el barro contra el que lo forma? ¿Cómo se puede engreir con vanas alabanzas el corazon que está verdaderamente sujeto á Dios? No ensoberbecerá todo el mundo á aquel á quien sujeta la verdad, ni se moverá, por mucho que le alaben, el que tiene firme toda su esperanza en Dios. Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán; pero la Verdad del Señor permanece para siempre.

CAPÍTULO XV.

Como debe uno portarse y hablar en las cosas que deseare.

JESUCRISTO.

1. Hijo, dí así en cualquier cosa: Señor, si te agradare, hágase esto así. Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre. Señor, si vieres que me conviene, y hallares serme provechoso, concédemelo para que use de ello á honra tuya. Mas si conocieres que me seria dañoso, y nada provechoso á la salvacion de mi alma, desvia de mí tal deseo. Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre. Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu ó malo á desear esto ó aquello, ó si te mueve tu propia voluntad. Muchos se

hallan engañados al fin, que al principio parecian inducidos por buen espíritu.

2. Por eso siempre se debe desear y pedir con temor de Dios y humildad de corazon cualquier cosa apetecible que ocurriere al pensamiento, y sobre todo con propia resignacion encomendarlo todo á mí, diciendo: Señor, tú sabes lo que es mejor: haz esto ó aquello, segun te agradare. Dá lo que quisieres, y cuanto quisieres, y cuando quisieres. Haz conmigo como sabes, y como mas te agradare y fuere mayor honra tuya. Ponme donde quisieres, y dispon de mí libremente en todo. Yo estoy en tu mano: vuélveme y revuélveme á la redonda. Vé aquí tu siervo dispuesto á todo; porque no deseo, Señor, vivir para mí, sino para tí: ojalá lo haga digna y perfectamente.

ORACION

para que podamos conseguir la voluntad de Dios.

3. Concédeme, benignísimo Jesús, tu gracia para que esté conmigo, y obre conmigo, y persevere conmigo hasta el fin. Dáme que desee y quiera siempre lo que te es mas acepto y agradable á tí. Tu voluntad sea la mia, y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme en todo con ella. Tenga yo un querer y no querer contigo; y no pueda querer ni no querer sino lo que tú quieres y no quieres.

4. Dáme, Señor, que muera á todo lo que hay en el mundo; y dáme, que desee por tí ser despreciado y olvidado en este siglo. Dáme sobre todo lo que se puede desear, descansar en tí, y aquietar mi corazon en tí. Tú eres la verdadera paz del corazon: tú el úni-

co descanso: fuera de tí todas las cosas son molestas y sin sosiego. En esta paz permanente, esto es, en tí, sumo y eterno bien, dormiré y descansaré. Amen.

CAPÍTULO XVI.

En solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

EL ALMA.

1. Cualquiera cosa que puedo desear ó pensar para mi consuelo no la espero aquí, sino en la otra vida. Pues aunque yo solo tuviese todos los gustos del mundo, y pudiese usar de todos sus deleites, cierto es que no podrian durar mucho. Así que no podrás, alma mia, estar cumplidamente consolada, ni perfectamente recreada sino en Dios, que es consolador de los pobres,

y recibe los humildes. Espera un poco, alma mia, espera la promesa divina y tendrás abundancia de todos los bienes en el cielo. Si deseas desordenadamente estas cosas presentes, perderás las eternas y celestiales. Sean las temporales para el uso: las eternas para el deseo. No puedes saciarte de ningun bien temporal, porque no eres criada para gozar de lo caduco.

2. Aunque tengas todos los bienes criados, no puedes ser dichosa y bienaventurada: mas en Dios, que crió todas las cosas, consiste toda tu bienaventuranza y tu felicidad. No como la que admiran y alaban los necios amadores del mundo; sino como la que esperan los buenos y fieles discípulos de Cristo, y algunas veces gustan los espirituales y limpios de corazon, cuya conversacion está en los cielos. Vano es y breve todo consuelo humano.

El dichoso y verdadero consuelo es aquel que la Verdad hace percibir interiormente. El hombre devoto en todo lugar lleva consigo á su consolador Jesús, y le dice: Ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo. Sea, pues, mi consolacion carecer de buena gana de todo humano consuelo. Y si tu consolacion me faltare, sea mi mayor consuelo tu voluntad y justa probacion. Porque no estarás enojado perpétuamente, ni amenazando para siempre.

CAPÍTULO XVII.

Todo nuestro cuidado se ha de poner en solo Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero; pues yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre, y

sientes en muchas cosas como te sugiere el afecto humano.

EL ALMA.

2. Señor, verdad es lo que dices: mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar por mí. Muy á peligro de caer está el que no pone su cuidado en tí. Señor, esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradare. Que no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí. Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas tambien bendito. Si te dignares de consolarme, bendito seas; y si me quieres atribular, tambien seas bendito para siempre.

JESUCRISTO.

3. Hijo, así debes hacer, si deseas

andar conmigo. Tan pronto debes estar para padecer, como para gozar. Tan de grado debes ser pobre y menesteroso, como abundante y rico.

EL ALMA.

4. Señor, de buena gana padeceré por tí todo lo que quisieres que venga sobre mí. Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo; lo dulce y lo amargo; lo alegre y lo triste; y te daré gracias por todo lo que me sucediere. Guárdame de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno. Con tal que no me apartes de tí para siempre, ni me borres del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulacion que venga sobre mí.

CAPÍTULO XVIII.

Debemos llevar con igualdad de ánimo las miserias temporales, á ejemplo de Cristo.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo bajé del cielo por tu salvacion: tomé tus miserias, no por necesidad, sino por la caridad que me traia, para que aprendieses la paciencia, y sufrieses sin indignacion las miserias temporales. Porque desde la hora en que nací, hasta que morí en la cruz, no me faltaron dolores que sufrir. Tuve mucha falta de las cosas temporales: oí muchas veces grandes quejas de mí: sufrí mansamente denuestos y afrentas. Por los beneficios recibí ingratitudes. Por los milagros blasfemias, y por la doctrina reprensiones.

EL ALMA.

2. Señor, si tú fuiste paciente en tu vida, principalmente cumpliendo en esto el mandato de tu Padre, justo es que yo, miserable pecador, sufra con paciencia segun tu voluntad, y mientras tú quisieres lleve por mi salvacion la carga de una vida corruptible. Pues aunque la vida presente se sienta ser pesada, ya por tu gracia se ha hecho muy meritoria, y mas tolerable y esclarecida para los flacos por tu ejemplo, y el de tus Santos; y aun de mucho mas consuelo que fué en tiempo pasado en la ley vieja, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino parecia mas oscuro, siendo tan pocos los que tenian cuidado de buscar el reino de los cielos. Pero aun los que entonces eran justos, y se habian de salvar, no podian entrar en el

reino celestial, hasta que llegase tu pasion, y la satisfaccion de tu sagrada muerte.

3. ¡Oh cuántas gracias debo darte, porque te dignaste de mostrarme á mí y á todos los fieles, el camino recto y bueno de tu eterno reino! Porque tu vida es nuestro camino, y por la santa paciencia vamos á tí, que eres nuestra corona. Si tú no nos hubieras precedido y enseñado, ¿quién cuidara de seguirte? ¡Ay, cuántos quedarian lejos y muy atrás, si no mirasen tus heróicos ejemplos! Si aun con todo eso estamos tibios, despues de haber oido tantas maravillas y lecciones tuyas, ¿qué hariamos si no tuviésemos tanta luz para seguirte?

CAPÍTULO XIX.

De la tolerancia de las injurias, y como se prueba el verdadero paciente.

JESUCRISTO.

1. Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, considerando mi pasion y la de los Santos. Aun no has resistido hasta derramar sangre. Poco es lo que padeces en comparacion de lo que padecieron tantos tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos. Conviénete, pues, traer á la memoria las cosas muy graves de otros, para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos. Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia. Pero sean grandes ó pequeños, procura llevarlos todos con paciencia.

2. Cuanto mas te dispones para padecer, tanto mas cuerdamente obras, y mas mereces, y lo llevarás tambien mas ligeramente si preparas con diligencia tu ánimo, y lo acostumbras á esto. No digas: no puedo sufrir esto de aquel hombre, ni debo aguantar semejantes cosas; porque me injurió gravemente, y me levanta cosas que nunca pensé; de otro sufriré de grado mucho mas, y segun me pareciere se debe sufrir. Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia ni mira quien la ha de galardonar; antes se ocupa en hacer caso de las personas, y de las injurias que le hacen.

3. No es verdadero paciente el que no quiere padecer sino lo que le acomoda, y de quien le parece. El verdadero paciente no mira quien le ofende; si es superior, igual, ó inferior; si es

hombre bueno y santo, ó perverso é indigno. Sino que cualquier adversidad que le venga de cualquier criatura indiferentemente, y en cualquier tiempo, la recibe de buena gana, como de la mano de Dios, y la estima por mucha ganancia. Porque nada de cuanto se padece por Dios, por poco que sea, puede pasar sin mérito ante su divino acatamiento.

4. Está, pues, preparado para la batalla si quieres conseguir la victoria. Sin pelear no puedes alcanzar la corona de la paciencia. Si no quieres padecer, reusas ser coronado; pero si deseas ser coronado, pelea varonilmente, sufre con paciencia. Sin trabajo no se llega al descanso, ni sin pelear se consigue la victoria.

EL ALMA.

5. Hazme, Señor, posible por la

gracia, lo que me parece imposible por la naturaleza. Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y qué presto caigo con poca contradiccion. Séame por tu nombre amable y deseable cualquier ejercicio de paciencia; porque el padecer y ser atormentado por tí, es de gran salud para mi alma.

CAPÍTULO XX.

De la confesion de la propia flaqueza, y de las miserias de esta vida.

EL ALMA.

1. Confesaré, Señor, contra mí mismo mi iniquidad: te confesaré mi flaqueza. Muchas veces es una cosa bien pequeña la que me abate y entristece. Propongo pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentacion me lleno de angustia. Algunas veces de la

cosa mas despreciable me viene una grave tentacion. Y cuando me creo algun tanto seguro, cuando no lo advierto, me hallo á veces casi vencido y derribado de un ligero soplo.

2. Mira pues, Señor, mi bajeza y fragilidad, que te es bien conocida. Compadécete, y sácame del lodo, porque no sea atollado, y quede desamparado del todo. Esto es lo que contínuamente me acobarda y confunde delante de tí: ver que tan deleznable y flaco soy para resistir á las pasiones. Y aunque no me induzcan enteramente al consentimiento, sin embargo me es molesto y pesado el domarlas, y muy tedioso el vivir así siempre en combate. En esto conozco yo mi flaqueza, en que las abominables imaginaciones mas fácilmente vienen sobre mí que se van.

3. Ojalá, fortísimo Dios de Israel,

celador de las almas fieles, mires el trabajo y dolor de tu siervo, y le asistas en todo lo que emprendiere. Fortifícame con fortaleza celestial, de modo que ni el hombre viejo, ni la carne miserable, aun no bien sujeta al espíritu, pueda señorearme; contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos en este miserabilísimo mundo. Ay ¡qué vida es esta, donde no faltan tribulaciones y miserias, donde todas las cosas están llenas de lazos y enemigos! Porque en faltando una tribulacion ó tentacion viene otra; y aun antes que se acabe el combate de la primera sobrevienen otras muchas no esperadas.

4. ¿Y cómo puede amarse una vida llena de tantas amarguras, sujeta á tantas calamidades y miserias? ¿Y cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias? Con

todo esto se ama, y muchos la quieren para deleitarse en ella. Muchas veces nos quejamos de que el mundo es engañoso y vano, mas no por eso lo dejamos fácilmente; porque los apetitos sensuales nos señorean demasiado. Unas cosas nos incitan á amar al mundo, y otras á despreciarlo. Nos incitan á amarlo la sensualidad, la codicia y la soberbia de la vida; pero las penas y miserias que les siguen, causan tédio y aversion al mundo.

5. Pero ¡oh dolor! que vence el deleite al alma que está entregada al mundo, y tiene por gusto estar envuelta en espinas; porque ni vió ni gustó la suavidad de Dios, ni el interior gozo de la virtud. Mas los que perfectamente desprecian al mundo, y trabajan en vivir para Dios en santa vigilancia, saben que está prometida la divina dulzura á quien de veras se

renunciare á sí mismo, y ven mas claro cuán gravemente yerra el mundo, y de cuantas maneras se engaña.

CAPÍTULO XXI.

Solo se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas.

EL ALMA.

1. Alma mia, descansa sobre todas y en todas las cosas siempre en Dios, que es el eterno descanso de los Santos. Concédeme tú, dulcísimo y amantísimo Jesús, que descanse en tí sobre todas las cosas criadas: sobre toda salud y hermosura: sobre toda gloria y honra: sobre todo poder y dignidad: sobre toda ciencia y sutileza: sobre todas las riquezas y artes: sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama y alabanza: sobre toda suavidad y con-

solacion: sobre toda esperanza y promesa: sobre todo merecimiento y deseo: sobre todos los dones y regalos que puedes dar y enviar: sobre todo el gozo y dulzura que el alma puede recibir y sentir: y en fin, sobre todos los Angeles y Arcángeles, y sobre todo el ejército celestial: sobre todo lo visible é invisible; y sobre todo lo que no eres tú, Dios mio.

2. Porque tú, Señor Dios mio, eres bueno sobre todo: tú solo altísimo: tú solo potentísimo: tú solo suficientísimo y llenísimo: tú solo suavísimo y agradabilísimo. tú solo hermosísimo y amantísimo: tú solo nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas, en quien están, estuvieron y estarán todos los bienes junta y perfectamente. Por eso es poco é insuficiente cualquier cosa que me das, ó prometes, ó me descubres de tí mismo, no viéndote ni

poseyéndote cumplidamente. Porque no puede mi corazon descansar del todo y contentarse verdaderamente, si no descansa en tí, trascendiendo todos los dones y todo lo criado.

3. ¡Oh esposo mio, amantísimo Jesucristo, amador purísimo, Señor de todas las criaturas! ¿quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en tí? ¡Oh cuándo me será concedido ocuparme en tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mio! ¿Cuándo me recogeré del todo en tí, que ni me sienta á mí por tu amor, sino á tí solo sobre todo sentido y modo, y de un modo no manifiesto á todos? Pero ahora muchas veces gimo y llevo mi infelicidad con dolor. Porque en este valle de miserias acaecen muchos males que me turban á menudo, me entristecen y anublan, muchas veces me impiden y

distraen, alhagan y embarazan para que no tenga libre la entrada á tí, y no goce de tus suaves abrazos, los cuales sin impedimento gozan los espíritus bienaventurados. Muévante mis suspiros, y la grande desolacion que hay en la tierra.

4. ¡Oh Jesús, resplandor de la eterna gloria, consolacion del alma que anda peregrinando! Delante de tí está mi boca muda, y mi silencio te habla. ¿Hasta cuándo tarda en venir mi Señor? Venga á mí, pobrecito suyo, y lléneme de alegría. Estienda su mano, y libre á este miserable de toda angustia. Ven, ven: pues sin tí ningun dia ni hora será alegre: porque tú eres mi gozo, y sin tí está vacía mi mesa. Miserable soy, y como encarcelado y preso con grillos, hasta que tú me recrees con la luz de tu presencia, y me pongas en libertad, y muestres tu amigable rostro.

5. Busquen otros lo que quisieren en lugar de tí, que á mí ninguna otra cosa me agrada, ni agradará sino tú, Dios mio, esperanza mia, salud eterna. No callaré, ni cesaré de clamar hasta que tu gracia vuelva, y me hables interiormente.

JESUCRISTO.

6. Aquí estoy: á tí he venido, pues me llamaste. Tus lágrimas, y el deseo de tu alma, y tu humildad, y la contricion de tu corazon, me han inclinado y traido á tí.

EL ALMA.

7. Y dije: Señor, yo te llamé y deseé gozar de tí, dispuesto á menospreciarlo todo por tí. Pero tú primero me despertaste para que te buscase. Seas pues, bendito Señor, que hiciste con tu siervo este beneficio, segun la mu-

chedumbre de tu misericordia. ¿Qué tiene mas que decir tu siervo delante de tí, sino humillarse mucho en tu acatamiento, acordándose siempre de su propia maldad y vileza? Porque no hay semejante á tí en todas las maravillas del cielo y de la tierra. Tus obras son perfectísimas, tus juicios verdaderos, y por tu providencia se rige el universo. Por eso alabanza y gloria á tí, ¡oh sabiduría del Padre! Alábete y bendígate mi boca, mi alma, y juntamente todo lo criado.

CAPÍTULO XXII.

De la memoria de los innumerables beneficios de Dios.

EL ALMA.

1. Abre, Señor, mi corazon á tu ley, y enséñame á andar en tus man-

damientos. Concédeme que conozca tu voluntad, y con gran reverencia y diligente consideracion tenga en la memoria tus beneficios, así generales como especiales, para que pueda de aquí adelante darte dignamente gracias. Mas yo sé, y confieso, que no puedo darte las debidas alabanzas y gracias por el mas pequeño de tus beneficios. Yo soy menor que todos los bienes que me has hecho; y cuando miro tu generosidad desfallece mi espíritu á vista de tanta grandeza.

2. Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, natural ó sobrenaturalmente, son beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes. Y aunque uno reciba mas y otro menos, todo es tuyo, y sin tí no se puede alcanzar la

menor cosa. El que mas recibió, no puede gloriarse de su merecimiento, ni estimarse sobre los demás, ni desdeñar al menor; porque aquel es mayor y mejor, que menos se atribuye á sí, y es mas humilde, devoto y agradecido. Y el que se tiene por mas vil que todos, y se juzga por mas indigno, está mas dispuesto para recibir mayores dones.

3. Mas el que recibió menos, no se debe entristecer, indignarse, ni envidiar al que tiene mas, antes debe reverenciarte, y engrandecer sobremanera tu bondad, que tan copiosa, gratuita y liberalmente repartes tus beneficios, sin acepcion de personas. Todo procede de tí, y por lo mismo en todo debes ser alabado. Tú sabes lo que conviene darse á cada uno. Y por qué tiene uno menos y otro mas, no nos toca á nosotros discernirlo, sino á

tí, que sabes determinadamente los merecimientos de cada uno.

4. Por eso, Señor Dios, tengo tambien por grande beneficio no tener muchas cosas de las cuales me alaben y honren los hombres; de modo que cualquiera que considerare la pobreza y vileza de su persona, no solo no recibirá pesadumbre, ni tristeza, ni abatimiento, sino mas bien consuelo y grande alegría. Porque tú, Dios, escogiste para familiares domésticos tuyos á los pobres, bajos y despreciados de este mundo. Testigos son tus mismos apóstoles, á quienes constituiste príncipes sobre la tierra. Mas conversaron en el mundo sin queja, y fueron tan humildes y sencillos, viviendo tan sin malicia ni fraude, que se alegraban de padecer injurias por tu nombre, y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

5. Por eso ninguna cosa debe alegrar tanto al que te ama y reconoce tus beneficios, como tu voluntad para con él, y el beneplácito de tu eterna disposicion. Lo cual le ha de consolar de manera que quiera tan voluntariamente ser el menor de todos, como desearia otro ser el mayor; y así tan pacífico y contento debe estar en el último lugar como en el primero: y tan de buena gana sufrir verse despreciado y desechado, y no tener nombre ni fama, como si fuese el mas honrado y mayor del mundo. Porque tu voluntad y el amor de tu honra ha de ser sobre todas las cosas; y mas se debe consolar y contentar una persona con esto, que con todos los beneficios recibidos, ó que puede recibir.

CAPÍTULO XXIII.

Cuatro cosas que causan gran paz.

JESUCRISTO.

1. Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz, y de la verdadera libertad.

EL ALMA.

2. Haz, Señor, lo que dices, que me alegro mucho de oirlo.

JESUCRISTO.

3. Procura, hijo, hacer antes la voluntad de otro que la tuya. Escoge siempre tener menos que mas. Busca siempre el lugar mas bajo, y está sujeto á todos. Desea siempre, y ora que se cumpla en tí enteramente la divina voluntad. Este tal entrará en los términos de la paz y descanso.

EL ALMA.

4. Señor, este tu breve sermon, mucha perfeccion contiene en sí. Corto es en las palabras; pero lleno de sentido y de copioso fruto. Que si lo pudiese yo fielmente guardar, no habia de entrar en mí la turbacion tan fácilmente. Porque cuantas veces me siento inquieto y agravado, hallo haberme apartado de esta doctrina. Mas tú que todo lo puedes, y buscas siempre el provecho del alma, dáme gracia mas abundante para que pueda cumplir tu doctrina, y hacer lo que importa para mi salvacion.

ORACION

contra los malos pensamientos.

5. Señor, Dios mio, no te alejes de mí: Dios mio, cuida de ayudarme, pues se han levantado contra mí va-

rios pensamientos y grandes temores que afligen mi alma. ¿Cómo saldré sin daño? ¿Cómo los desecharé?

6. Yo, dices, iré delante de tí, y humillaré los soberbios de la tierra. Abriré las puertas de la cárcel, y te revelaré los secretos de las cosas escondidas.

7. Haz, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos. Esta es mi esperanza y única consolacion, acudir á tí en toda tribulacion, confiar en tí, invocarte de veras, y esperar constantemente que me consueles.

ORACION

pidiendo la luz del entendimiento.

8. Alúmbrame, buen Jesús, con la claridad de tu lumbre interior, y quita de la morada de mi corazon toda tiniebla. Refrena mis muchas distrac-

ciones, y quebranta las tentaciones que me hacen violencia. Pelea fuertemente por mí, y ahuyenta las malas bestias, que son los apetitos halagüeños para que venga la paz con tu virtud, y resuene la abundancia de tu alabanza en el santo palacio; esto es, en la conciencia limpia. Manda á los vientos y tempestades: dí al mar: Sosiégate, y al cierzo: No soples, y habrá gran bonanza.

9. Envia tu luz y tu verdad para que resplandezcan sobre la tierra; porque soy tierra vana y vacía hasta que tú me alumbres. Derrama de lo alto tu gracia: riega mi corazon con el rocío celestial: concédeme las aguas de la devocion para sazonar la superficie de la tierra; porque produzca fruto bueno y perfecto. Levanta el ánimo oprimido con el peso de los pecados, y emplea todo mi deseo en

las cosas del cielo ; porque despues de gustada la suavidad de la felicidad celestial, me sea enfadoso pensar en la terrestre.

10. Apártame y líbrame de la transitoria consolacion de las criaturas; porque ninguna cosa criada basta para aquietar y consolar cumplidamente mi apetito. Úneme á tí con el vínculo inseparable del amor; porque tú solo bastas al que te ama, y sin tí todas las cosas son despreciables.

CAPÍTULO XXIV.

Como se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas ajenas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no quieras ser curioso, ni tener cuidados impertinentes. ¿Qué te va á tí de esto ú de lo otro? Sígueme

tú. ¿Qué te importa que aquel sea tal ó cual, ó que éste viva ó hable de este ó del otro modo? No necesitas tú responder por otros sino dar razon de tí mismo. ¿Pues por qué te ocupas en eso? Mira que yo conozco á todos; veo cuanto pasa debajo del sol, y sé de qué manera está cada uno, qué piensa, qué quiere, y á qué fin dirige su intencion. Por eso se deben encomendar á mí todas las cosas; pero tú consérvate en santa paz, y deja al bullicioso hacer cuanto quisiere. Sobre él vendrá lo que hiciere ó dijere, porque no me puede engañar.

2. No tengas cuidado de la autoridad y gran nombre; ni de la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres. Porque esto causa distracciones y grandes tinieblas en el corazon. De buena gana te hablaria mi palabra, y te revelaria mis

secretos, si tu esperases con diligencia mi venida, y me abrieses la puerta del corazon. Está apercibido y vela en oracion, y humíllate en todo.

CAPÍTULO XXV.

En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento.

JESUCRISTO.

1. Hijo mio, yo dije: *La paz os dejo, mi paz os doy, y no os la doy como la da el mundo.* Todos desean la paz: mas no tienen todos cuidado de las cosas que conducen á la verdadera paz. Mi paz está con los humildes y mansos de corazon. Tu paz la hallarás en la mucha paciencia. Si me oyeres y siguieres mi voz, podrás gozar de mucha paz.

EL ALMA.

2. ¿Pues qué haré, Señor?

JESUCRISTO.

3. Mira en todas las cosas lo que haces y lo que dices, y endereza toda tu intencion al fin de agradarme á mí solo, y no desear ni buscar nada fuera de mí. Ni juzgues temerariamente de los hechos ó dichos ajenos, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: con esto podrá ser que poco ó tarde te turbes. Porque el no sentir alguna tribulacion, ni sufrir alguna fatiga en el corazon ó en el cuerpo, no es de este siglo, sino propio del eterno descanso. No juzgues pues haber hallado la verdadera paz, porque no sientas alguna pesadumbre, ni que ya es todo bueno, porque no tengas ningun adversario, ni que está la perfec-

cion en que todo te suceda segun tú quieres. Ni entonces te reputes por grande ó digno, especialmente de amor, porque tengas gran devocion y dulzura; porque en estas cosas no se conoce el verdadero amador de la virtud, ni consiste en ellas el provecho y la perfeccion del hombre.

EL ALMA.

4. ¿Pues en qué, Señor?

JESUCRISTO.

5. En ofrecerte de todo tu corazon á la divina voluntad, no buscando tu interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno. De manera, que con rostro igual dés gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso. Si fueres tan fuerte y firme en la esperanza, que quitándote la consola-

cion interior, aun esté dispuesto tu corazon para padecer mayores penas, y no te justificares, diciendo que no debieras padecer tales ni tantas cosas: sino que me tuvieres por justo, y alabares por santo en todo lo que yo ordenare; cree entonces que andas en el recto y verdadero camino de la paz, y podrás tener esperanza cierta de ver nuevamente mi rostro con júbilo. Y si llegares al perfecto menosprecio de tí mismo, sábete que entonces gozarás de abundancia de paz, cuanto cabe en este destierro.

CAPÍTULO XXVI.

De la elevacion del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oracion humilde que con la lectura.

EL ALMA.

1. Señor, obra es de varon perfecto no entibiar nunca el ánimo en la consideracion de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado, no á la manera de un estúpido, sino con la prerogativa de un alma libre que no pone desordenado afecto en criatura alguna.

2. Ruégote, piadosísimo Dios mio, que me apartes de los cuidados de esta vida, para que no me embarace demasiado en ellos: para que no me deje llevar del deleite ni de las muchas necesidades del cuerpo; para que no

pierda el fruto con los muchos obstáculos y molestias del alma. No hablo de las cosas que la vanidad mundana desea con tanto afecto; sino de aquellas miserias que penosamente agravan y detienen al alma de tu siervo, con la comun maldicion de los mortales; para que no pueda alcanzar la libertad del espíritu cuantas veces quisiere.

3. ¡Oh Dios mio, dulzura inefable! Conviérteme en amargura todo consuelo carnal, que me aparta del amor de los bienes eternos, lisongeándome torpemente con la vista de los temporales que deleitan. No me venza la carne y la sangre; no me engañe el mundo y su breve gloria: no me derribe el demonio y su astucia. Dáme fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, constancia para perseverar. Dáme en lugar de todas las consolaciones del

mundo la suavísima uncion de tu espíritu; y en lugar del amor carnal infúndeme el amor de tu nombre.

4. Muy embarazosas son para el espíritu fervoroso la comida, la bebida, el vestido, y todas las demás cosas necesarias para sustentar el cuerpo. Concédeme usar de todo lo necesario templadamente, y que no me ocupe en ello con sobrado afecto. No es lícito dejarlo todo; porque se ha de sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohibe buscar lo supérfluo y lo que mas deleita; porque de otro modo la carne se rebelára contra el espíritu. Ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano en estas cosas, para que en nada me exceda.

CAPÍTULO XXVII.

El amor propio nos estorba mucho el bien eterno.

JESUCRISTO.

1. Hijo, conviene que lo dés todo por el todo, y no ser nada de tí mismo. Sabe que el amor propio te daña mas que ninguna cosa del mundo. Segun fuere el amor y aficion que tienes á las cosas, estarás mas ó menos ligado á ellas. Si tu amor fuere puro, sencillo y bien ordenado, no serás esclavo de ninguna. No codicies lo que no te conviene tener. Ni quieras tener cosa que te pueda impedir y quitar la libertad interior. Es de admirar que no te entregues á mí de lo íntimo del corazon, con todo lo que puedes tener ó desear.

2. ¿Porqué te consumes con vana tristeza? ¿Porqué te fatigas con supérfluos cuidados? Está á mi voluntad, y no sentirás daño alguno. Si buscas esto ó aquello, y quisieres estar aquí ó allí por tu provecho y propia voluntad, nunca tendrás quietud, ni estarás libre de cuidados; porque en todas las cosas hay alguna falta, y en cada lugar habrá quien te ofenda.

3. Y así, no cualquier cosa exterior alcanzada ó multiplicada aprovecha, sino mas bien la despreciada y desarraigada del corazon. No entiendas eso solamente de las posesiones y de las riquezas; sino tambien de la ambicion de la honra, y deseo de vanas alabanzas, todo lo cual pasa con el mundo. Importa poco el lugar, si falta el fervor del espíritu; ni durará mucho la paz buscada por de fuera, si falta el verdadero fundamento de la

disposicion del corazon; quiero decir, si no estuvieres en mí. Puedes mudarte, pero no mejorarte: porque en llegando y agradando la ocasion, hallarás lo mismo que huias, y mucho mas.

ORACION

para pedir la limpieza de corazon y la sabiduría celestial.

EL ALMA.

4. Confírmame, Señor, en la gracia del Espíritu Santo. Dáme esfuerzo para fortalecerme en mi interior, y desocupar mi corazon de toda inútil solicitud y congoja y para que no me lleven tras sí tan varios deseos por cualquier cosa vil ó preciosa; sino que las mire todas como pasajeras, y á mí mismo como que he de pasar con ellas. Porque nada hay permanente debajo del sol, donde todo es vanidad, y afliccion de espíritu. ¡Oh cuán sabio es el que así piensa!

3. Dáme, Señor, sabiduría celestial, para que aprenda á buscarte y hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todas, y entender lo demás como es, segun el órden de tu sabiduría. Dáme prudencia para desviarme del lisonjero, y sufrir con paciencia el adversario. Porque esta es muy gran sabiduría, no moverse á todo viento de palabras, ni tampoco dar oidos á la engañosa sirena, pues así se anda con seguridad el camino comenzado.

CAPÍTULO XXVIII.

Contra las lenguas maldicientes.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te enojes si algunos tuvieren mala opinion de tí, y dijeren lo que no quisieras oir. Tú debes sen-

tir de tí peores cosas, y tenerte por el mas flaco de todos. Si andas dentro de tí, no apreciarás mucho las palabras que vuelan. No es poca prudencia callar en el tiempo adverso, y volverse á mí de corazon, sin turbarse por los juicios humanos.

2. No esté tu paz en la boca de los hombres; pues si pensaren de tí bien ó mal, no serás por eso hombre diferente. ¿Dónde está la verdadera paz y la verdadera gloria sino en mí? Y el que no desea contentar á los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz. Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego del corazon, y la distraccion de los sentidos.

CAPÍTULO XXIX.

Como debemos llamar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulacion.

EL ALMA.

1. Sea tu nombre, Señor, para siempre bendito, que quisiste que viniese sobre mí esta tentacion y tribulacion. Yo no puedo huirla; sino que necesito acudir á tí, para que me ayudes, y me la conviertas en provecho. Señor, ahora estoy atribulado, y no le va bien á mi corazon; sino que me atormenta mucho esta pasion. ¿Y qué diré ahora Padre amado? Rodeado estoy de angustias: sálvame en esta hora. Mas he llegado á este trance, para que seas tú glorificado cuando yo estuviere muy humillado, y fuere librado por tí. Dígnate, Señor, librarme, porque

yo pobre, ¿qué puedo hacer, y á dónde iré sin tí? Dáme paciencia, Señor, tambien en este trance. Ayúdame, Dios mio, y no temeré, por mas atribulado que me halle.

2. Y entre estas congojas ¿qué diré ahora? Señor, hágase tu voluntad. Bien he merecido yo ser atribulado y angustiado. Aun me conviene sufrir, y ojalá sea con paciencia, hasta que pase la tempestad y haya bonanza. Pues poderosa es tu mano omnipotente para quitar de mí esta tentacion, y amansar su furor, porque del todo no caiga; así como antes lo has hecho muchas veces conmigo, Dios mio, misericordia mia. Y cuanto para mí es mas difícil, tanto es para tí mas fácil esta mudanza de la diestra del Altísimo.

CAPÍTULO XXX.

Cómo se ha de pedir el favor divino, y de la confianza de recobrar la gracia.

JESUCRISTO.

1. Hijo, yo soy el Señor, que conforta en el dia de la tribulacion. Ven á mí, cuando no te hallares bien. Lo que mas impide la consolacion celestial, es que muy tarde vuelves á la oracion. Porque antes de orar con atencion, buscas muchas consolaciones, y te recreas en lo exterior. De aquí viene, que todo te aprovecha poco, hasta que conozcas que yo soy el que libro á los que esperan en mí, y fuera de mí no hay auxilio eficaz, consejo provechoso, ni remedio durable. Mas recobrado el aliento despues de la tempestad, esfuérzate á la luz de mis

misericordias; porque cerca estoy (dice el Señor) para reparar todo lo perdido, no solo cumplida, sino abundante y colmadamente.

2. ¿Por ventura hay cosa difícil para mí? ¿O seré yo como el que dice y no hace? ¿Dónde está tu fe? Ten firmeza y perseverancia; sé varon fuerte y magnánimo, y á su tiempo te llegará el consuelo. Espérame, espera, yo vendré y te curaré. Tentacion es la que te atormenta, y vano temor el que te espanta. ¿Qué aprovecha el cuidado de lo que está por venir, sino para tener tristeza sobre tristeza? *Bástele á cada dia su trabajo.* Vana cosa es y sin provecho entristecerse ó alegrarse de lo venidero, que quizás nunca acaecerá.

3. Cosa humana es ser engañado con tales imaginaciones; y tambien es señal de poco ánimo dejarse burlar

tan ligeramente del enemigo. Pues él no cuida que sea verdadero ó falso aquello con que nos burla ó engaña; ó si derribará con el amor de lo presente, ó con el temor de lo futuro. No se turbe, pues, ni tema tu corazon. Cree en mí, y ten confianza en mi misericordia. Cuando piensas que estás lejos de mí, estoy mas cerca de tí regularmente. Cuando piensas que está casi todo perdido, entonces muchas veces está cerca la ganancia del merecer. No está todo perdido cuando alguna cosa te sucede contraria. No debes juzgar como sientes ahora, ni embarazarte, ni acongojarte con cualquier contrariedad que te venga, como si no hubiese esperanza de remedio.

4. No te tengas por desamparado del todo, aunque te envie á tiempos alguna tribulacion, ó te prive del consuelo deseado; porque de este modo se

llega al reino de los cielos. Y sin duda te conviene mas á tí, y á los demás siervos mios, ser ejercitados en adversidades, que si todo os sucediese á vuestro gusto. Yo penetro los secretos; y sé que te conviene mucho para tu bien, que algunas veces te deje desconsolado; para que no te ensoberbezcas en los sucesos prósperos, ni quieras complacerte en tí mismo por lo que no eres. Lo que yo te dí te lo puedo quitar, y volver cuando me agradare.

5. Cuando te lo diere, mio es: cuando te lo quitare, no tomo cosa tuya, pues *mia es cualquier dádiva buena, y todo don perfecto.* Si te enviare pesadumbre ó alguna contrariedad, no te indignes ni desfallezca tu corazon. Presto puedo levantarte, y mudar toda pena en gozo. Justo soy, y digno de ser alabado, cuando así me porto contigo.

6. Si bien lo entiendes, y miras á la luz de la verdad, nunca te debes entristecer, ni descaecer por las adversidades; sino antes holgarte mas, y darme gracias. Y tener por único gozo el ver que afligiéndote con dolores, no te contemplo. *Así como me amó el Padre, yo os amo*, dije á mis amados discípulos, los cuales no envié á gozos temporales, sino á grandes peleas; no á honras, sino á desprecios; no á ocio, sino á trabajos; no al descanso, sino á recojer grandes frutos de paciencia. Acuérdate, hijo mio, de estas palabras.

CAPÍTULO XXXI.

Del desprecio de todas las criaturas, para hallar al Criador.

EL ALMA.

1. Señor, necesaria me es aun mayor gracia, si tengo de llegar á donde nadie, ni criatura alguna me puedan embarazar. Porque mientras que alguna cosa me detiene, no puedo volar libremente á tí. Deseaba volar libremente el que decia: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?* ¿Qué cosa hay mas quieta que la intencion pura? ¿Y qué cosa mas libre que el que nada desea en la tierra? Por eso conviene levantarse sobre todo lo criado, y olvidarse totalmente de sí mismo, y elevándose considerar que siendo tú, Criador de

todo, no tienes semejanza con criatura alguna. Y el que no se desocupare de lo criado, no podrá libremente entender en lo divino. Por esto, pues, se hallan pocos contemplativos, porque son raros los que saben desasirse del todo de las criaturas y de lo perecedero.

2. Para eso es menester gran gracia, que levante el alma, y la suba sobre sí misma. Pero si no fuere el hombre levantado en espíritu y libre de todo lo criado, y todo unido á Dios, de poca estima es cuanto sabe y cuanto tiene. Mucho tiempo será niño y mundano el que estima alguna cosa por grande, sino solo el único, inmenso y eterno Bien. Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar. Hay gran diferencia entre la sabiduría del varon iluminado y devoto, y la ciencia del estudioso letrado. Mucho mas

noble es la doctrina que emana de la influencia divina, que la que se alcanza con trabajo por el ingenio humano.

3. Se hallan muchos que desean la contemplacion; pero no se aplican en ejercitar las cosas que para ella se requieren. Es grande impedimento fijarse en las cosas exteriores y sensibles, y tener poco de verdadera mortificacion. No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que parece somos llamados espirituales, cuando tanto trabajo y cuidado ponemos en las cosas transitorias y viles, y con dificultad, y muy tarde nos recojemos del todo á considerar nuestro interior.

4. ¡Oh dolor! que al momento que nos hemos recogido un poco, nos distraemos, y no escudriñamos nuestras obras con riguroso exámen. No miramos donde tenemos nuestras aficiones, ni lloramos cuán manchadas están to-

das nuestras cosas. Toda carne habia corrompido su carrera, y por eso se siguió el diluvio universal. Porque como nuestro afecto interior esté corrompido, es necesario que la obra siguiente (que es señal de la privacion de la virtud interior) tambien se corrompa. Del corazon puro procede el fruto de la buena vida.

5. Miramos cuanto hace cada uno; mas no pensamos igualmente de cuánta virtud procede. Se averigua si alguno es valiente, rico, hermoso, hábil ó buen escritor, buen cantor, buen artista; pero poco se habla de cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido. La naturaleza mira las cosas exteriores del hombre; mas la gracia se ocupa en las interiores: aquella muchas veces se engaña, y ésta espera en Dios para no engañarse.

CAPÍTULO XXXII.

De la abnegacion de sí mismo, y abdicacion de todo apetito.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no puedes poseer libertad perfecta, si no te niegas del todo á tí mismo. En prisiones están todos los ricos y amadores de sí mismos, los codiciosos, ociosos y vagabundos, y los que buscan siempre las cosas de gusto, y no las de Jesucristo; sino que antes componen é inventan muchas veces lo que no ha de durar. Porque todo lo que no procede de Dios perecerá. Imprime en tu alma esta breve y perfectísima máxima: Déjalo todo, y lo hallarás todo: deja tu apetito, y hallarás sosiego. Reflexiona bien esto; y cuando lo cumplieres lo entenderás todo.

EL ALMA.

2. Señor, no es esta obra de un dia, ni juego de niños; antes en tan breve sentencia se encierra toda la perfeccion religiosa.

JESUCRISTO.

3. Hijo, no debes volver atrás, ni decaer presto en oyendo el camino de los perfectos; antes debes esforzarte para cosas mas altas, ó á lo menos aspirar á ellas con ansia. ¡Ojalá hubieses llegado á tanto, que no fueses amador de tí mismo, y estuvieses dispuesto puramente á mi voluntad y á la del prelado que te he dado! Entonces me agradarias sobremanera, y toda tu vida correria gozosa y pacífica. Aun tienes mucho que dejar; y si no lo renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides. Para que seas rico, te

aconsejo que compres de mi oro acendrado; esto es, la sabiduría celestial que desprecia todo lo terreno. Pospon la sabiduría terrena, y toda humana y propia complacencia.

4. Yo te dije que las cosas mas viles al parecer humano se deben comprar con las preciosas y altas. Porque muy vil y pequeña, y casi olvidada parece la verdadera sabiduría celestial que no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandecida en la tierra, la cual andando en la boca de muchos, está muy lejos de sus obras, siendo ella una perla preciosísima escondida para los mas.

CAPÍTULO XXXIII.

De la inconstancia del corazon, y que la intencion final se ha de dirigir á Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no creas á tu deseo; que lo que ahora deseas, presto se te mudará. Mientras vivieres estás sujeto á mudanzas, aunque no quieras: porque ya te hallarás alegre, ya triste; ya sosegado, ya turbado; ya devoto, ya indevoto; ya diligente, ya perezoso; ahora grave, ahora liviano. Mas el sabio bien instruido en el espíritu, es superior á estas mudanzas; no mirando lo que esperimenta dentro de sí, ni de qué parte sopla el viento de la instabilidad; sino á dirigir toda la intencion de su espíritu al debido y deseado fin. Porque así podrá permanecer

siempre el mismo, é ileso en tan varios casos, dirigiendo á mí sin cesar la mira de su sencilla intencion.

2. Y cuanto mas pura fuere, tanto estará mas constante entre las diversas tempestades. Pero en muchas cosas se oscurecen los ojos de la pura intencion, porque se mira fácilmente á lo que se presenta como deleitable. Así es que rara vez se halla quien esté enteramente libre del lunar de su propio interés. De este modo los judíos en otro tiempo vinieron á casa de Marta y María en Betania, no solo por Jesús, sino tambien para ver á Lázaro. Débense pues limpiar los ojos de la intencion, para que sea sencilla y recta, y se enderece á mí, sin detenerse en los medios.

CAPÍTULO XXXIV.

Que Dios es para quien lo ama mas delicioso que todo y en todo.

EL ALMA.

1. ¡Oh mi Dios, y mi todo! ¿qué mas quiero, y qué mayor dicha puedo apetecer? ¡Oh sabrosa y dulce palabra; pero para quien ama á Dios, y no al mundo ni á lo que en él está! Mi Dios y mi todo. Al que entiende basta lo dicho: y repetirlo muchas veces es cosa deleitable al que ama. Porque estando tú presente, todo es agradable; mas estando ausente, todo fastidioso. Tú haces el corazon tranquilo; y das gran paz y alegría festiva. Tú haces sentir bien de todo, y que te alaben todas las cosas: no puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin tí; pero si ha de

agradar y gustar de veras, conviene que tu gracia la presencie, y tu sabiduría la sazone.

2. A quien tú eres sabroso, ¿qué no le sabrá bien? Y quien de tí no gusta, ¿qué le podrá agradar? Mas los sabios del mundo, y los que lo son segun la carne, no tienen idea de tu sabiduría: en aquellos se encuentra mucha vanidad, y en estos la muerte. Pero los que te siguen, despreciando al mundo y mortificando su carne, estos son verdaderos sabios: porque pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu. A estos es Dios sabroso, y cuanto bien hallan en las criaturas, todo lo refieren á gloria de su Criador. Pero diferente y muy diferente es el sabor del Criador y el de la criatura, de la eternidad y del tiempo, de la luz increada y de la luz creada.

3. ¡Oh luz perpétua, que está so-

bre toda luz creada! Envia desde lo alto tal resplandor, que penetre todo lo secreto de mi corazon: limpia, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con sus potencias, para que se una contigo con excesos de júbilo. ¡Oh cuándo vendrá esta dichosa y deseada hora, en que tú me hartes con tu presencia, y me seas todo en todas las cosas! Entretanto que esto no se me concediere, no tendré gozo cumplido. Mas ¡ay dolor! que vive aun el hombre viejo en mí; no está del todo crucificado, ni perfectamente muerto. Aun codicia vivamente contra el espíritu; mueve guerras interiores, y no consiente que esté quieto el dominio del alma.

4. Mas tú, que señoreas el poderío del mar, y amansas el movimiento de sus ondas, levántate y ayúdame. Destruye las gentes que buscan guerras:

quebrántalas con tu virtud. Ruégote que muestres tus maravillas, y que sea glorificada tu diestra; porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino á tí, Señor Dios mio.

CAPÍTULO XXXV.

En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.

JESUCRISTO.

1. Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas; por todas partes te combaten. Por eso, si no te vales diestramente, del escudo de la paciencia en todas las ocasiones, no estarás mucho tiempo sin herida. Demás de esto, si no pones tu corazon fijo en mí, con pura voluntad de sufrir por mí to-

do cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batalla, ni alcanzar la palma de los Bienaventurados. Conviénete, pues, romper varonilmente con todo, y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere. Porque al vencedor se da el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.

2. Si buscas descanso en esta vida, ¿cómo hallarás la eterna bienaventuranza? No procures mucho descanso, sino mucha paciencia. Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres ni en las demás criaturas, sino en Dios solo. Por amor de Dios debes padecer de buena gana todas las cosas adversas; como son trabajos, dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, reprensiones, humillaciones, confusiones, correcciones y menospre-

cios. Estas cosas aprovechan para la virtud: estas prueban al nuevo soldado de Cristo: estas fabrican la corona celestial. Yo daré eterno galardon por breve trabajo, y gloria infinita por la confusion pasajera.

3. ¿Piensas tener siempre consolaciones espirituales al sabor de tu paladar? Mis Santos no siempre las tuvieron; sino muchas pesadumbres, diversas tentaciones y grandes desconsuelos. Pero las sufrieron todas con paciencia, y confiaron mas en Dios que en sí; porque sabian que *no son equivalentes todas las penas de esta vida para merecer tu gloria venidera.* ¿Quieres hallar luego lo que muchos despues de copiosas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron? Espera en el Señor, trabaja y esfuérzate varonilmente; no desconfies, no huyas; mas ofrece el cuerpo y el alma por la

gloria de Dios con gran constancia. Yo te lo pagaré muy cumplidamente. Yo estaré contigo en toda tribulacion.

CAPÍTULO XXXVI.

Contra los vanos juicios de los hombres.

JESUCRISTO.

1. Hijo, pon tu corazon fijamente en Dios, y no temas los juicios humanos, cuando la conciencia no te acusa. Bueno, y hasta dicha grande es padecer de esta suerte; y no es grave al corazon humilde que confia mas en Dios que en sí mismo. Los mas hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito. Ni tampoco es posible dar gusto á todos. Aunque Pablo trabajó en contentar á todos en el Señor, y fué todo para todos; sin embargo, en nada tuvo el ser juzgado del mundo.

2. Mucho hizo por la salud y edificacion de los otros trabajando cuanto pudo y estaba en su mano; pero no se pudo librar de que le juzgasen, y despreciasen algunas veces. Por eso lo encomendó todo á Dios que lo conoce todo, y con paciencia y humildad se defendió de las malas lenguas, y de los que piensan vanidades y mentiras, y las dicen como se les antoja. Y tambien respondió algunas veces porque no se escandalizasen algunos débiles de verle callar.

3. ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece. Teme á Dios, y no te espantes de los hombres. ¿Qué te puede hacer el hombre con palabras ó injurias? Mas bien se daña á sí mismo que á tí, y cualquiera que sea, no podrá huir el juicio de Dios. Ten presente á Dios, y no contiendas con palabras de

queja. Y si ahora quedas debajo al parecer, y sufres la humillacion que no mereciste, no te indignes por eso, ni por la impaciencia disminuyas tu victoria. Mas mírame á mí en el cielo, que puedo librar de toda confusion é injuria, y dar á cada uno segun sus obras.

CAPÍTULO XXXVII.

De la pura y entera renuncia de sí mismo para alcanzar la libertad del corazon.

JESUCRISTO.

1. Hijo, déjate á tí, y me hallarás á mí. Vive sin voluntad ni amor propio, y ganarás siempre: porque al punto que te renunciares sin reserva, se te dará mayor gracia.

EL ALMA.

2. Señor, ¿cuántas veces me renunciaré, y en qué cosas me dejaré?

JESUCRISTO.

3. Siempre, y cada hora; así en lo poco, como en lo mucho. Nada esceptúo, sino que en todo te quiero hallar desnudo. De otro modo, ¿cómo podrás ser mio y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad interior y exteriormente? Cuanto mas presto hicieres esto, tanto mejor te irá; y cuanto mas pura y cumplidamente, tanto mas me agradarás, y mucho mas ganarás.

4. Algunos se renuncian, pero con alguna excepcion; no confian en Dios del todo, y por eso trabajan en mirar por sí. Tambien algunos al principio lo ofrecen todo; pero despues, combatidos de alguna tentacion, se vuelven

á sus comodidades, y por eso no aprovechan en la virtud. Estos nunca llegarán á la verdadera libertad del corazon puro, ni á la gracia de mi suave familiaridad, si antes no se renuncian del todo, haciendo cada dia sacrificio de sí mismos, sin lo cual no están ni estarán en la union con que se goza de mí.

5. Muchas veces te dije, y ahora te lo vuelvo á decir: *Déjate á tí; renúnciate, y gozarás de grande paz interior.* Dálo todo por el todo: nada busques; nada exijas: está puramente sin dudar en mí, y me poseerás. Serás libre de corazon, y no te ofuscarán las tinieblas. En esto debes trabajar, esto debes suplicar y desear, que sepas quedar libre de tu propio gusto y deseo, para seguir así desnudo, á Jesús desnudo, morir para tí, y vivir para mí eternamente. Entonces se desvane-

cerán todas las vanas imaginaciones, las perturbaciones malas, y los cuidados supérfluos. Entonces tambien desaparecerá el temor excesivo, y morirá el amor desordenado.

CAPITULO XXXVIII.

Del buen régimen en las cosas exteriores, y del recurso á Dios en los peligros.

JESUCRISTO.

1. Hijo, con diligencia debes mirar que en cualquier lugar, y en toda ocupacion exterior estés muy dentro de tí, libre y señor de tí mismo; y que todas las cosas estén debajo de tí, y no tú debajo de ellas; para que seas señor y director de tus obras, no siervo ni esclavo venal; sino mas bien libre y verdadero israelita que pasa á la suerte y libertad de los hijos de Dios.

Estos desprecian las cosas presentes y atienden á las eternas: miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial. No los atraen las cosas temporales para estar asidos á ellas; antes ellos las atraen mas, para servirse bien de ellas, segun están ordenadas por Dios, é instituidas por el supremo Artífice, que no hizo cosa en lo criado sin órden.

2. Si en cualquier acontecimiento estás firme, y no juzgas de él segun la apariencia exterior, ni miras con la vista del sentido lo que oyes y ves; antes luego por cualquier causa entras á lo interior, como Moisés en el tabernáculo á pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y volverás instruido de muchas cosas presentes y venideras. Pues siempre recurrió Moisés al tabernáculo, para determinar las dudas y dificultades, y

tomó el auxilio de la oracion para librarse de los peligros y maldades de los hombres. A este modo debes tú entrar en el secreto de tu corazon, pidiendo con eficacia el socorro divino. Por eso se lee que Josué y los hijos de Israel fueron engañados de los Gabaonitas, porque no consultaron primero con el Señor; sino que creyendo fácilmente las blandas palabras, fueron con falsa piedad engañados.

CAPITULO XXXIX.

Que el hombre no sea importuno en los negocios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y yo los dispondré bien y oportunamente. Espera mi voluntad y sentirás provecho.

EL ALMA.

2. Señor, de muy buena gana te encomiendo todas las cosas, porque poco puede aprovechar mi cuidado. ¡Ojalá que no me ocupasen mucho los sucesos que me pueden venir, sino que me ofreciese sin tardanza á tu voluntad!

JESUCRISTO.

3. Hijo, muchas veces el hombre negocia con ahinco lo que desea: mas cuando ya lo alcanza, comienza á pensar de otro modo, porque las aficiones no duran mucho cerca de una misma cosa; sino que nos llevan de uno á otro. Por lo cual no es poco dejarse á sí mismo, aun en las cosas pequeñas.

4. El verdadero aprovechar es negarse á sí mismo; y el hombre negado á sí es muy libre y está seguro. Mas

el enemigo antiguo y adversario de todos los buenos no cesa de tentar; sino que de dia y de noche pone graves asechanzas para precipitar, si pudiere, al incauto en el lazo del engaño. *Velad y orad*, dice el Señor, *para que no entreis en tentacion.*

CAPITULO XL.

Que el hombre no tiene de suyo ningun bien, ni cosa alguna de que alabarse.

EL ALMA.

1. Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él; ó el hijo del hombre para que lo visites? ¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia? Señor, ¿de qué me puedo quejar si me desamparas? ¿O cómo podré justamente contender contigo, si no hicieres lo que pido? Por cierto,

una cosa puedo yo pensar, y decir con verdad: *Nada soy, nada puedo, nada bueno tengo de mí; mas en todo me hallo vacío, y camino siempre á la nada.* Y si no soy ayudado é instruido interiormente por tí, me vuelvo enteramente tibio y disipado.

2. Mas tú, Señor, eres siempre el mismo, y permaneces eternamente, siempre bueno, justo y santo, haciendo todas las cosas bien, justa y santamente, y ordenándolas con sabiduría. Pero yo, que soy mas inclinado á caer que á aprovechar, no persevero siempre en un estado, y me mudo siete veces cada dia. Mas luego me va mejor, cuando te dignas alargarme tu mano auxiliadora; porque tú solo, sin humano favor, me puedes socorrer y fortalecer, de manera que no se mude mas mi semblante; sino que á tí solo se convierta, y en tí descanse mi corazon.

3. Por lo cual, si yo supiese bien desechar toda consolacion humana, ya sea por alcanzar devocion, ó por la necesidad que tengo de buscarte, porque no hay hombre que me consuele; entonces con razon podria yo esperar en tu gracia, y alegrarme con el don de la nueva consolacion.

4. Gracias sean dadas á tí, de quien viene todo, siempre que me sucede algun bien. Porque yo soy vanidad, y nada, delante de tí: hombre mudable y flaco. ¿De dónde, pues, me puedo gloriar, ó por qué deseo ser estimado? ¿Por ventura de la nada? Esto es vanísimo. Verdaderamente la gloria frívola es una mala peste, y grandísima vanidad; porque nos aparta de la verdadera gloria, y nos despoja de la gracia celestial. Porque contentándose un hombre á sí mismo, te descontenta á tí: cuando desea las alabanzas hu-

manas, es privado de las virtudes verdaderas.

5. La verdadera gloria y alegría santa consiste en gloriarse en tí, y no en sí; gozarse en tu nombre, y no en su propia virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por tí. Sea alabado tu nombre, y no el mio: engrandecidas sean tus obras, y no las mias: bendito sea tu nombre, y no me sea á mí atribuida parte alguna de las alabanzas de los hombres. Tú eres mi gloria; tú la alegría de mi corazon. En tí me gloriaré y ensalzaré todos los dias: mas de mi parte no hay de qué, sino de mis flaquezas.

6. Busquen los hombres la gloria que se dan recíprocamente: yo buscaré la gloria que viene solamente de Dios. Porque toda la gloria humana, toda honra temporal, toda la alteza del mundo, comparada con tu eterna

gloria, es vanidad y necedad. ¡Oh verdad mia, y misericordia mia, Dios mio, Trinidad bienaventurada; á tí sola sea alabanza, honra, virtud y gloria para siempre jamás!

CAPITULO XLI.

Del desprecio de toda honra temporal.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar á otros, y tú ser despreciado y abatido. Levanta tu corazon á mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano en la tierra.

EL ALMA.

2. Señor, en gran ceguedad estamos, y la vanidad presto nos engaña. Si bien me miro, nunca se me ha hecho injuria por criatura alguna; por

lo cual no tengo de que quejarme justamente de tí. Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razon se arman contra mí todas las criaturas. Justamente, pues, se me debe confusion y el desprecio; y á tí, alabanza, honor y gloria. Y si no me dispusiere de modo que huelgue mucho ser de cualquiera criatura despreciado y abandonado, y ser tenido por nada, no podré estar interiormente pacífico y asegurado, ni recibir la luz espiritual, ni unirme á tí perfectamente.

CAPITULO XLII.

Que nuestra paz no debe depender de los hombres.

JESUCRISTO.

1. Hijo, si tienes trato con alguno para tu entretenimiento y compañía, siempre te hallarás inconstante y embarazado. Pero si vas á buscar la verdad, que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo que se fuere ó se muriere. En mí ha de estar el amor del amigo, y por mí se debe amar cualquiera que en esta vida te parece bueno y muy amable. Sin mí no vale ni durará la amistad, ni es verdadero ni limpio el amor en que yo no intervengo. Tan muerto debes estar á las aficiones de los amigos, que habias de desear (por lo que á tí toca)

vivir lejos de todo trato humano. Tanto mas se acerca el hombre á Dios, cuanto se desvía de todo gusto terreno. Y tanto mas alto sube á Dios, cuanto mas bajo desciende en sí, y se tiene por mas vil.

2. El que se atribuye á sí mismo algo bueno, impide que la gracia de Dios venga sobre él; porque la gracia del Espíritu Santo siempre busca el corazon humilde. Si te supieses perfectamente anonadar y desviar de todo amor criado, yo entonces manaria en tí abundantes gracias. Cuando tú miras á las criaturas, apartas la vista del Criador. Aprende á vencerte en todo por el Criador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino. Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama ó mira desordenadamente, nos estorba gozar del sumo bien, y nos daña.

CAPITULO XLIII.

Contra la ciencia vana del mundo.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te muevan los dichos agudos y limados de los hombres; porque no consiste el reino de Dios en palabras, sino en virtud. Mira mis palabras, que encienden los corazones, y alumbran los entendimientos, provocan á compuncion, y traen muchas consolaciones. Nunca leas cosas para mostrarte mas letrado ó sabio. Estudia en mortificar los vicios; porque mas te aprovechará esto, que saber muchas cuestiones dificultosas.

2. Cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, te conviene venir á un solo principio. Yo soy el que enseño al hombre la ciencia, y doy

mas claro entendimiento á los pequeños que ningun hombre puede enseñar. Al que yo hable, luego será sabio, y aprovechará mucho en el espíritu. ¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades, y cuidan muy poco del camino de servirme á mí! Tiempo vendrá cuando aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los Angeles, á oir las lecciones de todos; esto es, á examinar las conciencias de cada uno. Y entonces escudriñará á Jerusalen con candelas, y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas.

3. Yo soy el que levanto en un instante al humilde entendimiento, para que entienda mas razones de la verdad eterna, que si hubiese estudiado diez años en las escuelas. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusion de

pareceres, sin fausto de honra, sin altercacion de argumentos. Yo soy el que enseño á despreciar lo terreno y aborrecer lo presente, buscar y saber lo eterno, huir las honras, sufrir las contradicciones, poner toda la esperanza en mí, y fuera de mí no desear nada, y amarme ardientemente sobre todas las cosas.

4. Y así uno, amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas, y hablaba maravillas. Mas aprovechó con dejar todas las cosas, que con estudiar sutilezas. Pero á unos hablo cosas comunes, á otros especiales. A unos me muestro dulcemente con señales y figuras, y á otros revelo misterios con mucha luz. Una cosa dicen los libros, mas no enseñan igualmente á todos; porque yo soy doctor interior de la verdad, escudriñador del corazon, conocedor de los pensamientos,

promovedor de las acciones, repartiendo á cada uno segun juzgo conveniente.

CAPITULO XLIV.

No se deben buscar las cosas exteriores.

JESUCRISTO.

1. Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante, y estimarte como muerto sobre la tierra, á quien todo el mundo esté crucificado. A muchas cosas te conviene tambien hacerte sordo, y pensar mas lo que conviene para tu paz. Mas útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar á cada uno en su parecer, que ocuparte en porfías. Si estás bien con Dios y miras su juicio, fácilmente te darás por vencido.

EL ALMA.

2. ¡Oh Señor, á qué hemos llega-

do! Lloramos los daños temporales; por una pequeña ganancia trabajamos y corremos; y el daño espiritual se pasa en olvido, y apenas tarde vuelve á la memoria. Por lo que poco ó nada vale, se mira mucho; y por lo que es muy necesario, se pasa con descuido; porque todo hombre se va á lo exterior, y si presto no vuelve en sí, con gusto se queda sumergido en ello.

CAPITULO XLV.

No se debe creer á todos; y como fácilmente se resbala en las palabras.

EL ALMA.

1. Señor, ayúdame en la tribulacion, porque es vana la seguridad del hombre. ¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la habia? ¿Cuántas veces tambien la hallé donde me-

nos lo pensaba? Por eso es vana la esperanza en los hombres; mas la salud de los justos está en tí, mi Dios. Bendito seas Señor, Dios mio, en todas las cosas que nos suceden. Flacos somos y mudables; presto somos engañados, y nos mudamos.

2. ¿Qué hombre hay que se pueda guardar con tanta cautela y discrecion en todo, que alguna vez no caiga en algun engaño ó perplejidad? Mas el que confia en tí, Señor, y te busca con sencillo corazon, no resbala tan fácilmente. Y si cayere en alguna tribulacion, de cualquier manera que estuviere en ella enlazado, presto será librado por tí, ó consolado; porque no desamparas para siempre al que en tí espera. Raro es el amigo que persevera fiel en todos los trabajos de su amigo. Tú, Señor, tú solo eres fidelísimo en todo, y fuera de tí no hay otro semejante.

3. ¡Oh, cuán bien lo entendia aquella alma santa que dijo: *¡Mi alma está asegurada y fundada en Jesucristo!* Si yo estuviese así, no me congojaria tan presto el temor humano, ni me moverian las palabras injuriosas. ¿Quién puede preverlo todo? ¿Quién es capaz de precaver los males venideros? Si lo que hemos previsto con tiempo, nos daña muchas veces; ¿qué hará lo no prevenido sino perjudicarnos gravemente? ¿Pues por qué, miserable de mí, no me previne mejor? ¿Por qué creí de ligero á otros? Pero somos hombres, y hombres flacos y frágiles; aunque por muchos seamos estimados y llamados ángeles. Señor, ¿á quién creeré, á quién sino á tí? Verdad eres, que no puedes engañar ni ser engañado. El hombre al contrario, es falaz, flaco, mudable y resbaladizo especialmente en palabras; de modo que

con muy gran dificultad se debe creer lo que parece recto á la primera vista.

4. ¡Cuán prudentemente nos avisaste que nos guardásemos de los hombres: que los enemigos del hombre son los de su casa, y que no diésemos crédito al que nos dijese: *Míralo aquí, ó míralo allí!* He escarmentado en mí mismo: ojalá sea para mi mayor cautela, y no para continuar en mi imprudencia. Cuidado, me dice uno, cuidado; guárdame secreto lo que te digo. Y mientras yo lo callo, y creo que está oculto, él no pudo callar el secreto que me confió, sino que me descubrió á mí y á sí mismo, y se marchó. Defiéndeme, Señor, de estas ficciones, y de hombres tan indiscretos, para que nunca caiga en sus manos, ni yo incurra en semejantes cosas. Pon en mi boca palabras verdaderas y fieles, y desvia lejos de mí las lenguas astutas. De lo

que no quiero sufrir, me debo guardar mucho.

5. ¡Oh cuán bueno, y de cuánta paz es callar de otros, y no creerlo todo fácilmente, ni hablarlo despues con ligereza: descubrirse á pocos, buscarte siempre á tí, que miras al corazon, y no moverse por cualquier viento de palabras, sino desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perfeccionen segun el beneplácito de tu voluntad! ¡Cuán seguro es para conservar la gracia celestial huir la vana apariencia, y no codiciar las cosas visibles que causan admiracion, sino seguir con toda diligencia las cosas que dan fervor y enmienda de vida! ¡A cuántos ha dañado la virtud descubierta, y alabada antes de tiempo! ¡Cuán provechosa fué siempre la gracia guardada en silencio en esta vida frágil, que toda es milicia y tentacion!

CAPÍTULO XLVI.

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.

JESUCRISTO.

1. Hijo, está firme, y espera en mí; ¿qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire, mas no mellan una piedra. Si estás culpado, determina enmendarte. Si no hallas en tí culpa, llévalo con gusto por Dios. Muy justo es que sufras alguna vez siquiera malas palabras, ya que aun no puedes tolerar grandes golpes. ¿Y porqué tan pequeñas cosas te llegan al corazon, sino porque aun eres carnal, y miras á los hombres mucho mas de lo que conviene? Porque temes ser despreciado, por esto no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas la sombra de las excusas.

2. Considérate mejor, y conocerás que aun vive en tí el amor del mundo, y el deseo vano de agradar á los hombres. Porque en huir de ser abatido y avergonzado por tus defectos, se muestra muy claro que no eres humilde verdadero, ni estás del todo muerto al mundo, ni el mundo está á tí crucificado. Mas oye mis palabras, y no cuidarás de cuantas te dijeren los hombres. Díme: si se dijese contra tí todo cuanto maliciosamente se pudiese fingir, ¿qué te dañaría, si lo dejases pasar y lo despreciases enteramente? ¿Podríate por ventura arrancar un cabello?

3. El que no está dentro de su corazon ni me tiene á mí delante de sus ojos, presto se mueve por una palabra de menosprecio; pero el que confia en mí, y no desea su propio parecer, vivirá sin temer á los hombres.

Porque yo soy el juez, y conozco todos los secretos: yo sé cómo pasan las cosas: yo conozco muy bien al que hace la injuria, y tambien al que la sufre. De mí salió esta palabra; permitiéndolo yo acaeció esto, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones. Yo juzgo al culpado y al inocente; pero quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto.

4. El testimonio de los hombres muchas veces engaña: mi juicio es verdadero, firme, y no se revoca. Muchas veces está escondido, y pocos lo penetran del todo; pero nunca yerra, ni puede errar, aunque á los ojos de los necios no parezca recto. A mí, pues, habeis de recurrir en cualquier juicio, y no confiar en el propio saber. Porque el justo no se turbará por mas cosas que Dios envie sobre él. Si algun juicio fuere dicho contra él injustamente, no

se inquietará por ello ; ni se ensalzará vanamente si otros le defendieren con razon. Porque sabe que yo soy quien escudriño los corazones y los pensamientos, y que no juzgo segun el exterior y apariencia humana. Antes muchas veces se halla á mis ojos culpable el que al juicio humano parece digno de alabanza.

EL ALMA.

5. Señor Dios, justo Juez, fuerte y paciente, que conoces la flaqueza y maldad de los hombres, sé tú mi fortaleza y toda mi confianza; pues no me basta mi conciencia. Tú sabes lo que yo no sé: por eso me debo humillar en cualquier reprension, y llevarla con mansedumbre. Perdóname tambien, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así, y dáme gracia de mayor sufrimiento para otra vez. Porque me-

jor me está tu misericordia copiosa para alcanzar perdon, que mi presumida justificacion para defender lo oculto de mi conciencia. Y aunque ella nada me acuse, no por esto me puedo tener por justo; porque quitada tu misericordia, ningun viviente será justificado en tu acatamiento.

CAPÍTULO XLVII.

Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, ni te abatan del todo las tribulaciones, mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere. Yo basto para galardonarte sobre toda manera y medida. No trabajarás aquí mucho tiempo,

ni serás agravado siempre de dolores. Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males. Vendrá una hora, cuando cesará todo trabajo é inquietud. Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

2. Atiende pues á tu negocio, trabaja fielmente en mi viña, que yo seré tu galardon. Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre varonilmente lo adverso; que digna es la vida eterna de ésta y de otras mayores peleas. Vendrá la paz en el dia que el Señor sabe; el cual no se compondrá de dia y noche como en esta vida temporal, sino de luz perpétua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro. No dirás entonces: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* Ni clamarás: *¡Ay de mí, que se ha dilatado mi destierro!* porque la muerte estará destruida, y la salud será inalterable: ninguna congoja

habrá ya, sino bienaventurada alegría, compañía dulce y hermosa.

3. ¡Oh, si vieses las coronas eternas de los Santos en el cielo, y de cuánta gloria gozan ahora los que eran en este mundo despreciados, y tenidos por indignos de vivir! Por cierto luego te humillarias hasta la tierra, y desearias mas estar sujeto á todos, que mandar á uno solo. Y no codiciarias los dias placenteros de esta vida; sino antes te alegrarias de ser atribulado por Dios, y tendrias por grandísima ganancia ser tenido por nada entre los hombres.

4. ¡Oh! si gustases aquestas cosas, y las rumiases profundamente en tu corazon, ¿cómo te atreverias á quejarte ni una sola vez? ¿No te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna? No es cosa de poco momento ganar ó perder el

reino de Dios. Levanta, pues, tu rostro al cielo: mírame á mí, y conmigo á todos mis Santos, los cuales tuvieron grandes combates en este siglo; ahora se regocijan, y están consolados y seguros; ahora descansan en paz, y permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

CAPÍTULO XLVIII.

Del dia de la eternidad, y de las angustias de esta vida.

EL ALMA.

1. ¡Oh bienaventurada mansion de la ciudad soberana! ¡Oh dia clarísimo de la eternidad, que no le oscurece la noche, sino que siempre le alumbra la suma Verdad: dia siempre alegre, siempre seguro, y siempre sin mudanza! ¡Oh si ya amaneciese este dia,

y se acabasen todas estas cosas temporales! Alumbra por cierto á los Santos con una perpétua claridad; mas no así á los que están en esta peregrinacion, sino de lejos, y como en figura.

2. Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel dia: los desterrados hijos de Eva gimen de ver que este sea tan amargo y lleno de tedio. Los dias de este mundo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias, donde el hombre se vé manchado con muchos pecados, enredado en muchas pasiones, angustiado de muchos temores, ocupado con muchos cuidados, distraido con muchas curiosidades, complicado en muchas vanidades, envuelto en muchos errores, quebrantado con muchos trabajos: las tentaciones lo acosan, los placeres lo afeminan, la pobreza le atormenta.

3. ¡Oh, cuándo se acabarán todos

estos males! ¡Cuándo me veré libre de la miserable servidumbre de los vicios! ¡Cuándo me acordaré, Señor, de tí solo! ¡Cuándo me alegraré cumplidamente en tí! ¡Cuándo estaré sin ningun impedimento en verdadera libertad, y sin ninguna molestia del alma y cuerpo! ¡Cuándo tendré firme paz, paz imperturbable y segura; paz por dentro y por fuera; paz del todo permanente! ¡Oh buen Jesús! ¡Cuándo estaré para verte! ¡Cuándo contemplaré la gloria de tu reino! ¡Cuándo me serás todo en todas las cosas! ¡Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual preparaste desde la eternidad para tus escogidos! Me han dejado acá, pobre y desterrado en tierra de enemigos, donde hay contínuas peleas y grandes calamidades.

4. Consuela mi destierro, mitiga mi dolor; porque á tí suspira todo mi de-

seo. Todo el placer del mundo es para mi pesada carga. Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo conseguirlo. Deseo estar unido con las cosas celestiales; pero me abaten las temporales, y las pasiones no mortificadas. Con el espíritu quiero elevarme sobre todas las cosas; pero la carne me obliga á sujetarme á ellas. Así yo, hombre infeliz, peleo conmigo, y me soy enfadoso á mí mismo, viendo que el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

5. ¡Oh, cuánto padezco cuando pienso en la oracion las cosas celestiales, y luego se me ofrece un tropel de cosas del mundo! Dios mio, no te alejes de mí, ni te desvies con ira de tu siervo. Resplandezca un rayo de tu claridad, y destruye estas tinieblas: envia tus saetas, y contúrbense todas las asechanzas del enemigo.

Recoje todos mis sentidos en tí: hazme olvidar todas las cosas mundanas: otórgame desechar y apartar de mí aun las sombras de los vicios. Socórreme, Verdad eterna, para que no me mueva vanidad alguna. Ven, Suavidad celestial, y huya de tu presencia toda torpeza. Perdóname tambien, y mírame con misericordia todas cuantas veces pienso en la oracion alguna cosa fuera de tí. Pues confieso ingénuamente que acostumbro estar muy distraido. De modo que muchas veces no estoy allí donde se halla mi cuerpo en pié ó sentado, sino mas bien allá donde mi pensamiento me lleva. Allí estoy donde está mi pensamiento, y allí está á menudo mi pensamiento donde está lo que amo. Al punto me ocurre lo que naturalmente deleita, ó agrada por la costumbre.

6. Por lo cual tú, Verdad eterna,

dijiste: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.* Si amo el cielo, con gusto pienso en las cosas celestiales. Si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades, y me entristezco con sus adversidades. Si amo la carne, muchas veces pienso en las cosas carnales. Si amo el espíritu, recréome en pensar cosas espirituales. Porque de todas las cosas que amo hablo y oigo con gusto, y llevo conmigo á mi casa las ideas de ellas. Pero bienaventurado aquel que por tu amor da repudio á todo lo criado, que hace fuerza á su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, para que serenada su conciencia, te ofrezca oracion pura, y sea digno de estar entre los coros angélicos, desechadas dentro y fuera de sí todas las cosas terrenas.

CAPÍTULO XLIX.

Del deseo de la vida eterna, y cuantos bienes están prometidos á los que pelean.

JESUCRISTO.

1. Hijo, cuando sientes en tí algun deseo de la eterna bienaventuranza, y deseas salir de la cárcel del cuerpo, para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, dilata tu corazon, y recibe con todo amor esta santa inspiracion. Dá muchas gracias á la soberana Bondad que así se digna favorecerte, visitarte con clemencia, moverte con eficacia, sostenerte con valor, para que no te deslices por tu propio peso á las cosas terrenas. Porque esto no lo recibes por tu diligencia ó fuerzas, sino por solo el querer de la gracia soberana y del agrado divino,

para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te prepares para los combates que te han de venir, y trabajes por llegarte á mí de todo corazon, y servirme con ardiente voluntad.

2. Hijo, muchas veces arde el fuego, pero no sube la llama sin humo. Así los deseos de algunos se encienden á las cosas celestiales: mas aun no están libres del amor carnal. Y por eso hacen tan poco por la honra de Dios puramente, aun lo que con gran deseo me piden. Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad. Pues no es puro ni perfecto lo que va inficionado de propio interés.

3. Pide, no lo que es para tí deleitable y provechoso, sino lo que es para mí aceptable y honroso; porque si rectamente juzgas, debes seguir y an-

teponer mi voluntad á tu deseo, y á cualquiera cosa deseada. Conozco tu deseo, y he oido tus contínuos gemidos. Ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna, y la patria celestial llena de gozo; pero aun no es venida esa hora, aun resta otro tiempo; tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de prueba. Deseas saciarte del sumo bien; mas no lo puedes alcanzar ahora. *Yo soy, espérame*, dice el Señor, *hasta que venga el reino de Dios*.

4. Has de ser probado aun en la tierra, y ejercitado en muchas cosas. Algunas veces serás consolado, pero no te será dada satisfaccion cumplida. Esfuérzate, pues, y aliéntate así á hacer como á padecer cosas repugnantes á la naturaleza. Conviene que te vistas de un hombre nuevo, y te vuelvas un varon constante. Es preciso hacer

muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres. Lo que agrada á otros, irá adelante: lo que á tí te gusta, no se hará. Lo que dicen otros, será oido; lo que dices tú, será reputado por nada. Pedirán otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás.

5. Otros serán grandes en la boca de los hombres: de tí no se hará cuenta. A otros se encargará éste ó aquel negocio: tú serás tenido por inútil. Por esto se contristará alguna vez la naturaleza: y no harás poco si lo sufrieres callando. En estas y otras cosas semejantes suele ser probado el siervo fiel del Señor, para ver como sabe negarse y quebrantarse en todo. Apenas se hallará cosa en que mas necesites morir á tí mismo, que en ver y sufrir cosas repugnantes á tu voluntad; principalmente cuando parece poco conforme y menos útil lo que te mandan hacer. Y

porque tú, siendo mandado, no osas resistir á la voluntad de tu superior, por eso te parece cosa dura andar pendiente de la voluntad de otro, y dejar tu propio parecer.

6. Mas considera, hijo, el fruto de estos trabajos, el fin cercano de ellos y su grandísimo premio; y no te serán pesados, sino un gran consuelo de tu paciencia. Pues por esta poca voluntad, que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo. Allí, pues, hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear. Allí tendrás todos los bienes en tu poder, sin miedo de perderlos. Allí tu voluntad, unida con la mia para siempre, no apetecerá cosa alguna contraria ó propia. Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, nadie te embarazará, nada se te opondrá; sino que todo cuanto deseares, lo disfrutarás

junto, hartarás todos tus afectos y los colmarás cumplidamente. Allí te daré honor por la afrenta padecida, vestidura de gloria por la afliccion, y por el ínfimo lugar un trono en el reino eterno. Allí se verá el fruto de la obediencia, alegrará el trabajo de la penitencia, y la humilde sumision será gloriosamente coronada.

7. Inclínate, pues, humildemente bajo la mano de todos, y no cuides de mirar quien lo dijo, ó quien lo mandó. Sino procura con gran cuidado que, ya sea superior, inferior, ó igual el que algo te exigiere ó insinuare, todo lo tengas por bueno, y cuides de cumplirlo con sincera voluntad. Busque cada uno lo que quisiere; gloríese este en esto, y aquel en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú no te alegres ni en esto ni en aquello, sino en el desprecio de tí mismo, y en

sola mi voluntad y honra. Una cosa debes desear, que en vida ó en muerte sea Dios siempre glorificado en tí.

CAPÍTULO L.

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

EL ALMA.

1. Señor Dios, Padre santo, ahora y para siempre seas bendito, que como tú quieres así se ha hecho, y lo que haces es bueno. Alégrese tu siervo en tí, no en sí, ni en otro alguno; porque tú solo eres alegría verdadera: tú esperanza mia, y corona mia: tú, Señor, eres mi gozo y mi premio. ¿Qué tiene tu siervo sino lo que recibió de tí, aun sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado y hecho conmigo. Pobre soy y lleno de trabajos

desde mi juventud; y mi alma se entristece algunas veces hasta llorar; y otras veces se turba consigo por las pasiones que le acosan.

2. Deseo el gozo de la paz: la paz de tus hijos pido, que son recreados por tí en la luz de la consolacion. Si me das paz, si derramas en mí tu santo gozo, estará el alma de tu siervo llena de alegría, y devota para alabarte. Pero si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr por el camino de tus mandamientos, sino que hincará las rodillas para herir su pecho; porque no le va como los dias anteriores, cuando resplandecia tu luz sobre su cabeza, y era defendida de las tentaciones impetuosas debajo de la sombra de tus alas.

3. Padre justo y siempre laudable, llegó la hora en que tu siervo debe ser probado. Padre amable, justo es que

tu siervo padezca algo por tí en esta hora. Padre para siempre adorable, ya ha llegado la hora que habias previsto desde la eternidad, en la cual tu siervo esté abatido en lo exterior un corto tiempo, mas para que viva siempre interiormente contigo. Despreciado sea y humillado un poco, y decaiga delante de los hombres; sea consumido de pasiones y enfermedades, para que vuelva nuevamente á verse contigo en la aurora de una nueva luz, y sea ilustrado en las cosas celestiales. Padre santo, así lo ordenaste tú, así lo quisiste; y lo que mandaste se ha hecho.

4. Esta es, pues, la gracia que haces á tu amigo, que padezca, y sea atribulado por tu amor en este mundo por cualquiera, y cuantas veces lo permitieres. Nada se hace sobre la tierra sin causa, ni sin que tú lo hayas deliberado y dispuesto. Bueno es para

mí, Señor, que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones, y destierre de mi corazon toda soberbia y presuncion. Provechoso es para mí, que la confusion haya cubierto mi rostro, para que así te busque á tí, y no á los hombres para consolarme. Tambien aprendí en esto á temblar de tu inescrutable juicio, que aflijes así al justo como al malo; aunque no sin equidad y justicia.

5. Gracias te doy porque no me escaseaste los males; sino que me afligiste con amargos azotes, enviándome dolores y angustias por dentro y por fuera. No hay quien me consuele debajo del cielo, sino tú, Señor Dios mio, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, pones en graves tormentos y libras de ellos. Sea tu correccion sobre mí, y tu mismo castigo me enseñará.

6. Padre amado, vésme aquí en tus manos, yo me inclino bajo la vara de tu correccion. Hiere mis espaldas y mi cerviz, para que enderece mis torcidas inclinaciones á tu voluntad. Hazme piadoso y humilde discípulo, como sueles hacerlo, para que ande siempre pendiente de tu voluntad. Me entrego enteramente á tí con todas mis cosas para que las corrijas. Mas vale ser corregido aquí que en la otra vida. Tú sabes todas y cada una de las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia. Antes que suceda sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te enseñe ó avise de las cosas que se hacen en la tierra. Tú sabes lo que conviene para mi adelantamiento, y cuánto me aprovecha la tribulacion para limpiar el orin de los vicios. Haz conmigo tu voluntad y gusto, y no deseches mi vida pecaminosa, á ninguno

mejor ni mas claramente conocida que á tí solo.

7. Concédeme, Señor, saber lo que se debe saber, amar lo que se debe amar, alabar lo que á tí es agradable, estimar lo que te parece precioso, aborrecer lo que á tus ojos es feo. No permitas que juzgue segun la vista de los ojos exteriores, ni que sentencie segun el oido de los hombres ignorantes; sino dáme gracia para que pueda discernir con verdadero juicio entre lo visible y lo espiritual, y sobre todo buscar siempre la voluntad de tu divino beneplácito.

8. Muchas veces se engañan los hombres en sus opiniones y juicios, y los mundanos se engañan tambien en amar solamente lo visible. ¿Qué tiene de mejor el hombre porque otro le alabe? El falaz engaña al falaz, el vano al vano, el ciego al ciego, el enfer-

mo al enfermo cuando lo ensalza; y verdaderamente mas le confunde cuando vanamente le alaba. Porque cuanto es cada uno en tus ojos, tanto es y no mas, dice el humilde san Francisco.

CAPÍTULO LI.

Que debemos emplearnos en ejercicios humildes cuando no podemos en los sublimes.

JESUCRISTO.

1. Hijo, no puedes permanecer siempre en el deseo fervoroso de las virtudes, ni perseverar en el mas alto grado de la contemplacion; sino que es necesario, por el vicio original, que desciendas alguna vez á cosas bajas, y tambien á llevar la carga de esta vida corruptible, aunque te pese y fastidie. Mientras lleves el cuerpo mortal, sentirás tedio é inquietud de corazon. Es

preciso, pues, mientras vives en carne gemir muchas veces por el peso de la carne; porque no puedes ocuparte perfectamente en los ejercicios espirituales y en la divina contemplacion.

2. Entonces conviene que te emplees en ejercicios humildes y exteriores, consolándote con hacer buenas obras; y espera mi venida, y la visita del cielo con firme confianza: sufre con paciencia tu destierro, y la sequedad de espíritu, hasta que otra vez yo te visite, y seas libre de toda congoja. Porque te haré olvidar las penas, y que goces de gran serenidad interior. Yo extenderé delante de tí los prados de las Escrituras, para que dilatado tu corazon, corras la carrera de mis mandamientos. Entonces dirás: *No son comparables las penas de este tiempo con la gloria que se nos descubrirá.*

CAPÍTULO LII.

Que el hombre no se repute por digno de consuelo, sino de castigo.

EL ALMA.

1. Señor, no soy digno de tu consolacion, ni de ninguna visita espiritual; y por eso justamente lo haces conmigo, cuando me dejas pobre y desconsolado. Porque aunque yo pudiese derramar un mar de lágrimas, aun no mereceria tu consuelo. Por eso yo soy digno de ser afligido y castigado; porque te ofendí gravemente, y muchas veces, y pequé mucho, y de muchas maneras. Así que bien mirado, no soy digno de la menor consolacion. Mas tú, Dios clemente y misericordioso, que no quieres que tus obras perezcan, para manifestar las riquezas de

tu bondad en los vasos de misericordia, aun sobre todo merecimiento, tienes por bien de consolar á tu siervo de un modo sobrenatural. Porque tus consolaciones no son ilusorias como las humanas.

2. ¿Qué he hecho, Señor, para que tú me dieses ninguna consolacion celestial? Yo no me acuerdo haber hecho ningun bien; sino que he sido siempre inclinado á vicios, y muy perezoso para enmendarme. Esto es verdad, y no puedo negarlo. Si dijese otra cosa, tú estarias contra mí y no habria quien me defendiese. ¿Qué he merecido por mis pecados, sino el infierno y el fuego eterno? Conozco en verdad que soy digno de todo escarnio y menosprecio, ni merezco ser contado entre tus devotos. Y aunque me incomode este lenguaje, no dejaré de acusar mis pecados contra mí, y en favor de

la verdad, para que mas fácilmente merezca alcanzar tu misericordia.

3. ¿Qué diré yo pecador, y lleno de toda confusion? No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: *Pequé, Señor, pequé; ten misericordia de mí; perdóname.* Déjame un poco para que llore mi dolor, antes que vaya á la tierra tenebrosa y cubierta de oscuridad de muerte. ¿Qué es lo que principalmente exijes del culpable y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados? De la verdadera contricion y humildad de corazon nace la esperanza de ser perdonado, se reconcilia la conciencia turbada, repárase la gracia perdida, se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en santa paz Dios y el alma contrita.

4. Señor, el humilde arrepentimiento de los pecados es para tí sacri-

ficio muy acepto, que huele mas suavemente en tu presencia, que el incienso. Este es tambien el ungüento agradable que tú quisiste que se derramase sobre tus sagrados piés; porque nunca desechaste el corazon contrito y humillado. Allí está el lugar del refugio, para el que huye del enemigo: allí se enmienda y limpia lo que en otro lugar se erró y se manchó.

CAPÍTULO LIII.

La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mi gracia es preciosa, no admite mezcla de cosas estrañas, ni de consolaciones terrenas. Conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas que se te infunda.

Busca lugar secreto para tí; desea estar á solas contigo; deja las conversaciones, y ora devotamente á Dios, para que te dé compuncion de corazon, y pureza de conciencia. Reputa por nada todo el mundo, y prefiere á todas las cosas exteriores el ocuparte en Dios. Porque no podrás ocuparte en mí, y juntamente deleitarte en lo transitorio. Conviene desviarse de conocidos y de amigos, y tener el espíritu retirado de todo placer temporal. Así desea que se abstengan todos los fieles cristianos el apóstol san Pedro, portándose como extranjeros y peregrinos en este mundo.

2. ¡Oh cuánta confianza tendrá en la muerte aquel que no tiene aficion á cosa alguna de este mundo! Pero tener así el corazon desprendido de todas las cosas, no lo alcanza el alma todavía enferma; ni el hombre carnal conoce la libertad del hombre espiritual. Mas

si quiere ser verdaderamente espiritual, es preciso que renuncie á los extraños y á los allegados, y que de nadie se guarde mas que de sí mismo. Si á tí te vences perfectamente, todo lo demás lo sujetarás con facilidad. La perfecta victoria consiste en vencerse á sí mismo. Porque el que se tiene sujeto á sí mismo, de modo que la sensualidad obedezca á la razon, y la razon me obedezca á mí en todo, este es verdaderamente vencedor de sí, y señor del mundo.

3. Si deseas subir á esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y poner la segúr á la raíz, para que arranques y destruyas la oculta inclinacion desordenada que tienes á tí mismo, y á todo bien propio y corporal. De este amor desordenado que se tiene el hombre á sí mismo, depende casi todo lo que se ha de vencer radicalmente:

vencido y señoreado este mal, luego hay gran paz y sosiego. Pero porque pocos trabajan en morir perfectamente á sí mismos, y no salen enteramente de su propio amor, por eso se quedan envueltos en sus afectos, y no se pueden levantar sobre sí en espíritu. Mas el que desea andar libre conmigo, es necesario que mortifique todas sus malas y desordenadas aficiones, y que no se pegue á criatura alguna con amor apasionado.

CAPÍTULO LIV.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la Gracia.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la Gracia, porque son muy contrarios y súti-

les, de modo que con dificultad son conocidos sino por varones espirituales é interiormente alumbrados. Todos desean el bien, y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad; por eso muchos se engañan con apariencia de bien.

2. La naturaleza es astuta, atrae á sí á muchos, los enreda y engaña, y siempre se pone á sí misma por fin; mas la Gracia anda sin doblez, se desvia de toda apariencia de mal, no pretende engañar, sino hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

3. La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estrechada, ni vencida, ni sometida de grado; mas la Gracia busca la propia mortificacion, resiste á la sensualidad, quiere estar sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, apetece vivir bajo una estrecha observan-

cia, no codicia señorear á nadie; sino vivir y servir, y estar debajo de la mano de Dios: y por él está pronta á obedecer con toda humildad á cualquiera criatura humana.

4. La naturaleza trabaja por su conveniencia, y tiene la mira á la utilidad que le puede venir; pero la Gracia no considera lo que le es útil y conveniente, sino lo que aprovecha á muchos.

5. La naturaleza recibe con gusto la honra y la reverencia; mas la Gracia atribuye fielmente á solo Dios toda honra y gloria.

6. La naturaleza teme la confusion y el desprecio; pero la Gracia se alegra en padecer injurias por el nombre de Jesús.

7. La naturaleza ama el ocio y la quietud corporal; mas la Gracia no puede estar ociosa; antes abraza de buena voluntad el trabajo.

8. La naturaleza busca tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras; mas la Gracia se deleita con cosas llanas y bajas, no desecha las ásperas, ni rehusa el vestir ropas viejas.

9. La naturaleza mirando lo temporal, se alegra de las ganancias terrenas, entristécese del daño, y enójase de cualquier palabra injuriosa; pero la Gracia mira lo eterno, no está pegada á lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se exaspera con palabras ofensivas; porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde ninguna cosa perece.

10. La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que da; ama sus cosas propias y particulares; mas la Gracia es piadosa y comun para todos, huye la singularidad, conténtase con poco, tiene por mayor felicidad dar, que recibir.

11. La naturaleza nos inclina á las criaturas, á la propia carne, á la vanidad, y á las distracciones; pero la Gracia nos lleva á Dios y á las virtudes, renuncia á las criaturas, huye el mundo, aborrece los deseos de la carne, refrena los pasos vanos, avergüénzase de parecer en público.

12. La naturaleza toma de buena gana cualquier placer exterior en que deleite sus sentidos; pero la Gracia en solo Dios se quiere consolar, y deleitarse en el sumo bien sobre todo lo visible.

13. La naturaleza, cuanto hace, es por su propia utilidad y conveniencia: no puede hacer cosa de valde; sino que espera alcanzar un bien igual ó mayor, y cuando no, alabanza ó favor por el bien que ha hecho; y desea que sean sus obras y dádivas muy ponderadas; mas la Gracia ninguna cosa tem-

poral busca, ni quiere otro premio, sino á solo Dios; y de lo temporal no quiere mas, que cuanto basta para conseguir lo eterno.

14. La naturaleza se complace en tener muchos amigos y parientes, se gloría de su noble nacimiento y distinguido linaje, halaga á los poderosos, lisonjea á los ricos, aplaude á los iguales; pero la Gracia ama aun á los enemigos, y no se engríe por los muchos amigos; ni hace caso de su propio nacimiento y linaje, si en él no hay mayor virtud. Favorece mas al pobre que al rico, se acomoda mas bien al inocente que al poderoso; se alegra con el veraz, no con el engañoso. Exhorta siempre á los buenos á que aspiren á gracias mejores, y se asemejen al hijo de Dios por sus virtudes.

15. La naturaleza luego se queja de la necesidad, y del trabajo; pero la

Gracia lleva con buen rostro la pobreza.

16. La naturaleza todo lo dirije á sí misma, y por sí pelea y porfía; mas la Gracia todo lo refiere á Dios, de donde originalmente mana; ningun bien se arroga ni se atribuye á sí misma; no porfía, ni prefiere su modo de pensar al de los otros; sino que en todo dictámen y opinion se sujeta á la sabiduría eterna y al divino exámen.

17. La naturaleza apetece saber secretos y oir novedades; quiere aparecer en público, y observar mucho por los sentidos; desea ser conocida, y hacer cosas de donde le proceda alabanza y fama; pero la Gracia no cuida de oir cosas nuevas ni curiosas; porque todo esto nace de la corrupcion antigua, y no hay cosa nueva ni durable sobre la tierra. Enseña á recoger los sentidos, á huir la vana complacencia

y ostentacion, á esconder humildemente lo que tenga digno de admiracion ó alabanza y buscar en todas las cosas y en toda ciencia fruto de utilidad, y la alabanza y honra de Dios. No quiere que ella ni sus cosas sean pregonadas; sino que Dios sea glorificado en sus dones, que los da todos con purísimo amor.

18. Esta Gracia es una luz sobrenatural, y un don especial de Dios; es propiamente la marca de los escogidos, y la prenda de la salvacion eterna: la cual levanta al hombre de lo terreno á amar lo celestial, y de carnal lo hace espiritual. Así que, cuanto mas apremiada y vencida es la naturaleza, tanto mayor gracia se infunde, y cada dia es reformado el hombre interior segun la imágen de Dios, con nuevas visitaciones.

CAPÍTULO LV.

De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

EL ALMA.

1. Señor, Dios mio, que me criaste á tu imágen y semejanza, concédeme aquesta gracia, que declaraste ser tan grande y necesaria para la salvacion; á fin de que yo pueda vencer mi perversa naturaleza, que me arrastra á los pecados y á la perdicion. Pues yo siento en mi carne la ley del pecado, que contradice á la ley de mi alma, y me lleva cautivo á obedecer en muchas cosas á la sensualidad; y no puedo resistir á sus pasiones, si no me asiste tu santísima gracia, eficazmente derramada en mi corazon.

2. Necesaria es tu gracia, y grande

gracia, para vencer la naturaleza, inclinada siempre á lo malo desde su juventud. Porque abatida en el primer hombre Adan, y viciada por el pecado, pasa á todos los hombres la pena de esta mancha; de suerte que la misma naturaleza, que fué criada por tí buena y derecha, ya se toma por el vicio y enfermedad de la naturaleza corrompida; porque el mismo movimiento suyo que le quedó, la induce al mal y á lo terreno. Pues la poca fuerza que le ha quedado, es como una centellita escondida en la ceniza. Esta es la razon natural, cercada de grandes tinieblas; pero capaz todavía de juzgar del bien y del mal, y de discernir lo verdadero de lo falso; aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le parece bueno, ni usa de la perfecta luz de la verdad, ni tiene sanas sus aficiones.

3. De aquí viene, Dios mio, que yo, segun el hombre interior, me deleito en tu ley, sabiendo que tus mandamientos son buenos, justos y santos; juzgando tambien que todo mal y pecado se debe huir. Mas con la carne sirvo á la ley del pecado, obedeciendo mas á la sensualidad que á la razon. Así es que yo quiero lo bueno; mas no hallo como ejecutarlo. Así es tambien que propongo frecuentemente hacer muchas buenas obras; pero como falta la gracia para ayudar á mi flaqueza, con poca resistencia vuelvo atrás y desfallezco. Por la misma causa sucede que conozco el camino de la perfeccion, y veo con bastante claridad como debo obrar; mas agravado del peso de mi propia corrupcion, no me levanto á cosas mas perfectas.

4. ¡Oh cuán necesaria me es Señor, tu gracia para comenzar el bien, con-

tinuarlo y perfeccionarlo! Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; pero en tí todo lo puedo confortado con la gracia. ¡Oh gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los merecimientos propios, ni se han de estimar en algo los dones naturales! Ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio, ó la elocuencia valen delante de tí, Señor, sin tu gracia. Porque los dones naturales son comunes á buenos y á malos; mas la gracia ó la caridad es don propio de los escogidos, y con ella se hacen dignos de la vida eterna. Tan encumbrada es esta gracia que ni el don de la profecía, ni el hacer milagros, ó algun otro saber por sutil que sea, es estimado en algo sin ella. Ni aun la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes son aceptas á tí, sin caridad ni gracia.

5. ¡Oh beatísima gracia, que al pobre de espíritu le haces rico en virtudes, y al rico de muchos bienes vuelves humilde de corazon! Ven, desciende á mí, lléname luego de tu consolacion, para que no desmaye mi alma de cansancio y sequedad de corazon. Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos, pues me basta, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea. Si fuere tentado y atormentado de muchas tribulaciones, no temeré los males, estando tu gracia conmigo. Ella es mi fortaleza, ella me da consejo y favor. Mucho mas poderosa es que todos los enemigos, y mucho mas sabia que todos los sabios.

6. Ella enseña la verdad, da la ciencia, alumbra el corazon, consuela en las aflicciones, destierra la tristeza, quita el temor, alimenta la devocion, produce lágrimas afectuosas. ¿Qué soy

yo sin ella, sino un madero seco, y un tronco inútil y desechado? Asístame, pues, Señor, tu gracia para estar siempre atento á emprender, continuar y perfeccionar buenas obras, por tu hijo Jesucristo. Amen.

CAPÍTULO LVI.

Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la cruz.

JESUCRISTO.

1. Hijo, cuanto puedes salir de tí, tanto puedes pasarte á mí. Así como no desear nada exteriormente, produce la paz interior; así el negarse interiormente, causa la union con Dios. Quiero que aprendas la perfecta renuncia de tí mismo en mi voluntad sin réplica ni queja. Sígueme: *Yo soy camino, verdad y vida.* Sin camino no

hay por donde andar: sin verdad, no podemos conocer: sin vida, no hay quien pueda vivir. Yo soy el camino que debes seguir, la verdad á quien debes creer, la vida que debes esperar. Yo soy camino que no puede faltar, verdad que no puede engañarse, vida que no puede acabarse. Yo soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada. Si permanecieres en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la vida eterna.

2. *Si quieres entrar á la vida, guarda mis mandamientos.* Si quieres conocer la verdad, creeme á mí. *Si quieres ser perfecto, vende todas las cosas. Si quieres ser mi discípulo, niégate á tí mismo.* Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente. Si quieres ser ensalzado en el

cielo, humíllate en el mundo. Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo. Porque solos los siervos de la cruz hallan el camino de la bienaventuranza y de la luz verdadera.

EL ALMA.

3. Señor, Jesús, pues que tu camino es estrecho y despreciado en el mundo, concédeme que te imite en despreciar el mundo. Pues *no es mejor el siervo que su Señor, ni el discípulo superior al maestro*. Ejercítese tu siervo en tu vida, pues en ella está mi salud, y la santidad verdadera. Cualquier cosa que fuera de ella oigo ó leo, no me recrea ni satisface cumplidamente.

JESUCRISTO.

4. Hijo, pues sabes y has leido todo esto, si lo hicieres, serás bien-

aventurado. *El que abraza mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama, y yo le amaré, y me manifestaré á él, y le haré sentar conmigo* en el reino de mi padre.

EL ALMA.

5. Señor, Jesús, como lo dijiste y prometiste, así se haga, y pueda yo merecerlo. Recibí de tu mano la cruz, yo la llevaré hasta la muerte, así como tú me la pusiste. Verdaderamente la vida del buen monje es cruz; pero guia al paraíso. Ya hemos comenzado, no se debe volver atrás, ni conviene dejarla.

6. Ea hermanos, vamos juntos, Jesús será con nosotros. Por Jesús tomamos esta cruz, por Jesús perseveremos en ella. Será nuestro auxiliador el que es nuestro capitan, y fué nuestro ejemplo. Mirad á nuestro rey que va delan-

te de nosotros, y peleará por nosotros. Sigámosle varonilmente, nadie tema los terrores: estemos preparados á morir con ánimo en la batalla, y no echemos un borron á nuestra gloria, huyendo de la cruz.

CAPÍTULO LVII.

No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas.

JESUCRISTO.

1. Hijo, mas me agradan la humildad y la paciencia en la adversidad, que el mucho consuelo y devocion en la prosperidad. ¿Porqué te entristece una pequeña cosa dicha contra tí? Aunque mas fuera, no debieras inquietarte. Mas ahora déjala pasar, porque no es la primera, ni nueva, ni será la última, si mucho vivieres. Harto

esforzado eres cuando ninguna cosa contraria te viene. Aconsejas bien, y sabes alentar á otros con palabras; pero cuando viene á tu puerta alguna repentina tribulacion, luego te falta consejo y esfuerzo. Mira la gran fragilidad que experimentas á cada paso en pequeñas ocasiones: á pesar de que todo este mal que te sucede, redunda en tu salud.

2. Apártalo como mejor supieres de tu corazon; y si llegó á tocarte, no permitas que te abata, ni te lleve embarazado mucho tiempo. Sufre á lo menos con paciencia, si no puedes con alegría. Y si oyes algo contra tu gusto, y te sientes irritado, refrénate, y no dejes salir de tu boca palabra alguna desordenada, que pueda escandalizar á los inocentes. Presto se aquietará el ímpetu excitado en tu corazon; y el dolor interior se dulcificará con la

vuelta de la gracia. Aun vivo yo, dice el Señor, dispuesto para ayudarte, y para consolarte mas de lo acostumbrado, si confias en mí, y me llamas con devocion.

3. Ten buen ánimo y apercíbete para trances mayores. Aunque te veas muchas veces atribulado, ó gravemente tentado, no por eso está ya todo perdido. Hombre eres, y no Dios: carne y no Angel. ¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo estado de virtud, cuando le faltó al Angel en el cielo, y al primer hombre en el paraíso? Yo soy el que levanta con entera salud á los que lloran, y traigo á mi divinidad los que conocen su flaqueza.

EL ALMA.

4. Señor, bendita sea tu palabra, dulce para mi boca mas que la miel y el panal. ¿Qué haria yo en tantas tri-

bulaciones y angustias, si tú no me animases con tus santas palabras? Con tal que al fin llegue yo al puerto de la salvacion, ¿qué se me da de cuanto hubiere padecido? Dáme buen fin; dáme una dulce partida de este mundo. Acuérdate de mí, Dios mio, y guíame por camino derecho á tu reino. Amen.

CAPÍTULO LVIII.

No se deben escudriñar las cosas altas, y los juicios ocultos de Dios.

JESUCRISTO.

1. Hijo, guárdate de disputar de materias altas, y de los secretos juicios de Dios: porqué uno es desamparado y otro tiene tantas gracias; por qué está uno muy afligido, y otro tan altamente ensalzado. Estas cosas ex-

ceden á toda humana capacidad; y no basta razon, ni disputa alguna para investigar el juicio divino. Por eso, cuando el enemigo te trajere esto al pensamiento, ó algunos hombres curiosos lo preguntaren, responde aquello del Profeta: *Justo eres Señor, y justo tu juicio.* Y tambien: *Los juicios del Señor son verdaderos y justificados en sí mismos.* Mis juicios han de ser temidos, no examinados; porque no se comprenden con entendimiento humano.

2. Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los Santos, cuál sea mas santo, ó mayor en el reino de los cielos. Estas cosas muchas veces causan contiendas y dissensiones sin provecho: aumentan tambien la soberbia y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias, cuando uno quiere preferir imprudentemente un Santo, y otro quiere á otro.

Querer saber é inquirir tales cosas, ningun fruto trae, antes desagrada mucho á los Santos; porque *yo no soy Dios de discordia, sino de paz*, la cual consiste mas en la verdadera humildad, que en la propia estimacion.

3. Algunos con celo de amor se aficionan á unos Santos mas que á otros; pero mas por afecto humano, que divino. Yo soy el que hice á todos los Santos: yo les dí la gracia: yo les he dado la gloria. Yo sé los méritos de cada uno: *yo les previne con bendiciones de mi dulzura.* Yo conocí mis amados antes de los siglos: yo los escogí del mundo, y no ellos á mí. Yo los llamé por gracia, y atraje por misericordia; yo los llevé por diversas tentaciones. Yo les envié grandes consolaciones, les dí la perseverancia, coroné su paciencia.

4. Yo conozco al primero y al último. Yo los abrazo á todos con amor

inestimable. Yo soy digno de ser alabado en todos mis Santos, y ensalzado sobre todas las cosas: yo debo ser honrado por cada uno de cuantos he engrandecido y predestinado, sin preceder algun merecimiento suyo. Por eso, quien despreciare á uno de mis pequeñuelos, no honra al grande, porque *Yo hice al grande y al pequeño*. Y el que quisiere deprimir alguno de los Santos, á mi me deprime y á todos los demás del reino de los cielos. Todos son una misma cosa por los vínculos de la caridad: todos tienen un mismo parecer y un mismo querer, y todos se aman recíprocamente.

5. Y sobre todo, mas me aman á mí que á sí mismos y á todos sus merecimientos. Porque elevados sobre sí y libres de su propio amor, se pasan del todo al mio, y en él descansan y se regocijan con gozo inexplicable. No hay

cosa que los pueda apartar ni distraer; porque llenos de la verdad eterna, arden en el fuego inextinguible de mi amor. Callen pues los hombres carnales y animales, y no disputen del estado de los Santos, pues no saben amar sino los gozos particulares. Quitan y ponen segun su inclinacion, no como agrada á la eterna verdad.

6. Muchos por efecto de ignorancia, mayormente los que entienden poco de espíritu, tarde saben amar á alguno con amor espiritual perfecto. Y aun los lleva mucho el afecto natural, y la amistad humana, con la cual se inclinan mas á unos que á otros; y así como sienten de las cosas terrenas, así imaginan de las celestiales. Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos, y lo que saben los varones espirituales por la revelacion divina.

7. Guárdate, pues, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden á tu alcance: de lo que debes tratar es de que puedas ser el menor siquiera en el reino de Dios. Y aunque uno supiese quien es mas santo que otro, ó el mayor en el reino del cielo, ¿de qué le serviria el saberlo, si no se humillase delante de mí por este conocimiento, y se levantase á alabar mas puramente mi nombre? Mucho mas agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfeccion de los Santos, que el que porfía cual sea mayor ó menor Santo. Mejor es rogar á los Santos con devotas oraciones y lágrimas, y con humilde corazon invocar su favor, que escudriñar sus secretos con inútil investigacion.

8. Ellos están cumplidamente con-

tentos ; ¡ así los hombres supieran contentarse, y refrenar la vanidad de sus lenguas! No se glorian de sus propios merecimientos, pues que ninguna cosa buena se atribuyen á sí mismos, sino todo á mí; porque yo les dí todo cuanto tienen con mi infinita caridad. Llenos están de tanto amor de la divinidad, y de tal abundancia de gozos, que ninguna parte de gloria les falta, ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza. Todos los Santos, cuanto mas altos están en la gloria, tanto mas humildes son en sí mismos, y están mas cercanos á mí y son mas amados de mí. Por lo cual está escrito, que *abatian sus coronas delante de Dios, y se postraron sobre sus rostros delante del Cordero, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.*

9. Muchos preguntan quién es el mayor en el reino de Dios, que no sa-

ben si serán dignos de ser contados con los ínfimos. Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor, donde todos son grandes, porque todos se llamarán y serán hijos de Dios. *El menor será grande entre mil, y el pecador de cien años morirá.* Pues cuando preguntaron los discípulos, quién seria mayor en el reino de los cielos, tuvieron esta respuesta: *Si no os hiciereis y os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.* Por eso, *cualquiera que se humillare como niño, aquel será el mayor en el reino de los cielos.*

10. ¡Ay de aquellos que se desdeñan de humillarse de voluntad con los pequeñitos; porque la puerta baja y angosta del reino celestial, no les permitirá entrar! ¡*Ay* tambien *de los ricos, que tienen aquí sus deleites;* porque cuando entraren los pobres en el reino de Dios, quedarán ellos fuera

aullando y llorando á lágrima viva! Alegraos los humildes, y regocijaos los pobres; que *vuestro es el reino de Dios*, si andais en el camino de la verdad.

CAPÍTULO LIX.

Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios.

EL ALMA.

1. Señor, ¿cuál es mi confianza en esta vida? ¿O cuál mi mayor contento de cuantos hay debajo del cielo? ¿Por ventura no eres tú, mi Dios y Señor, cuyas miericordias no tienen número? ¿Dónde me fué bien sin tí? ¿O cuándo me pudo ir mal, estando tú presente? Mas quiero ser pobre por tí, que rico sin tí. Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin tí el

cielo. Donde tú estás, allí está el cielo; y donde no, el infierno y la muerte. A tí se dirige todo mi deseo, y por eso no cesaré de orar, gemir y clamar en pos de tí. En fin yo no puedo confiar cumplidamente en alguno que me ayude oportunamente en mis necesidades, sino en tí solo, Dios mio. Tú eres mi esperanza y mi confianza, tú mi consolador, y el amigo mas fiel en todo.

2. *Todos buscan su interés;* tú buscas solamente mi salud y mi aprovechamiento, y todo me lo conviertes en bien. Aunque algunas veces me dejas en diversas tentaciones y adversidades, todo lo ordenas para mi provecho; que sueles de mil modos probar tus escogidos. En esta prueba debes ser tan amado y alabado, como si me colmases de consolaciones celestiales.

3. En tí, pues, señor Dios, pongo toda mi esperanza y refugio: en tus

manos dejo todas mis tribulaciones y angustias: porque fuera de tí todo es débil é inconstante. Porque no me aprovecharán los muchos amigos, ni podrán ayudarme los defensores poderosos, ni los consejeros discretos darme respuesta conveniente, ni los libros doctos consolarme, ni cosa alguna preciosa librarme, ni algun lugar secreto y delicioso defenderme; si tú mismo no me auxilias, ayudas, esfuerzas, consuelas, enseñas y guardas.

4. Porque todo lo que parece conducente para tener paz y felicidad es nada, si tú estás ausente; ni da sino una sombra de felicidad. Tú eres, pues, fin de todos los bienes, centro de la vida, y abismo de sabiduría; y esperar en tí sobre todo, es grandísima consolacion para tus siervos. A tí, Señor, levanto mis ojos; en tí confio, Dios mio, padre de misericordias.

Bendice y santifica mi alma con bendicion celestial, para que sea morada santa tuya, y silla de tu gloria eterna; y no haya en este templo tuyo cosa que ofenda los ojos de tu Majestad soberana. Mírame segun la grandeza de tu bondad, y segun la multitud de tus misericordias, y oye la oracion de este pobre siervo tuyo, desterrado lejos en la region de la sombra de la muerte. Defiende y conserva el alma de este tu siervecillo, entre tantos peligros de la vida corruptible; y acompañándola tu gracia, guíala por el camino de la paz á la patria de la perpétua claridad. Amen.

LIBRO CUARTO.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

EXHORTACION DEVOTA A LA SAGRADA COMUNION.

JESUCRISTO.

Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, y yo os aliviaré, dice el Señor. *El pan que yo daré, es mi carne, por la vida del mundo. Tomad y comed: este es mi Cuerpo que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. El que come mi carne y bebe mi Sangre, está en mí, y yo en él. Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.*

CAPÍTULO PRIMERO.

Con cuanta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

EL ALMA.

1. Estas son tus palabras, ó Jesús, verdad eterna; aunque no fueron dichas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar. Y pues, son tuyas y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud y con fe. Tuyas son, pues tú las dijiste; y tambien son mias, pues las dijiste por mi bien. Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean mas profundamente grabadas en mi corazon. Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura, y de amor: mas por otra parte mis propios pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos

misterios. La dulzura de tus palabras me convida: mas la multitud de mis vicios me oprime.

2. Me mandas que me llegue á tí con gran confianza, si quiero tener parte contigo; y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria para siempre. Dices: *Venid á mí todos los que teneis trabajos, y estais cargados, que yo os recrearé.* ¡Cuán dulces y amables son á los oidos del pecador estas palabras, por las cuales, tú, Señor Dios mio, convidas al pobre y al mendigo á la comunion de tu santísimo Cuerpo! ¿Mas quién soy yo, Señor, para que presuma llegarme á tí? Veo que no cabes en los cielos de los cielos; y tú dices: *¡Venid á mí todos!*

3. ¿Qué quiere decir esta tan piadosa dignacion, y este tan amistoso convite? ¿Cómo osaré llegarme yo,

que no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar? ¿Cómo te hospedaré en mi habitacion yo que tantas veces ofendí tu benignísima presencia? Los Angeles y Arcángeles tiemblan; los Santos y justos temen; ¿y tú dices: *¡Venid á mí todos!* Si tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién lo creeria? Y si tú no lo mandases, ¿quién osaria llegarse á tí?

4. Noé, varon justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo? Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo para poner en ella las Tablas de la Ley; ¿y yo, criatura podrida, osaré recibirte tan fácilmente á tí, hacedor de la Ley, y dador de la

vida? Salomon, el mas sabio de los reyes de Israel, edificó en siete años en honor de tu nombre un magnífico templo: celebró ocho dias la fiesta de su dedicacion, ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento con músicas y regocijos en el lugar que le estaba preparado; y yo miserable, y el mas pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, estando difícilmente con devocion media hora? ¡Y ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

5. ¡Oh Dios mio! ¿qué no hicieron aquellos por agradarte? ¡Mas ay de mí! ¡Cuán poco es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la comunion! Rara vez estoy del todo recogido, y rarísima me veo libre de toda distraccion. Y en verdad, que en tu saludable y divina presencia no debiera ocurrirme pensamiento

alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna; porque no voy á hospedar á algun Angel, sino al Señor de los Angeles.

6. Además, hay grandísima diferencia entre el Arca del Testamento con cuanto contenia, y tu purísimo Cuerpo con sus inefables virtudes: entre aquellos sacrificios de la ley antigua que figuraban los venideros, y el sacrificio verdadero de tu Cuerpo qué es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7. ¿Porqué, pues, no me inflamo mas en tu venerable presencia? ¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte en el Sacramento, al ver que aquellos antiguos santos Patriarcas y Profetas, reyes y príncipes con todo el pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino?

8. El devotísimo rey David bailó

con toda su fuerza delante del Arca de Dios, acordándose de los beneficios hechos en otro tiempo á los padres: hizo diversos instrumentos músicos: compuso salmos, y ordenó que se cantasen con alegría; y aun él mismo los cantó frecuentemente al harpa, inspirado de la gracia del Espíritu Santo: enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazon, y bendecirle, y celebrarle cada dia con voces acordes. Pues si tanta era entonces la devocion y tanto se pensó en alabar á Dios delante del Arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devocion debo yo tener, y todo el pueblo cristiano á presencia del Sacramento al recibir el santísimo Cuerpo de Cristo?

9. Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los Santos, y se maravillan de oir sus hechos; miran los grandes edificios de

los templos, y besan los sagrados huesos, guardados en oro y seda. Y tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mio, Santo de los Santos, criador de los hombres, y Señor de los Angeles. Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por la novedad, y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda; mayormente cuando andan con liviandad de una parte á otra, sin contricion verdadera. Mas aquí en el Sacramento del Altar, estás todo presente, Jesús mio, Dios y hombre; en él se coje copioso fruto de eterna salud todas las veces que te reciben digna y devotamente. Y á esto no nos trae ninguna liviandad, ni curiosidad, ó sensualidad; sino la fe firme, la esperanza devota, y la pura caridad.

10. ¡Oh Dios invisible, criador del

mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros! ¡Cuán suave y graciosamente te portas con tus escogidos, á quienes te ofreces á tí mismo en este Sacramento para que te reciban! Esto en verdad excede todo entendimiento; esto especialmente cautiva los corazones de los devotos y enciende su afecto. Porque los verdaderos fieles tuyos, que se disponen para enmendar toda su vida, de este Sacramento dignísimo reciben contínuamente grandísima gracia de devocion y amor de la virtud.

11. ¡Oh admirable y escondida gracia de este Sacramento, la cual conocen solamente los fieles de Cristo! Pero los infieles y los que sirven al pecado, no la pueden gustar. En este Sacramento se da gracia espiritual, se repara en el alma la virtud perdida, y reflorece la hermosura afeada por el pecado. Tanta es algunas veces esta

gracia, que de la abundante devocion que causa, no solo el alma, sino aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.

12. Pero es muy mucho de sentir y de llorar nuestra tibieza y negligencia, porque no nos movemos con mayor afecto á recibir á Cristo, en quien consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar. Porque él es nuestra santificacion y redencion, él nuestro consuelo en esta peregrinacion, y el gozo eterno de los Santos. Y así es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable Sacramento, el cual alegra al cielo, y conserva al universo mundo. ¡Oh ceguedad y dureza del corazon humano, que tan poco atiende á tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido á reparar menos en él!

13. Porque si este sacratísimo Sa-

cramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrase por un solo Sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirian los hombres á aquel lugar y á aquel Sacerdote para verle celebrar los divinos misterios? Mas ahora hay muchos Sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares, para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada Comunion es mas liberalmente difundida por el mundo. Gracias á tí, buen Jesús, pastor eterno, que te dignaste recrearnos á nosotros pobres y desterrados con tu precioso Cuerpo y Sangre; y tambien convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios, diciendo: *Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

CAPITULO II.

De la gran bondad y caridad de Dios para con los hombres en este Sacramento.

EL ALMA.

1. Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia, vengo yo enfermo al médico, hambriento y sediento á la fuente de la vida, pobre al rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado á mi piadoso consolador. ¿Mas de dónde á mí tanto bien, que tú vengas á mí? ¿Quién soy yo, para que te me dés á tí mismo? ¿Cómo se atreve el pecador á parecer delante de tí? ¿Y tú cómo te dignas de venir al pecador? Tú conoces á tu siervo, y sabes que ningun bien tiene por donde pueda merecer que tú le hagas este beneficio. Yo te confieso, pues, mi vi-

leza, reconozco tu bondad, alabo tu piedad, y te doy gracias por tu extremada caridad. Pues así lo haces conmigo, no por mis merecimientos, sino por tí mismo, para darme á conocer mejor tu bondad; para que se me infunda mayor caridad, y se recomiende mas la humildad. Pues así te agrada á tí, y así mandaste que se hiciese; tambien me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien: ojalá que no lo impida mi maldad.

2. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús! ¡Cuánta reverencia y gracias acompañadas de perpétua alabanza te son debidas por habernos dado tu sacratísimo Cuerpo, cuya dignidad ningun hombre es capaz de explicar! Mas ¿qué pensaré en esta comunion, cuando quiero llegarme á mi Señor, á quien no puedo venerar debidamente, y sin embargo deseo recibir con devo-

cion? ¿Qué cosa mejor y mas saludable pensaré, sino humillarme profundamente delante de tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí? Yo te alabo, Dios mio, y deseo que seas ensalzado para siempre. Despréciome, y me rindo á tu majestad en el abismo de mi bajeza.

3. Tú eres el Santo de los Santos, y yo la basura de los pecadores. Tú te bajas á mí, que no soy digno de alzar los ojos para mirarte. Tú vienes á mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas á tu mesa. Tú me quieres dar á comer el manjar celestial, y el Pan de los Angeles; que no es otra cosa por cierto sino tú mismo, Pan vivo, que descendiste del cielo, y das vida al mundo.

4. ¡Cuánto es, pues, tu amor, cuál tu dignacion! ¡y cuántas gracias y alabanzas te son debidas por esto! ¡Oh

cuán saludable y provechoso designio tuviste en la institucion de este Sacramento! ¡Cuán suave es, y cuán agradable este convite, en que te das á tí mismo por manjar! ¡Oh cuán admirables son tus obras, Señor! ¡Cuán poderosa tu virtud! ¡Cuán infalible tu verdad! Pues tú hablaste, y fué hecho el universo; y se hizo lo que tú mandaste.

5. Admirable cosa es, digno objeto de la fe, y superior al entendimiento humano que tú, Señor Dios mio, verdadero Dios y Hombre, estás todo entero debajo de las especies de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe. Tú, Señor de todo, que de nada necesitas, quisiste habitar entre nosotros por medio de este Sacramento. Conserva mi corazon y mi cuerpo sin mancha, para que con alegre y limpia conciencia pueda ce-

lebrar frecuentemente, y recibir para mi eterna salvacion este digno misterio que ordenaste y estableciste principalmente para honra tuya, y memoria contínua.

6. Alégrate, alma mia, y dá gracias á Dios por don tan excelente, y consuelo tan singular, que te fué dejado en este valle de lágrimas. Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio, y recibes el Cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redencion, y te haces participante de todos sus merecimientos. Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua.

7. Por eso te debes preparar siempre con nueva devocion del alma, y pensar con atenta consideracion este gran misterio de salud. Así, te debe parecer tan grande, tan nuevo y agra-

dable cuando celebras ú oyes Misa, como si fuese el mismo dia en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Vírgen se hizo hombre; ó aquel en que puesto en la Cruz, padeció y murió por la salud de los hombres.

CAPITULO III.

Que es provechoso comulgar con frecuencia.

EL ALMA.

1. A tí vengo, Señor, para disfrutar de tu don sagrado, y regocijarme en tu santo convite, que en tu dulzura preparaste, Dios mio, para el pobre. En tí está cuanto puedo y debo desear: tú eres mi salud y redencion, mi esperanza y fortaleza, mi honor y mi gloria. Alegra, pues, hoy el alma de tu siervo, porque á tí, Jesus mio, he levantado mi espíritu. Deseo yo reci-

birte ahora con devocion y reverencia: deseo hospedarte en mi casa, de manera que merezca como Zaquéo tu bendicion, y ser contado entre los hijos de Abraham. Mi alma anhela tu sagrado Cuerpo, mi corazon desea ser unido contigo.

2. Dáte, Señor, á mí, y me basta; porque sin tí ninguna consolacion satisface. Sin tí no puedo existir; y sin tu visitacion no puedo vivir. Por eso me conviene llegarme muchas veces á tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino, si fuere privado de este manjar celestial. Pues tú, benignísimo Jesús, predicando á los pueblos, y curando diversas enfermedades, dijiste: *No quiero consentir que se vayan ayunos á su casa, porque no desmayen en el camino.* Haz, pues, ahora conmigo de esta suerte; pues te quedaste en el Sa-

cramento para consolacion de los fieles. Tú eres suave alimento del alma; y quien te comiere dignamente, será participante y heredero de la gloria eterna. Yo que tantas veces caigo y peco, tan presto me entibio y desmayo, necesito verdaderamente renovarme, purificarme y alentarme por la frecuencia de oraciones y confesiones, y de la sagrada participacion de tu Cuerpo; no sea que absteniéndome de comulgar por mucho tiempo, decaiga de mi santo propósito.

3. Porque las inclinaciones del hombre son hácia lo malo desde su juventud; y si no le socorre la medicina celestial, al punto va de mal en peor. Así es que la santa Comunion retrae de lo malo, y conforta en lo bueno. Y si ahora que comulgo ó celebro soy tan negligente y tibio; ¿qué sucederia si no tomase tal medicina, y si no bus-

case auxilio tan grande? Y aunque no esté preparado cada dia, ni bien dispuesto para celebrar, procuraré sin embargo recibir los divinos misterios en los tiempos convenientes, para hacerme participante de tanta gracia. Porque el principal consuelo del alma fiel mientras peregrina, unida á este cuerpo mortal, es acordarse frecuentemente de su Dios, y recibir á su Amado con devoto corazon.

4. ¡Oh admirable dignacion de tu clemencia para con nosotros, que tú, Señor Dios, criador y vivificador de todos los espíritus, te dignes de venir á una pobrecilla alma, y satisfacer su hambre con toda tu divinidad y humanidad! Feliz espíritu, y dichosa alma, la que merece recibir con devocion á su Dios y Señor, y rebosar así de gozo espiritual. ¡Oh qué Señor tan grande recibe, qué huesped tan amable apo-

senta, qué compañero tan agradable admite, qué amigo tan fiel elige, qué esposo abraza tan noble y tan hermoso; y mas amable que todo cuanto se puede amar ni desear. Callen en tu presencia, mi dulcísimo Amado, el cielo y la tierra con todo su ornato; porque todo cuanto tienen de esplendor y de hermosura, lo han recibido de tu beneficencia; y nunca pueden aproximarse á la gloria de tu nombre, cuya sabiduría es infinita.

CAPÍTULO IV.

Como se conceden muchos bienes á los que devotamente comulgan.

EL ALMA.

1. Señor, Dios mio, preven á tu siervo con las bendiciones de tu dulzura, para que merezca llegar digna y

devotamente á tu sublime Sacramento. Mueve mi corazon hácia tí, y sácame de este grave entorpecimiento: visítame con tu gracia saludable para que pueda gustar en espíritu tu suavidad, cuya abundancia se halla en este Sacramento como en su fuente. Alumbra tambien mis ojos, para que pueda mirar tan alto misterio; y esfuérzame para creerlo con firmísima fe. Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institucion tuya, y no invencion de hombres. Ninguno ciertamente es capaz por sí mismo de entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden. Pues yo pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

2. Señor, con sencillez de corazon, con fe firme y sincera, y por mandado tuyo me acerco á tí con reverencia y confianza; y creo verdaderamente que

estás aquí presente en el Sacramento, como Dios y como hombre. Pues quieres Señor que yo te reciba, y que me una contigo en caridad; por eso suplico á tu clemencia, y pido la gracia especial de que todo me deshaga en tí, y rebose de amor, y que no cuide ya de ninguna otra consolacion. Porque este altísimo y dignísimo Sacramento es la salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen ó disminuyen, dáse mayor gracia, la virtud comenzada crece, confírmase la fe, esfuérzase la esperanza, y se enciende y dilata la caridad.

3. Porque muchos bienes has dado y das siempre en este Sacramento á tus amados, que devotamente comulgan, Dios mio, huésped de mi alma, reparador de la enfermedad humana,

y dador de toda consolacion interior. Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á esperar tu proteccion, y con una nueva gracia los recreas y alumbras interiormente; y así los que antes de la comunion estaban inquietos y sin devocion; despues, recreados con este sustento celestial, se hallan muy mejorados. Y esto lo haces de gracia con tus escogidos, para que conozcan verdaderamente y experimenten á las claras, cuánta flaqueza tienen de sí mismos, y cuán grande bondad y gracia alcanzan de tu clemencia. Porque siendo de sí mismos frios, duros é indevotos; de tí reciben el estar fervorosos, devotos y alegres. ¿Pues quién llegando humildemente á la fuente de la suavidad, no vuelve con algo de dulzura? ¿O quién está cerca de un

gran fuego, que no reciba algun calor? Tú eres fuente llena, que siempre mana y rebosa; fuego que de contínuo arde, y nunca se apaga.

4. Por esto, si no me es dado sacar agua de la abundancia de la fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la boca del caño celestial, para que á lo menos reciba de allí alguna gotilla, para templar mi sed, y no secarme enteramente. Y si no puedo ser todo celestial, y tan abrasado como los Querubines y Serafines, trabajaré á lo menos por hacerme devoto, y disponer mi corazon para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio, mediante la humilde comunion de este vivífico Sacramento. Pero todo lo que me falta, buen Jesús, Salvador santísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar á todos, di-

ciendo: *Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

5. Yo, pues, trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor de corazon, estoy cargado de pecados, combatido de tentaciones, envuelto y oprimido de muchas pasiones, y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino tú, Señor Dios, Salvador mio, á quien me encomiendo, y todas mis cosas, para que me guardes y lleves á la vida eterna. Recíbeme para honra y gloria de tu nombre; pues me dispusiste tu Cuerpo y Sangre en manjar y bebida. Concédeme, Señor Dios, Salvador mio, que crezca el afecto de mi devocion con la continuacion de este misterio.

CAPITULO V.

De la dignidad del Sacramento, y del estado sacerdotal.

JESUCRISTO.

1. Aunque tuvieses la pureza de los Angeles, y la santidad de san Juan Bautista, no serias digno de recibir ni manejar este Sacramento. Porque no cabe en merecimiento humano, que el hombre consagre y tenga en sus manos el Sacramento de Cristo, y coma el pan de los Angeles. Grande es este misterio, y grande es la dignidad de los Sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los Angeles. Pues solos los Sacerdotes ordenados en la Iglesia, tienen poder de celebrar y consagrar el Cuerpo de Jesucristo. El Sacerdote es ministro de Dios, cuyas

palabras usa por su mandamiento y ordenacion; mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, á cuya voluntad todo está sujeto, y á cuyo mandamiento todo obedece.

2. Así pues, debes creer á Dios todopoderoso en este sublime Sacramento mas que á tus propios sentidos, y á las señales visibles. Y por eso debe el hombre llegar á este misterio con temor y reverencia. Reflexiona sobre tí mismo, y mira qué tal es el ministerio que te ha sido encomendado por la imposicion de las manos del obispo. Has sido hecho Sacerdote, y ordenado para celebrar: cuida pues, de ofrecer á Dios este sacrificio con fe y devocion en el tiempo conveniente y de mostrarte irreprensible. No has aliviado tu carga; antes bien estás atado con mas estrecho vínculo, y obligado á mayor perfeccion de santidad. El Sa-

cerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida. Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes; sino como el de los Angeles en el cielo, ó el de los varones perfectos en la tierra.

3. El Sacerdote vestido de las vestiduras sagradas, tiene el lugar de Cristo para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo. El tiene la señal de la cruz de Cristo delante de sí, y en las espaldas, para que contínuamente tenga memoria de su sacratísima Pasion. Delante de sí en la casulla trae la cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo, y estudie en seguirle con fervor. En las espaldas está tambien señalado de la cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualquiera injuria que otro le hiciere. La cruz lleva delante,

para que llore sus pecados: y detrás la lleva para llorar por compasion los ajenos, y para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina. Cuando el Sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los Angeles, y edifica á la Iglesia; ayuda á los vivos, da descanso á los difuntos, y hácese participante de todos los bienes.

CAPÍTULO VI.

Ejercicios para antes de la comunion.

EL ALMA.

1. Señor, cuando pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y me hallo confuso. Porque si no me llego á tí, huyo de la vida; y si indig-

namente me atrevo incurro en tu ofensa. ¿Pues qué haré, Dios mio, ayudador mio, consejero mio en las necesidades?

2. Enséñame tú el camino derecho: proponme algun ejercicio conveniente para la sagrada Comunion. Porque es útil saber de que modo deba yo preparar mi corazon devotamente y con reverencia, para recibir saludablemente tu Sacramento, ó para celebrar tan grande y divino Sacrificio.

CAPÍTULO VII.

Del exámen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda.

JESUCRISTO.

1. Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, manejar y recibir este Sa-

cramento con grandísima humildad de corazon, y con devota reverencia, con entera fe y con piadosa intencion de la honra de Dios. Examina diligentemente tu conciencia, y segun tus fuerzas, límpiala y adórnala con verdadero dolor y humilde confesion; de manera que no tengas ó sepas cosa grave que te remuerda, y te impida llegar libremente al Sacramento. Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y por las faltas diarias duélete y gime mas particularmente. Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios todas las miserias de tus pasiones en lo secreto de tu corazon.

2. Llora y duélete de que aun eres tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencia. Tan poco diligente en la guarda de los sentidos exteriores, tan envuelto muchas

veces en vanas imaginaciones. Tan inclinado á las cosas exteriores, tan negligente en las interiores. Tan fácil á la risa y á la disipacion, tan duro para las lágrimas y la compuncion. Tan dispuesto á la relajacion y regalos de la carne, tan perezoso al rigor y al fervor. Tan curioso para oir novedades y ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las humildes y despreciadas. Tan codicioso de tener mucho, tan encogido en dar, tan avariento en retener. Tan inconsiderado en hablar, tan poco detenido en callar, tan descompuesto en las costumbres, tan indiscreto en las obras. Tan desordenado en el comer, tan sordo á las palabras de Dios. Tan presto para holgarte, tan tardío para trabajar. Tan despierto para oir hablillas y cuentos, y tan soñoliento para velar en oracion. Tan impaciente por llegar al fin, y tan

vago en la atencion. Tan negligente en el rezo, tan tibio en la Misa, tan indevoto en la comunion. Tan á menudo distraido, tan raras veces enteramente recogido. Tan prontamente conmovido á la ira, tan fácil para disgustar á los demás. Tan propenso á juzgar, tan riguroso en reprender. Tan alegre en la prosperidad, tan abatido en la adversidad. Tan fecundo en buenos propósitos, y tan estéril en ponerlos por obra.

3. Despues de haber confesado y llorado estos y otros defectos con dolor y gran disgusto de tu propia fragilidad, propon firmemente de enmendar siempre tu vida, y mejorarla de allí adelante. En seguida, abandonándote á mí con absoluta y entera voluntad, ofrécete á tí mismo para gloria de mi nombre en el altar de tu corazon, como sacrificio perpétuo, encomendán-

dome á mí con entera fe el cuidado de tu cuerpo y de tu alma. Para que de esta manera merezcas llegar dignamente á ofrecer el santo Sacrificio, y recibir saludablemente el Sacramento de mi Cuerpo.

4. Pues no hay ofrenda mas digna, ni mayor satisfaccion para borrar los pecados, que ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios con el sacrificio del Cuerpo de Cristo en la Misa y comunion. Si el hombre hiciere lo que está de su parte, y se arrepintiere verdaderamente, cuantas veces acudiere á mí por perdon y gracia: *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, porque no me acordaré mas de sus pecados; sino que todos le serán perdonados.*

CAPÍTULO VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion.

JESUCRISTO.

1. Así como yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados á Dios Padre con las manos estendidas en la cruz, y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios; así debes tú tambien ofrecérteme cada dia en la Misa en ofrenda pura y santa, cuanto mas entrañablemente puedas, con toda tu voluntad, y con todas tus fuerzas y deseos. ¿Qué otra cosa quiero de tí, mas que el que te entregues á mí sin reserva? Cualquier cosa que me des sin tí, no gusto de ella; porque no quiero tu don, sino á tí mismo.

2. Así como no te bastarian todas las cosas sin mí; así no puede agradarme á mí cuanto me ofrecieres sin tí. Ofrécete á mí y dáte todo por Dios, y será muy acepto tu sacrificio. Mira como yo me ofrecí todo al Padre por tí; y tambien te dí todo mi cuerpo y sangre en manjar, para ser todo tuyo, y que tú quedases todo mio. Mas si tú estás pegado á tí mismo, y no te ofreces de buena gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la union. Por eso á todas tus obras debe preceder el ofrecimiento voluntario de tí mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia. Porque por eso tan pocos se hacen varones ilustrados y libres en lo interior, porque no saben del todo negarse á sí mismos. Esta es mi firme sentencia: Que *no puede ser mi discípulo el que no*

renunciare todas las cosas. Por lo cual, si tú deseas serlo ofrécete á tí mismo con todos tus deseos.

CAPÍTULO IX.

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos.

EL ALMA.

1. Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra. Yo deseo ofrecérteme de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre. Señor, con sencillez de corazon me ofrezco hoy á tí por siervo perpétuo, en obsequio y sacrificio de eterna alabanza. Recíbeme con este santo Sacrificio de tu precioso Cuerpo, que te ofrezco, hoy en presencia de los Angeles que están asistiendo invisiblemente, para que lo recibas por mi salud y la de todo el pueblo.

2. Señor, yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados y delitos, cuantos he cometido en tu presencia y de tus santos Angeles desde el dia que comencé á pecar hasta hoy, para que tú los abrases todos juntos, y los quemes con el fuego de tu caridad, quites todas las manchas de ellos, limpies mi conciencia de todo delito, y me vuelvas á tu gracia que perdí por el pecado, perdonándomelos todos enteramente, y admitiéndome misericordiosamente al ósculo de tu paz y amistad.

3. ¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando é implorando tu misericordia sin cesar? Yo la imploro, pues, en tu divino acatamiento; óyeme propicio, Dios mio. Aborrezco mucho todos mis pecados, y no quiero ya cometerlos jamás: me arrepiento de ellos, y en

cuanto yo viviere me pesará mucho de haberlos cometido. Dispuesto estoy para hacer penitencia, y satisfacer segun mis fuerzas. Oh Dios, perdona, perdona mis pecados por tu santo nombre. Salva mi alma que redimiste con tu preciosa sangre. Vesme aquí, que me pongo en manos de tu misericordia, me resigno en tu voluntad. Haz conmigo segun tu bondad, y no segun mi malicia é iniquidad.

4. Tambien te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque muy pocos é imperfectos, para que tú los enmiendes y santifiques, para que los hagas agradables y aceptos á tí, y los perfecciones; y á mí, hombrezuelo inútil y perezoso, me lleves á un santo y bienaventurado fin.

5. Tambien te ofrezco todos los santos deseos de los devotos, y las necesidades de mis padres, amigos, herma-

nos, parientes, y de todos mis conocidos, y de cuantos me han hecho bien á mí y á otros por tu amor. Y de todos los que desearon y pidieron que yo orase, ó dijese Misa por ellos, y por todos los suyos, vivos y difuntos. Para que todos sientan el favor de tu gracia, el auxilio de tu consolacion, la proteccion en los peligros, y el alivio en los trabajos; para que libres de todos los males, te den muy alegres y cordialísimas gracias.

6. Tambien te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciacion, especialmente por los que en algo me han enojado ó vituperado, ó me han hecho algun daño ó agravio; y por todos los que yo enojé, turbé, agravié y escandalicé, por palabra, por obra, por ignorancia, ó advertidamente; para que tú nos perdones á todos nuestros pecados y ofensas recíprocas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda mala sospecha, toda ira, indignacion y contienda, y cuanto puede estorbar la caridad, y disminuir el amor del prójimo. Misericordia, misericordia, Señor, dá tu misericordia á los que la piden, y tu gracia á los que la necesitan, y haz que vivamos de tal modo que seamos dignos de gozar de tu gracia, y aprovechemos para la vida eterna. Amen.

CAPÍTULO X.

No se debe dejar fácilmente la sagrada Comunion.

JESUCRISTO.

1. Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la misericordia divina; á la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas sanar

de tus pasiones y vicios, y merezcas hacerte mas fuerte y mas despierto contra todas las tentaciones y engaños del demonio. El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada Comunion, trabaja cuanto, puede sin perder medio ni ocasion por retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2. Así sucede con algunos, que cuando piensan en prepararse para la sagrada Comunion, entonces padecen peores tentaciones de Satanás que antes. Este espíritu maligno se mete entre los hijos de Dios, como se dice en el libro de Job, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos excesivamente tímidos y perplejos; y de este modo entibiar su devocion, ó quitarles la fe con las impugnaciones que les sugiere, por si acaso consigue así que dejen del todo la Comunion, ó

se lleguen á ella con tibieza. Mas no debemos cuidar de sus astucias y tentaciones, por mas torpes y espantosas que sean, sino rechazar contra él mismo los fantasmas abominables que nos representa. Despreciarse debe este desdichado, y burlarse de él: y no dejar la sagrada Comunion por todos sus acometimientos, y por las turbaciones que levantare.

3. Muchas veces estorba tambien la demasiada ansia de tener devocion, y cierta inquietud por confesarse bien. Haz en esto lo que te aconsejen los sabios, y deja el ansia y el escrúpulo, porque impide la gracia de Dios, y destruye la devocion del alma. No dejes la sagrada Comunion por alguna pequeña tribulacion ó pesadumbre; sino vete luego á confesar, y perdona de buena gana todas las ofensas que te han hecho. Y si tú has ofendido á

alguno, pídele perdon con humildad, y Dios te perdonará tambien de buena voluntad.

4. ¿De qué sirve retardar mucho la confesion, ó diferir la sagrada Comunion? Límpiate cuanto antes, escupe luego el veneno, toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo. Si hoy la dejas por alguna causa, mañana te puede acaecer otra mayor; y así te apartarás mucho tiempo de la Comunion, y despues estarás menos dispuesto. Lo mas presto que pudieres sacude tu pereza é inaccion: porque nada se gana con angustiarse é inquietarse largo tiempo, y apartarse del divino Sacramento por obstáculos diarios. Al contrario, daña mucho el dilatar demasiado la Comunion; porque esto suele causar un grave entorpecimiento. Pero ¡oh dolor! algunos tibios y disipa-

dos dilatan con gusto la confesion, y desean retardar la sagrada Cómunion, por no verse obligados á guardar su alma con mayor cuidado.

5. ¡Oh cuán poca caridad y flaca devocion tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada Comunion! ¡Cuán bienaventurado es, y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y guarda su conciencia con tanta pureza, que esté dispuesto á comulgar cada dia, y muy deseoso de hacerlo así, si le conviniese y no fuese notado! El que se abstiene algunas veces por humildad ó por alguna causa legítima, es de alabar por su respeto. Mas si poco á poco le entrare la tibieza, debe despertarse á sí mismo, y hacer lo que esté de su parte, y el Señor ayudará su deseo, por la buena voluntad, que es la que especialmente atiende.

6. Mas cuando estuviere legítima-

mente impedido, tenga siempre buena voluntad y devota intencion de comulgar, y así no carecerá del fruto del Sacramento. Porque cualquier devoto puede cada dia y cada hora comulgar espiritualmente con fruto. Mas en ciertos dias, y en el tiempo mandado, debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar mas bien la gloria y honra de Dios, que su propia consolacion. Porque tantas veces comulga místicamente, y se alimenta invisiblemente su espíritu, cuantas se acuerda con devocion del misterio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, y se enciende en su amor.

7. El que no se prepara sino al acercarse la fiesta, ó cuando le fuerza la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado. Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio

cuantas veces celebra ó comulga. No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar; sino guarda el medio justo y ordinario de los demás con quienes vives. No debes causar á los otros molestia ni enfado, sino ir por el camino ordinario de los mayores, y mirar mas al aprovechamiento de los otros, que á tu propia devocion y afecto.

CAPÍTULO XI.

El cuerpo de Cristo y la sagrada Escritura son muy necesarias al alma fiel.

EL ALMA.

1. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Cuánta es la dulzura del alma devota, que se regala contigo en tu banquete donde no se le presenta otro manjar que á su único amado, apetecible sobre todos los deseos de su corazon! Seria cierta-

mente muy dulce para mí derramar en tu presencia copia de lágrimas afectuosas, y regar con ellas tus piés como la piadosa Magdalena. Mas ¿ dónde está ahora esta devocion? ¿ Dónde el copioso derramamiento de devotas lágrimas? Por cierto en tu presencia, y de tus santos Angeles, todo mi corazon debiera encenderse, y llorar de gozo. Porque en el Sacramento te tengo verdaderamente presente; aunque encubierto bajo de otra especie.

2. Porque el mirarte en tu propia y divina claridad no podrian mis ojos resistirlo, ni el mundo entero subsistiria ante el resplandor de la gloria de tu majestad. Tienes pues consideracion á mi imbecilidad, cuando te ocultas bajo de este Sacramento. Yo tengo verdaderamente y adoro al mismo á quien adoran los Angeles en el cielo: mas yo solo con la fe por ahora, ellos

claramente, y sin velo. Debo yo contentarme con la luz de una fe verdadera, y andar con ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y desaparezcan las sombras de las figuras. Mas cuando llegue este perfecto estado, cesará el uso de los Sacramentos; porque los Bienaventurados en la gloria no necesitan de medicina sacramental; sino que están siempre absortos de gozo en la presencia de Dios, contemplando cara á cara su gloria; y trasladados de esta claridad al abismo de la claridad de Dios, gustan el Verbo encarnado, como fué en el principio, y permanecerá eternamente.

3. Acordándome de estas maravillas, cualquier contento, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tedio; porque mientras no veo claramente á mi Señor en su gloria, en nada estimo cuanto en el mundo veo y

oigo. Tú, Dios mio, me eres testigo de que ninguna cosa me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso sino tú, Dios mio, á quien deseo contemplar eternamente. Pero esto no es posible mientras vivo en carne mortal. Por eso debo tener mucha paciencia, y sujetarme á tí en todos mis deseos. Porque tambien tus Santos, que ahora se regocijan contigo en el reino de los cielos, cuando vivian en este mundo, esperaban con gran fe y paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron, creo yo: lo que esperaron, espero: adonde llegaron ellos finalmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar. Entretanto caminaré con la fe, confortado con sus ejemplos. Tambien tendré los libros santos, para consolacion y espejo de la vida; y sobre todo esto, el Cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio.

4. Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podria soportar esta vida miserable. Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son, mantenimiento y luz. Dísteme, pues, como á enfermo tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y además me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos. Sin estas dos cosas yo no podria vivir bien; porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu Sacramento el pan que le da vida. Estas se pueden llamar dos mesas colocadas á uno y otro lado en el tesoro de la santa Iglesia. Una es la mesa del sagrado Altar, donde está el pan santificado: esto es, el precioso cuerpo de Cristo. Otra es de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fe, y nos con-

duce con seguridad hasta lo mas interior del velo donde está el Santo de los Santos. Gracias te doy, Jesús mio, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles, y los otros doctores.

5. Gracias te doy, Criador y Redentor de los hombres, de que para manifestar á todo el mundo tu caridad, dispusiste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo: sino tu santísimo cuerpo y sangre: alegrando á todos los fieles, y embriagándolos con el cáliz saludable en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del paraíso, y donde los santos ángeles comen con nosotros; aunque gustan una suavidad mas feliz.

6. ¡Oh cuán grande y honorífico es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es concedido consagrar al Señor de la

majestad con las palabras sagradas, bendecirlo con sus labios, tenerlo en sus manos, recibirlo en su propia boca, y servirlo á los demás! ¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán inmaculado el corazon del sacerdote, donde tantas veces entra el autor de la pureza! De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil, pues tan contínuamente recibe el Santísimo Sacramento.

7. Deben ser simples y castos los ojos acostumbrados á mirar el Cuerpo de Cristo: puras y levantadas al cielo las manos que tocan al Criador del cielo y de la tierra. A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, porque yo vuestro Dios y Señor soy santo.*

8. ¡Oh Dios todopoderoso! ayúde-

nos tu gracia á los que hemos recibido el oficio sacerdotal, para que podamos servirte digna y devotamente con toda pureza y buena conciencia. Y si no podemos proceder con tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los pecados que hemos cometido, y de aquí adelante servirte con mayor fervor, con espíritu de humildad, y con buena y constante voluntad.

CAPÍTULO XII.

Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.

JESUCRISTO.

1. Yo soy amante de la pureza y dador de toda santidad. Yo busco un corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso. Prepárame una sala grande

y adornada, y celebraré contigo la Pascua con mis discípulos. Si quieres que vaya á tí y me quede contigo, arroja de tí la levadura vieja, y limpia la morada de tu corazon. Desecha de tí todo el mundo, y todo el ruido de los vicios: siéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus excesos con amargura de tu alma. Pues cualquier persona que ama, dispone á su amado el mejor y mas aliñado lugar; porque en esto se conoce el amor del que hospeda al amado.

2. Pero sábete, que no puedes alcanzar esta preparacion con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero, y no pensases en otra cosa. Mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi Mesa: como si un rico convidase, é hiciese comer con él á un pobre mendigo que no tuviese otra cosa para pagar este beneficio,

sino humildad y agradecimiento. Haz lo que esté de tu parte, y hazlo con mucha diligencia, no por costumbre, ni por necesidad; sino con temor, reverencia y amor recibe el Cuerpo de Jesucristo, tu amado Dios y Señor que se digna venir á tí. Yo soy el que te llamé, y mandé que vinieses, yo supliré lo que te falta; ven y recíbeme.

3. Cuando yo te concedo afectos de devocion, dá gracias á tu Dios: no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de tí. Si no sientes devocion, y te hallas muy seco; persevera en la oracion, gime, llama, y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, ó una gota de gracia saludable. Tú me necesitas á mí; no yo á tí. Ni tú vienes á santificarme á mí; sino que yo vengo á santificarte y mejorarte. Tú vienes para que seas por mí santificado, y unido conmigo, para que re-

cibas nueva gracia, y te enfervorices de nuevo para la enmienda. No desprecies esta gracia, mas prepara con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí á tu Amado.

4. Mas conviene que no solo procures la devocion antes de comulgar, sino que tambien la conserves con cuidado despues de recibido el Sacramento. Ni es menos necesario despues el recogimiento y vigilancia, que lo es antes la devota preparacion; porque el cuidado que despues se tiene, es la mejor disposicion para recibir nuevamente mayor gracia. Y al contrario, se indispone para ella el que luego se entrega con exceso á las complacencias exteriores. Guárdate de hablar mucho, recójete á algun lugar secreto, y goza de tu Dios; pues tienes al que no te puede quitar todo el mundo. Yo soy á quien te debes entregar sin re-

serva; de manera, que ya no vivas en tí, sino en mí sin cuidado alguno.

CAPÍTULO XIII.

Como el alma devota debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el Sacramento.

JESUCRISTO.

1. ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo, para abrirte todo mi corazon, y gozarte como mi alma desea; y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva ú ocupe mi atencion; sino que tú solo me hables, y yo á tí, como se hablan dos que mútuamente se aman; ó como se regocijan dos amigos entre sí? Lo que pido, lo que deseo, es unirme á tí enteramente, desviar mi corazon de todas las cosas criadas, y aprender á gustar las celestiales y eternas por medio de la

sagrada Comunion y frecuente celebracion. Ay Dios mio, ¿cuándo estaré absorto y enteramente unido á tí, y del todo olvidado de mí? ¿Cuándo me concederás estar tú en mí, y yo en tí, y permanecer así unidos eternamente?

2. En verdad tú eres mi amado, escogido entre millares, con quien mi alma desea estar todos los dias de su vida. Tú eres verdaderamente el autor de mi paz: en tí está la suma tranquilidad, y el verdadero descanso: fuera de tí todo es trabajo, dolor, y miseria infinita. Verdaderamente eres tú el Dios escondido que no te comunicas á los malos, sino que tu conversacion es con los humildes y sencillos. ¡Oh Señor, *cuán suave es tu espíritu, pues para manifestar tu dulzura para con tus hijos, te dignaste mantenerlos con el pan suavísimo bajado del cielo! Verdaderamente no hay otra nacion tan*

grande, que tenga dioses que tanto se le acerquen, como tú, Dios nuestro, te acercas á todos tus fieles; á quienes te das para que te coman y disfruten; y así perciban un contínuo consuelo, y levanten su corazon á los cielos.

3. Porque ¿dónde hay gente alguna tan ilustre como el pueblo cristiano? ¿Oh qué criatura hay debajo del cielo tan amada, como el alma devota, á quien se comunica Dios para apacentarla con su gloriosa carne? ¿Oh inefable gracia! ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre! ¿Pues qué daré yo al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande? No hay cosa mas agradable que yo le pueda dar, que mi corazon todo entero, para que esté unido con él íntimamente. Entonces se alegrarán todas mis entrañas, cuando mi alma estuviere

perfectamente unida á Dios. Entonces me dirá: *Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo.* Y yo le responderé: *Dignate, Señor, quedarte conmigo, pues yo quiero de buena gana estar contigo.* Este es todo mi deseo, que mi corazon esté contigo unido.

CAPÍTULO XIV.

Del ansia con que algunos devotos desean el Cuerpo de Cristo.

EL ALMA.

1. Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que reservaste para los que te temen! Cuando me acuerdo de algunos devotos que se llegan á tu Sacramento con dignísima devocion y afecto, me confundo muchas veces, y me avergüenzo de mí mismo al ver que llego tan tibio y tan

frio á tu altar, y á la mesa de la sagrada Comunion. Que me quedo tan seco, y sin dulzura de corazon: que no estoy todo encendido delante de tí, Dios mio, ni atraido y poseido de amor tan vehemente, como otros muchos devotos; que por el gran deseo de comulgar, y por el amor sensible de su corazon, no pudieron detener las lágrimas: sino que con la boca del corazon y del cuerpo anhelaban afectuosamente á tí, Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar, ni hartar su hambre de otro modo, sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo, y ansia espiritual.

2. ¡Oh verdadera y ardiente fe la suya: prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este Sacramento! Estos son verdaderamente los que conocen á su Señor en el partir del pan; pues su corazon arde en ellos tan vivamen-

te, porque Jesús anda en su compañía. Lejos está de mí muchas veces semejante afecto y devocion, tan grande amor y fervor. Séme, buen Jesús, propicio, dulce y benigno, y concede á este tu pobre mendigo, siquiera alguna vez, sentir en la santa Comunion un poco de afecto entrañable de tu amor, para que mi fe se fortalezca, crezca la esperanza en tu bondad, y la caridad una vez perfectamente encendida y experimentada del maná celestial, nunca desfallezca.

3. Poderosa es tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y visitarme clementísimamente con este espíritu de fervor el dia que tuvieres por bien. Y aunque no me hallo inflamado del gran deseo de tus especiales devotos, quiero á lo menos con tu gracia tener tan fervoroso deseo; y pido, y deseo ser participante de los que tan

fervorosamente te aman, y ser contado en su número.

CAPÍTULO XV.

Que la devocion se alcanza con la humildad y abnegacion de sí mismo.

JESUCRISTO.

1. Debes buscar con diligencia la gracia de la devocion, pedirla con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar solícitamente con ella, y dejar á Dios el tiempo y el modo en que se digne visitarte. Te debes humillar en especial cuando sientes interiormente poca ó ninguna devocion; mas no te abatas demasiado, ni te entristezcas desordenadamente. Dios da muchas veces en un instante lo que negó largo tiempo. Tam-

bien da algunas veces al fin de la oracion lo que dilató desde el principio.

2. Si siempre se nos diese la gracia sin dilacion, y á medida de nuestro deseo, no podria abrazarla bien el hombre flaco. Por eso la debes esperar con segura confianza y humilde paciencia: y cuando no te es concedida, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á tí mismo y á tus pecados. Algunas veces es bien pequeña cosa la que impide y esconde la gracia, si es que se debe llamar poco y no mucho lo que tanto bien estorba. Mas si aquello poco ó mucho apartares, y perfectamente vencieres, tendrás lo que suplicaste.

3. Porque luego que te entregares á Dios de todo tu corazon, y no buscares cosa alguna por tu propio gusto; sino que del todo te pusieres en sus manos, te hallarás recogido y sosegado: porque nada te agradará, ni te sa-

brá tan bien como el beneplácito de la divina voluntad. Cualquiera, pues, que levantare su intencion á Dios con sencillo corazon, y se despojare de todo amor, ú odio desordenado de cualquier cosa criada, estará muy bien dispuesto para recibir la divina gracia, y se hará digno del don de la devocion. Porque el Señor echa su bendicion donde halla los vasos vacíos. Y cuanto mas perfectamente renunciare alguno las cosas bajas, y estuviere muerto á sí mismo por su propio desprecio; tanto mas presto viene la gracia, mas copiosamente entra, y mas arriba levanta el corazon ya libre.

4. Entonces verá, y abundará, y se maravillará, y dilatará su corazon; porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente en sus manos para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca á Dios

con todo su corazon, y no ha recibido su alma en vano. Este, cuando recibe la santa Comunion, merece la singular gracia de la union divina: porque no mira á su propia devocion y consuelo; sino sobre todo á la gloria y honra de Dios.

CAPÍTULO XVI.

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia.

EL ALMA.

1. ¡Oh dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo recibir ahora devotamente! tú conoces mi flaqueza, y la necesidad que padezco; en cuántos males y vicios estoy abismado, cuántas veces me veo agobiado, tentado, turbado y amancillado. A tí vengo por remedio, á tí acudo por consuelo y ali-

vio. Hablo á quien todo lo sabe; á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazon, y á quien solo me puede consolar y ayudar perfectamente. Tú sabes los bienes que mas falta me hacen, y cuán pobre soy en virtudes.

2. Vésme aquí delante de tí, pobre y desnudo, pidiendo gracia, é implorando misericordia. Dá de comer á este tu hambriento mendigo; enciende mi frialdad con el fuego de tu amor; alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia. Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario en paciencia; todo lo ínfimo y criado en menosprecio y olvido. Levanta mi corazon á tí en el cielo, y no me dejes andar vagando por la tierra. Tú solo me seas dulce desde ahora para siempre; pues tú solo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3. ¡Oh si me encendieses todo con tu presencia, y me abrasases y trasformases en tí, para ser un espíritu contigo por la gracia de la union interior, y por la efusion de un amor abrasado! No consientas que me separe de tí ayuno y seco; sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus Santos de un modo admirable. ¡Qué extraño seria que yo me abrasase todo en tu amor, sin acordarme de mí, siendo tú fuego que siempre arde, y nunca cesa; amor que limpia los corazones, y alumbra el entendimiento!

CAPÍTULO XVII.

Del amor fervoroso, y vehemente deseo de recibir á Cristo.

EL ALMA.

1. Con suma devocion, y abrasado amor, con todo el afecto y fervor del corazon deseo, Señor, recibirte en la Comunion, como lo desearon muchos Santos y personas devotas que te agradaron mucho con la santidad de su vida, y tuvieron devocion ardentísima. ¡Oh Dios mio, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! deseo recibirte con el deseo mas vehemente, y con la reverencia mas digna, cual jamás tuvo ni pudo sentir ninguno de los Santos.

2. Y aunque yo soy indigno de tener aquellos sentimientos devotos, te

ofrezco todo el afecto de mi corazon, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos. Y cuanto puede el alma piadosa concebir y desear, todo te lo presento y ofrezco con humildísima reverencia, y con entrañable fervor. Nada deseo reservar para mí, sino ofrecerme en sacrificio con todas mis cosas, voluntariamente y con el mayor afecto. Señor, Dios mio, Criador y Redentor mio, con tal afecto, reverencia, honor y alabanza, con tal agradecimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y pureza deseo recibirte hoy, como te recibió y deseó tu santísima Madre la gloriosa vírgen María, cuando respondió humilde y devotamente al Angel que le anunció el misterio de la Encarnacion: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

3. Y como el bienaventurado san

Juan Bautista, tu precursor, y el mayor de los Santos, cuando aun estaba encerrado en el vientre de su madre, dió saltos de alegría en tu presencia con gozo del Espíritu Santo; y despues viéndote Jesús mio, conversar entre los hombres, con devoto y humildísimo afecto decia: *El amigo del Esposo, que está en su presencia y le oye, se regocija mucho al oir la voz del Esposo:* así deseo yo estar inflamado de grandes y santos deseos, y presentarme á tí con todo el afecto de mi corazon. Por eso te ofrezco y dedico los júbilos de todos los corazones devotos, los vivísimos afectos, los embelesos espirituales, las soberanas iluminaciones, las visiones celestiales, y todas las virtudes y alabanzas con que te han celebrado y pueden celebrar todas las criaturas en el cielo y en la tierra; recíbelo todo por mí, y por todos los

encomendados á mis oraciones, para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4. Recibe Señor, Dios mio, mis deseos y ansias de darte infinita alabanza y bendicion inmensa, los cuales te son justísimamente debidos, segun la multitud de tu inefable grandeza. Esto te ofrezco ahora, y deseo ofrecerte cada dia, y cada momento: y convido y ruego con instancia y afecto á todos los espíritus celestiales, y á todos tus fieles á que te alaben y te den gracias juntamente conmigo.

5. Alábente todos los pueblos, todas las tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con sumo regocijo é inflamada devocion. Merezcan hallar tu gracia y misericordia todos los que con reverencia y devocion celebran tu altísimo Sacramento, y con entera fe lo reciben; y rueguen á

Dios humildemente por mí, pecador. Y cuando hubieren gozado de la devocion y union deseada, y se partieren de la mesa celestial, muy consolados, y maravillosamente recreados, tengan por bien acordarse de este pobre.

CAPÍTULO XVIII.

Que el hombre no debe ser curioso en examinar este Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada fe.

JESUCRISTO.

1. Guárdate de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo Sacramento, si no te quieres ver anegado en un abismo de dudas. *El que es escudriñador de la Majestad, será abrumado de su gloria.* Mas puede obrar Dios, que el hombre entender. Lícito

es sin embargo el piadoso y humilde exámen de la verdad, dispuesto siempre para ser enseñado, y cuidadoso de caminar por las sendas rectas y sanas doctrinas de los santos Padres.

2. Bienaventurada la sencillez que dejando los ásperos caminos de las cuestiones, va por la senda llana y segura de los mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devocion, queriendo escudriñar las cosas sublimes. Fe se te pide, y buena vida, no elevacion de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes ni comprendes las cosas mas triviales ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance? Sujétate á Dios, y humilla tu juicio á la fe, y se te dará la luz de la ciencia, segun te fuere útil y necesaria.

3. Algunos son gravemente tentados contra la fe en este Sacramento,

mas esto no se ha de imputar á ellos; sino al enemigo. No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que el diablo te sugiere; sino cree en las palabras de Dios, cree á sus Santos y á sus Profetas, y huirá de tí el malvado enemigo. Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios el padecer estas tentaciones. Pues no tienta el demonio á los infieles y pecadores á quienes ya tiene seguros; sino que tienta y atormenta de diversas maneras á los fieles y devotos.

4. Acércate, pues, con una fe firme y sencilla, y llégate al Sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo con seguridad á Dios todopoderoso. Dios no te engaña: el que se engaña es el que cree á sí mismo demasiadamente. Dios anda con los sencillos; se descubre á

los humildes y da entendimiento á los pequeños: alumbra á las almas puras, y esconde su gracia á los curiosos y soberbios. La razon humana es flaca, y puede engañarse; mas la fe verdadera no puede ser engañada.

5. Toda razon y discurso natural debe seguir á la fe, y no ir delante de ella, ni destruirla. Porque la fe y el amor muestran aquí mucho su excelencia, y obran secretamente en este santísimo y excelentísimo Sacramento. El Dios eterno, inmenso, y de poder infinito, hace cosas grandes é inexcrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras admirables se ocultan á toda investigacion. Si tales fuesen las obras de Dios, que fácilmente se pudiesen comprender por la razon humana, no serian inefables, ni maravillosas.

Fin.

ÍNDICE.

PÁGS.

Al benévolo Lector. 5
Compendio de la vida del V. Tomás de Kempis, Canónigo Reglar de san Agustin. 13

LIBRO PRIMERO.

AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

CAP. I.—De la imitacion de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo. 23
CAP. II.—Del bajo aprecio de sí mismo. 26
CAP. III.—De la doctrina de la verdad. 29
CAP. IV.—De la prudencia en las acciones. 34
CAP. V.—De la leccion de las santas Escrituras. 35
CAP. VI.—De los deseos desordenados. 37

CAP. VII.—Como se ha de huir la vana esperanza y la soberbia. . . . 38
CAP. VIII.—Como se ha de evitar la mucha familiaridad. 40
CAP. IX.—De la obediencia y sujecion. 42
CAP. X.—Como se ha de cercenar la demasía de las palabras. 44
CAP. XI.—Como se debe adquirir la paz, y del celo de aprovechar. . . 46
CAP. XII.—Del provecho de las adversidades. 50
CAP. XIII.—Como se ha de resistir á las tentaciones. 51
CAP. XIV.—Como se deben evitar los juicios temerarios. 57
CAP. XV.—De las obras hechas por caridad. 59
CAP. XVI.—Del sufrimiento de los defectos ajenos. 61
CAP. XVII.—De la vida monástica. . 63
CAP. XVIII.—Del ejemplo de los santos Padres. 65
CAP. XIX.—De los ejercicios del buen religioso. 69
CAP. XX.—Del amor de la soledad y silencio. 74
CAP. XXI.—De la compuncion del co-

razon. 80
CAP. XXII.—Consideracion de la miseria humana. 84
CAP. XXIII.—De la meditacion en la muerte.. 90
CAP. XXIV.—Del juicio y penas de los pecadores.. 96
CAP. XXV.—De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida. 102

LIBRO SEGUNDO.

AVISOS PARA EL TRATO INTERIOR.

CAP. I.—De la conversacion interior. 111
CAP. II.—De la humilde sumision. . 117
CAP. III.—Del hombre bueno y pacífico.. 119
CAP. IV.—Del puro corazon y sencilla intencion. 121
CAP. V.—De la consideracion de sí mismo. 123
CAP. VI.—De la alegría de la buena conciencia. 126
CAP. VII.—Del amor de Jesús sobre todas las cosas. 129
CAP. VIII.—De la familiar amistad con Jesús.. 131

CAP. IX.—De la privacion de todo consuelo. 135
CAP. X.—De como se debe corresponder á la gracia de Dios. 141
CAP. XI.—Cuan pocos son los que aman la cruz de Cristo. 145
CAP. XII.—Del camino real de la santa Cruz. 149

LIBRO TERCERO.

DE LA CONSOLACION INTERIOR.

CAP. I.—Del habla interior de Cristo al alma fiel. 161
CAP. II.—Como la verdad habla dentro del alma sin sonido de palabras. 163
CAP. III.—Que las palabras de Dios se deben oir con humildad, y como muchos no las consideran. 166
Oracion para pedir la gracia de la devocion. 169
CAP. IV.—Debemos conversar delante de Dios con verdad y humildad.. 171
CAP. V.—Del maravilloso efecto del divino amor. 175
CAP. VI.—De la prueba del verdadero amador.. 180

CAP. VII.—Como se ha de encubrir la gracia bajo el velo de la humildad.. 185
CAP. VIII.—De la vil estimacion de sí mismo ante los ojos de Dios. . . . 190
CAP. IX.—Todas las cosas se deben referir á Dios como á último fin.. . 192
CAP. X.—En despreciando el mundo, es dulce cosa servir 194
CAP. XI.—Los deseos del corazon se deben examinar y moderar. . . . 199
CAP. XII.—Declárase que cosa sea penitencia, y la lucha contra el apetito. 201
CAP. XIII.—De la obediencia del súbdito humilde á ejemplo de Jesucristo. 205
CAP. XIV.—Como se han de considerar los secretos juicios de Dios, para que no nos envanezcamos. . . . 208
CAP. XV.—Como debe uno portarse y hablar en las cosas que deseare. . 211
Oracion para que podamos conseguir la voluntad de Dios. 213
CAP. XVI.—En solo Dios se debe buscar el verdadero consuelo. . . . 214
CAP. XVII.—Todo nuestro cuidado se ha de poner en solo Dios. 216
CAP. XVIII. — Debemos llevar con igualdad de ánimo las miserias tem-

porales, á ejemplo de Cristo.. . . 219
CAP. XIX.—De la tolerancia de las injurias, y como se prueba el verdadero paciente.. 222
CAP. XX.—De la confesion de la propia flaqueza, y de las miserias de esta vida. 225
CAP. XXI.—S[redacted] ha descansar en Dios sobre todas las cosas. . . . 229
CAP. XXII.—De la memoria de los innumerables beneficios de Dios. . . 234
CAP. XXIII.—Cuatro cosas que causan gran paz.. 239
Oracion contra los malos pensamientos. 240
Oracion pidiendo la luz del entendimiento. 241
CAP. XXIV.—Como se ha de evitar la curiosidad de saber las vidas ajenas. 243
CAP. XXV.—En qué consiste la paz firme del corazon, y el verdadero aprovechamiento. 245
CAP. XXVI.—De la elevacion del espíritu libre, la cual se alcanza mejor con la oracion humilde que con la lectura.. 249
CAP. XXVII.—El amor propio nos es-

torba mucho el bien eterno. . . . 252
Oracion para pedir la limpieza de corazon y la sabiduría celestial. . . 254
CAP. XXVIII. —Contra las lenguas maldicientes. 255
CAP. XXIX.—Como debemos llamar á Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulacion. 357
CAP. XXX.—Cómo se ha de pedir el favor divino, y de la confianza de recobrar la gracia. 259
CAP. XXXI.—Del desprecio de todas las criaturas, para hallar al Criador. 264
CAP. XXXII.—De la abnegacion de sí mismo, y abdicacion de todo apetito. 268
CAP. XXXIII.—De la inconstancia del corazon, y que la intencion final se ha de dirigir á Dios. 271
CAP. XXXIV.—Que Dios es para quien lo ama mas delicioso que todo y en todo. 273
CAP. XXXV.—En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.. 276
CAP. XXXVI.—Contra los vanos juicios de los hombres. 279
CAP. XXXVII.—De la pura y entera renuncia de sí mismo para alcanzar

la libertad del corazon. 281
CAP. XXXVIII.—Del buen régimen en las cosas exteriores, y del recurso á Dios en los peligros. 284
CAP. XXXIX.—Que el hombre no sea importuno en los negocios. . . . 286
CAP. XL.—Que el hombre no tiene de suyo ningun bien, ni cosa alguna de que alabarse. 288
CAP. XLI. — Del desprecio de toda honra temporal. 292
CAP. XLII.—Que nuestra paz no debe depender de los hombres. 294
CAP. XLIII.—Contra la ciencia vana del mundo. 296
CAP. XLIV.—No se deben buscar las cosas exteriores. 299
CAP. XLV.—No se debe creer á todos; y como fácilmente se resbala en las palabras. 300
CAP. XLVI.—De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias. 305
CAP. XLVII.—Todas las cosas pesadas se deben padecer por la vida eterna. 309
CAP. XLVIII.—Del dia de la eterni-

dad, y de las angustias de esta vida. 312
CAP. XLIX.—Del deseo de la vida eterna, y cuantos bienes están prometidos á los que pelean. 318
CAP. L.—Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado. 324
CAP. LI.—Que debemos emplearnos en ejercicios humildes cuando no podemos en los sublimes. 330
CAP. LII.—Que el hombre no se repute por digno de consuelo, sino de castigo.. 332
CAP. LIII.—La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas. 335
CAP. LIV.—De los diversos movimientos de la naturaleza y de la Gracia. 338
CAP. LV.—De la corrupcion de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.. 346
CAP. LVI.—Que debemos negarnos á nosotros mismos, y asemejarnos á Cristo por la cruz. 351
CAP. LVII.—No debe acobardarse demasiado el que cae en algunas faltas. 355

CAP. LVIII.—No se deben escudriñar las cosas altas, y los juicios ocultos de Dios. 358
CAP. LIX.—Toda la esperanza y confianza se debe poner en solo Dios. . 366

LIBRO CUARTO.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Exhortacion devota á la sagrada Comunion. 371
CAP. I.—Con cuanta reverencia se ha de recibir á Jesucristo. 372
CAP. II.—De la gran bondad y caridad de Dios para con los hombres en este Sacramento. 382
CAP. III.—Que es provechoso comulgar con frecuencia. 387
CAP. IV.—Como se conceden muchos bienes á los que devotamente comulgan. 391
CAP. V.—De la dignidad del Sacramento, y del estado sacerdotal. . . 397
CAP. VI.—Ejercicios para antes de la Comunion. 400
CAP. VII.—Del exámen de la propia conciencia, y del propósito de la

enmienda. 401
CAP. VIII.—Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion. 406
CAP. IX.—Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos. 408
CAP. X.—No se debe dejar fácilmente la sagrada Comunion. . . . 412
CAP. XI.—El cuerpo de Cristo y la sagrada Escritura son muy necesarias al alma fiel. 418
CAP. XII.—Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo. 425
CAP. XIII.—Como el alma devota debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el Sacramento. . . 429
CAP. XIV.—Del ansia con que algunos devotos desean el Cuerpo de Cristo. 432
CAP. XV.—Que la devocion se alcanza con la humildad y abnegacion de sí mismo. 435
CAP. XVI.—Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia. 438

CAP. XVII.—Del amor fervoroso, y vehemente deseo de recibir á Cristo. 441

CAP. XVIII.—Que el hombre no debe ser curioso en examinar este Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada fe. 445

FIN DEL ÍNDICE.

Barcelona 1.º de febrero de 1866.

Aprobado.

DR. D. JUAN DE PALAU Y SOLER, V. G.

NOTA

de varios libros impresos y publicados en la imprenta

DE FRANCISCO ROSAL,

heredero de J. Gorgas.

Libros del R. P. José Mach.

Tesoro del Sacerdote: obra utilísima, que en algunos Seminarios sirve de texto para las clases de Liturgia y Teología Pastoral, y de la cual se podria decir que abraza cuantas dificultades ocurren en la vida pública y privada del Sacerdote. Cuatro numerosas ediciones casi agotadas en solos cuatro años, publican bastante el mérito y la importancia de esta obra. La última edicion, enriquecida con los preciosos conocimientos que el Autor adquirió en Roma, es tan correcta, metódica y completa; que cuando la hayan leido, los mismos que tuvieren alguna de las dos primeras ediciones darán por bien empleado el módico precio que importa su adquisicion: 24 rs. en pasta, en Barcelona, y 28 en provincias.

Suplemento á la primera edicion, á 2 rs.

Maná del Sacerdote: ó coleccion de oraciones, exámenes, meditaciones y suaves industrias no menos abundantes que oportunas para la

santificacion del alma, con las preces y bendiciones mas necesarias al Eclesiástico. Un tomo en 16.º mayor, á 6 rs. encuadernado con piel de color y relieves.

Ancora de salvacion: la multitud, uncion y variedad de oraciones, cánticos y devociones que contiene; los recursos que ofrece á los Directores para salvar las almas, y á estas para avanzar en la virtud, la hacen tan recomendable, que en poquísimos años se han hecho diez y seis ediciones. *No confundirla con otros dos devocionarios que acaban de imprimirse con el título de* Ancora. Un tomo en 16.º mayor, á 6 rs. encuadernado con piel de color y relieves.

Norma de vida: lo que es el Ancora de salvacion en castellano, es la Norma de vida en catalan: tiene todavía un segundo Via-Crucis y una explicacion de los quince misterios del Rosario que no están en el Ancora. Un tomo en 16.º mayor, á 4 rs. en pasta.

Novena de Animas en catalan y en castellano. Segun la ilustre Asociacion de Animas erigida en Madrid en la parroquia de san Luis que la tradujo y adoptó, no se ha publicado hasta hoy novena ni mas tierna, ni mas sólida, ni mas llena de uncion santa. Se vende á 9 cuartos una y 80 rs. el ciento.

El dia feliz ó recuerdo de la primera Comunion.

Los RR. Párrocos y Sres. Sacerdotes que, no pudiendo regalar el *Ancora de salvacion*, desearen poner en manos de la juventud un pequeño, pero muy completo devocionario, lo hallarán en este elegante librito. Se vende á 8 cuartos uno y 70 rs. el ciento.

Doble Via-Crucis en castellano, á 6 cuartos uno y [illegible]8 rs. el ciento.

E[illegible] opúsculo en catalan á los misi[illegible].

[illegible]as cristianas en catalan, á 4 cuartos [illegible] 36 rs. el ciento.

[illegible]as religiosas en castellano, á 4 cuarto[illegible] 36 rs. el ciento.

A[illegible] á la sagrada Pasion de Nuestro Señor [illegible]risto, interin que las señoritas se ocu[illegible]en la labor. A un real y medio la docena y á 10 rs. el ciento.

Únicamente en Barcelona en casa del impresor, se venden estos libritos por mayor, á este precio.

Libros de varios Autores.

El buen Párroco, segun el Concilio Tridentino y ulteriores disposiciones de la santa Madre Iglesia, por el M. Iltre. Sr. D. Juan de Palau

y Soler, vicario general de la diócesis de Barcelona. Un tomo casi fólio, á 8 rs. en rústica y 14 rs. en pasta.

El libro de la oracion y meditacion, escrito por el V. P. Luis de Granada; libro que respira el espíritu de piedad, la uncion particular, y la fluidez de lenguaje que distinguen al Ciceron de las Españas, y que ha merecido siempre la mas atenta preferencia entre las personas dadas á la oracion, de los amantes de la cultura en el decir, [illegible] namente empleada en él para hab[illegible] Dios. Un tomo en 8.º menor de 500 [illegible] adornado con el retrato del Autor [illegible] hermosas láminas, á 5 rs. en rústica [illegible] en pasta.

anual de ejercicios espirituales, com[illegible] por el V. P. Tomás de Villacastin de l[illegible] pañía de Jesús. Es el mas á propósit[illegible] aprender á hacer oracion mental. [illegible] método sencillo y acomodado á todas la[illegible] teligencias, el autor nos toma como por la mano, y despues de esplicadas minuciosamente las partes de la meditacion, nos hace adelantar por grados en las vias purgativa, iluminativa y unitiva, y acaba por unas tiernas consideraciones para antes y despues de la sagrada Comunion y los ejercicios de la mañana y de la noche. Un tomo en 16.º mayor de 480 páginas, á 3 rs. en rama y 5 rs. en pasta.